3 1761 07317337 9

Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

http://www.archive.org/details/elbandolerismoes07zuga

EL BANDOLERISMO.

EL BANDOLERISMO

TOMO VII

ESTUDIO SOCIAL Y MEMORIAS HISTÓRICAS

POR

EL EXCMO. É ILMO. SEÑOR

DON JULIAN DE ZUGASTI

ex-Diputado á Córtes, ex-Director de Propiedades y Derechos del Estado y ex-Gobernador de Córdoba.

PARTE SEGUNDA

NARRACIONES

TOMO I

PRIMERA EDICION

MADRID

IMPRENTA DE FORTANET

29 — CALLE DE LA LIBERTAD — 29

1879

LIBRARY
MAY 7 1970
UNIVERSITY OF TORONTO

Esta obra es propiedad del autor, y nadie la podrá traducir ni reimprimirla sin su permiso.

HV
6453
S8 Z84
1876
t.7

EX LIBRIS ZAFRE

ADVERTENCIA PRELIMINAR.

Al escribir estas NARRACIONES, una grave, trascendental é importantísima cuestion de derecho público me ha salido al paso.

En efecto, en un país donde los traidores no pueden ser designados por sus nombres propios, sin que en seguida se atrevan á querellarse de injuria, en cuyo procedimiento no se admite prueba, por más qne sea público y notorio su feo delito de infidencia á los gobiernos que servian; en un país donde no pueden imprimirse las referencias más auténticas respecto á ladrones y asesinos, sin que éstos tengan el derecho de llamarse *no calumniados*, porque temerian ser confundidos con datos y pruebas irrefragables, sino *injuriados*, porque para quejarse de injuria basta el solo juicio del querellante, y puede suceder que el hombre más criminal, corrompido y despre-

ciable, alcance de los tribunales el fallo condenatorio contra la persona más autorizada, verídica y virtuosa; en un país donde la opinion social, además de aquellos inconvenientes legales, se halla siempre dispuesta á echar un tupido velo sobre el crímen afortunado, es muy difícil, por no decir imposible trazar con mano segura y valeroso brío, los principales lineamientos de los sucesos contemporáneos, que más tarde han de servir de base y punto de partida para escribir en toda su extension la historia imparcial, exacta y severa de una época determinada.

Ahora bien; si la historia, en su acepcion más lata, es *el sistema del conocimiento experimental,* en el que entran absolutamente todos los hechos observables por la humanidad, así en el espíritu, como en la naturaleza; si por medio de la historia es como únicamente podemos conocer todas las manifestaciones de la vida real y efectiva, así en el individuo como en la sociedad, dicho se está que de la más exacta y minuciosa observacion de los hechos que se verifican en todas las esferas sociales, han de resultar necesariamente el conocimiento más cabal y la enseñanza más

útil á gobernados y gobernantes, para prevenir con el debido conocimiento de causa su gérmen, su desarrollo y sus estragos.

Pero estas lecciones de la historia, tanto más saludables cuanto más verídicas, porque la verdad es la panacea de todos los males humanos, no pueden presentarse ni adquirirse, sino mediante un atento estudio de la fenomenología social, en el sentido de sus desviaciones morales, y cualesquiera que sean las susceptibilidades que puedan herirse, ó los intereses de mala ley que deban lastimarse.

Por desdicha, como ya he indicado, la legislacion en nuestro país opone obstáculos, poco ménos que insuperables, no ya para el estudio, sino para la fácil publicidad de aquellos hechos que más pueden relacionarse con la moral pública y privada, y que, por lo tanto, entrañan y atesoran más datos y elementos de observacion, experiencia y enseñanza de que la sociedad puede aprovecharse, para conocer y aplicar el oportuno remedio.

En este concepto, diré, que nuestra legislacion, por extremo restrictiva, no solamente es un grave obstáculo para el progreso de las ciencias sociales, sino tambien un óbice funes-

tísimo para la verdad de la historia contemporánea, á la par que la causa más eficiente y segura del rebajamiento de los caractéres y de la hipocresía más general, áun en aquellos escritores que, con espíritu más levantado y con más generosa independencia, están resueltos á decir la verdad á su país, sin ambajes ni contemplaciones de ninguna especie, supuesto que á la mejor ocasion y en el momento más crítico, se encuentran cohibidos ó contrariados por las susceptibilidades de los hombres más perversos, á quienes la legislacion ampara en perjuicio de la virtud intachable, de la verdad amarga y de la censura inflexible.

Por otra parte, como ya he insinuado repetidas veces, la legislacion no es posible que alcance al suficiente castigo de todos los actos inmorales, y, por lo tanto, es indispensable que aquélla encuentre su natural y perfecto complemento en ese juicio de jurado y de opinion pública, que la sociedad noblemente inspirada, fulmine, supliendo á la ley, contra los malvados impunes, y á la cual éstos insultan con descaro desde la altura de su procaz desdén é ignominiosa opulencia, en la seguri-

dad de que no han de faltarles aplausos si los pagan, ó benevolencia y premio de los gobiernos que, sin escrúpulo ni reparo alguno, conociendo su inmoralidad y áun crímenes, y tal vez por eso mismo, suelen elevarlos á los puestos de la más ilimitada confianza.

Así, pues, yo entiendo contribuir de una manera eficaz á que el juicio y la conciencia pública se formen sobre este punto importante, al bosquejar estas NARRACIONES, cuyo principal interés consiste, á mi parecer, no tanto en las situaciones extraordinarias, imprevistas y eminentemente dramáticas en que suelen encontrarse los actores que intervienen en éllas, cuanto porque su contenido es tan fielmente histórico, que con razon puede calificarse de exacta fotografía de la realidad lamentable, que el observador atento sorprende en ciertos antros sociales, confirmándola despues con los datos más auténticos y las pruebas más fehacientes; pues que sólo así los hombres pensadores, los gobernantes y los gobernados podrán, con el debido conocimiento de causa, excogitar los medios oportunos y eficaces para prevenir y extirpar tamaños males.

En efecto, uno de los inconvenientes más graves que se presentan en este linaje de severos estudios, consiste en no examinar con sereno juicio y limpia conciencia el orígen de aquellos desórdenes sociales en los verdaderos motivos de su aparicion, pues que éste sería el recto camino para encontrar su eficaz remedio; mas por desdicha sucede, que la ignorancia, la malicia, la perversidad y el asqueroso y antisocial egoismo de los que pomposamente se proclaman defensores del órden, se afanan con insigne y contraproducente insensatez en atribuir aquellas causas, no á su incalificable torpeza ó repugnante inmoralidad, sino á las ideas políticas sustentadas por los partidarios de los principios liberales, es decir, del derecho y de la justicia.

Tales gentes, es seguro que no creen en la verdad de sus mismas afirmaciones; pero no es posible desconocerque saben aprovechar con habilidad funesta las apariencias, y nada más que las apariencias, de un hecho muy natural y de que ya me he ocupado en otro sentido y bajo diferente aspecto.

Me refiero á las declamaciones que cierta especie de políticos acostumbran á lanzar con-

tra las épocas de expansion y régimen liberal, al que atribuyen la causa ó el aumento del bandolerismo armado de los campos, sin advertir, ó no queriendo reconocer, que este hecho, tan aviesa y torcidamente interpretado, se explica, desde luégo, por otras causas que los tales políticos tienen el más vivo interés en negar, contradecir y oscurecer para sus fines.

No, no es cierto que durante el período cuya historia vengo reseñando bajo diversas fases, se produjesen las causas del bandolerismo, que ya existian en su orígen y en sus manifestaciones, como en la época precedente.

Lo que sucedió fué, qué entónces, á consecuencia del nuevo régimen, lo que ántes se decia al oido y en voz baja, se contaba á voz en grito y encontraba eco en la prensa, resultando de aquí un escándalo mayor en todas las esferas de la sociedad, la cual anteriormente carecia de todo género de libertades, inclusa la de escandalizarse por tales y tan odiosos atentados; pero detrás de cada uno de aquellos crímenes y de los que servian de material instrumento para perpetrarlos, existian los caciques y valedores, blindados con pode-

rosas influencias, y que durante muchos años se habian enriquecido por los más reprobados medios, dirigiendo todos sus manejos criminales en el silencio y en la sombra.

Vino la revolucion, y con élla la libertad, que fué como el reactivo que puso de manifiesto los contornos y las figuras de aquellas escenas tenebrosas, en que ántes no penetraba la luz de la publicidad, que aumentaba el escándalo, es cierto, pero que tambien iluminaba los rostros lívidos de los malvados.

La publicidad, en fin, pudo producir las alarmas y vociferaciones del escándalo; pero fué y será siempre sana y bienhechora.

Entónces todo el mundo conoció y señalaba con el dedo á esos odiosos patrocinadores del crímen, bandidos de gran porte que llevan la procacidad de su audacia hasta el extremo de ostentarse como elementos políticos, como fuerzas sociales y como personajes de importancia en las situaciones que presumen representar el órden y defender lo que éllos enfáticamente llaman los *intereses permanentes* de la sociedad.

Por mi parte, siempre creeré que fué tan glorioso para los hombres que entónces regían

los destinos del país el corregir tantos abusos, y que en virtud de aquel régimen liberal se arrancasen tantas caretas, como juzgo que será siempre una mengua y una ignominia para los hombres que se llaman de órden, el favorecer y amparar á esos miembros podridos de la sociedad, que haciéndose víctimas de la revolucion, vienen á buscar su refugio entre las filas reaccionarias, que insensatamente los acogen, los apoyan, los consideran y atienden, hasta el punto de disfrazarlos con honoríficos motes, imaginándose unos y otros, que así podrán olvidarse sus nombres verdaderos, sus inmundos antecedentes y sus actos criminales, que algun dia pudieran elevarlos hasta las alturas de un patíbulo.

Léjos de mí la idea de condenar en masa y en globo á ninguna parcialidad política, por distantes que sus principios se encuentren de los mios, porque entiendo que en todos los partidos hay y puede haber hombres honrados, que de buena fé sostienen sus ideas respectivas; mas no por eso deja de ser cierto que el crímen odia la luz, es decir, la libertad del pensamiento y de la discusion, y que, por lo tanto, este linaje de criminales, que sabe latin

y derecho político, se acogen al campo de aquellas parcialidades, que sinceramente y por móviles más elevados en el órden moral de las ideas, sustentan y defienden principios autoritarios y procedimientos restrictivos de la libertad y de la imprenta.

Ambas castas de gentes coinciden en odiar la luz y el progreso; pero justo es consignar la enorme diferencia que existe entre los móviles de aquéllos que por conviccion defienden noble y lealmente ideas retrógradas, y los de quienes por su propia conveniencia desean, con el más vivo ardor, que se apaguen todas las luces de la publicidad, no por conviccion política, sino para realizar en las tinieblas sus crímenes y cierta clase de negocios, que en definitiva no son más que odiosas y repugnantes depredaciones.

Así sucede, que esta casta de funestos auxiliares aplauden sin reserva todas las medidas restrictivas de aquellos desatentados gobiernos, que se imaginan que la paz interior es el silencio de los cementerios, y que el órden más perfecto consiste en taparle la boca al pensamiento.

Esta especie de gobernantes no comprende

que el aire y la luz de las discusiones elabora y perfecciona las ideas, que así adquieren su justo valor y la estimacion que merecen en el concepto público, ilustrándose la opinion para rechazar las ideas disolventes ó recibir con entusiasmo las útiles ó fecundas, que son dignas de ser implantadas oportunamente en el terreno de la práctica.

De igual manera desconocen, que siendo imposible privar á los individuos, como á los pueblos, de su actividad pensante, no por eso dejan de germinar las ideas, como germinan las semillas en la tierra; pero que faltas del aire sano de la publicidad y de la luz provechosa de la discusion, vienen á ser, como plantas del invernáculo, amarillentas y raquíticas, que en vez de producir los saludables y sazonados frutos de la verdad calificada, sólo dan de sí el ponzoñoso y deletéreo resultado del ciego error de la utopia irrealizable y de la más funesta perversion de los instintos, de las costumbres y de todas las nociones del órden y de la justicia.

Existe, sin duda, en estos partidos de la opresion y de la sombra, cierta fanática honradez, cierta virtud que tiene el vicio del error,

por más que éllos se imaginen que las restricciones injustas y violentas contra la libertad son causa eficiente y camino ancho y seguro para conseguir eso que llaman la *moralidad social*, desconociendo así el elemento primero y necesario de las acciones morales, que estriba en que éstas sean libres.

Pero los hombres que tal piensan merecen por lo ménos el respeto debido á su buena fé; aunque la venda que oscurece sus ojos no les permita ver que precisamente la cohibicion política que proclaman es la causa primera y más eficaz que promueve y acrecienta bajo todos aspectos y en todas direcciones aquella *inmoralidad social* que éllos, con el mejor deseo y la más sana intencion, se proponen combatir por todos los medios imaginables.

Resulta, pues, que restriccion política, que significa pensamiento amordazado; opinion cohibida; discusion condenada; arbitrariedades sin censura pública; administraciones sin fiscalizacion; negocios sin el exámen y asentimiento general, ó sea á cencerros tapados, en una palabra, abusos y áun crímenes, sin la luz de la publicidad y sin aquella intervencion que puede servirles de saludable correctivo,

viene á ser una completa sinonimia de coaccion ó restriccion política, la cual, sin pensarlo ni quererlo los más autorizados y probos de los que profesan semejantes doctrinas, viene á envilecer y rebajar á funcionarios y ciudadanos, hasta un extremo insoportable, produciéndose de este modo aquel extraño y singular fenómeno, al parecer contradictorio, pero en realidad muy lógico, que en 1848, á la caida de Luis Felipe, denunció tan elocuentemente la prensa francesa, proclamando á Mr. Guizot *hombre incorruptible, pero gran corruptor*.

Así, pues, los malvados, los criminales, los negociadores, los concusionarios y los depredadores de la especie más alta, selecta y culta, acuden á bandadas, como aves de rapiña, á cobijarse bajo la bandera de aquellos gobiernos que por su aversion á la libertad y á la prensa sostienen todo linaje de restricciones, las cuales podrán ser producto de convicciones sinceras por parte de los *doctrinarios*, pero que son defendidas, proclamadas y aplaudidas por esta otra casta de miserables auxiliares, que prestan y reciben recíprocamente apoyo de tales situaciones, sin más razon ni motivo que la conveniencia que les resulta

de este régimen de opresion y silencio, á cuya sombra pueden cometer inpunemente sus infamias, hasta escudados con el manto de la autoridad pública, ó favorecidos por irresistibles y omnipotentes influencias políticas.

Tales elementos, auxiliares tan podridos, gérmenes de corrupcion tan eficaces, no pueden ménos de ejercer su deletéreo influjo sobre todo cuanto se halle en contacto con éllos, engendrándose así infinitas causas de perturbacion é inmoralidad, y desarrollándose de este modo el bandolerismo más desenfrenado, no ya en las esferas de la violencia y de la mano armada, sino en todos los círculos de la sociedad y de la administracion y entre las altas clases y elevados funcionarios, donde la astucia sustituye á la violencia, la habilidad á la rudeza, y el influjo político á la fuerza, quedándose así la ley violada, el derecho pisoteado, la moralidad escarnecida y la justicia sin amparo ni defensa.

Tan odioso caciquismo y opresion tan tremenda é irresistible en todas las esferas del poder y del gobierno, en la corte, en las provincias y en los pueblos, facilita los abusos de toda especie.

No hay ciudadano seguro en su domicilio, sin temor de que se le atropelle, por más honrado que sea, si así conviene á las miras viles é interesadas de ciertos merodeadores de la política, que sólo se proponen anular á los hombres íntegros, que les estorban para medrar y ser personajes, ni hay tampoco la posibilidad de que los hombres pacíficos, laboriosos é inteligentes emprendan ningun negocio legítimo, supuesto que en un país en donde todo se roza con la administracion pública, cuyos representantes, tanto suelen abusar de la posicion en que los colocan sus funciones, los ciudadanos más virtuosos y severos se ven obligados con el rostro encendido de vergüenza, á transigir con las codiciosas exigencias é imposiciones de aquéllos, ó á buscar influencias políticas, omnipotentes, siquiera provengan de los personajes más despreciables, que han amasado su fortuna por los medios más criminales, si no quieren verse arruinados y desposeidos de sus intereses y de sus derechos, sin que les valga ni el texto expreso de la ley, ni la solemnidad de contratos garantidos por escrituras públicas; pues que todo se anula y barrena cuando á los situacioneros

les conviene; y lo peor y lo más vergonzoso es, que las autoridades, que debian amparar y proteger los derechos de los particulares ó empresas, no vacilan en prestarse á servir de instrumento á las cábalas más inicuas, llegando á veces con docilidad escandalosa y abyeccion incalificable á invocar, sin fundamento, la cuestion de órden público, para eludir con tal pretexto el cumplimiento inexorable de las leyes, lastimando cuantiosos intereses, hollando la propia dignidad y el derecho ajeno, y desconociendo lastimosamente que el mayor desórden público que puede ocurrir en una sociedad, consiste en la violacion descarada de los contratos garantizados por las leyes.

Sólo así puede comprenderse el inconcebible desbarajuste administrativo que se advierte en las situaciones, que con tanta jactancia y orgullo se califican á sí mismas de gobiernos de autoridad y de órden, cuando existen tantos gobernantes como caciques, cuyo influjo y poder es tan grande que autoriza á muchas corporaciones ó municipios á imponer arbitrios, gabelas y tributos, á despecho del Poder central y no obstante los preceptos de las leyes

y el espíritu y la letra de la Constitucion del Estado, que absolutamente prohiben tan escandalosos abusos, concediendo sólo á las Córtes la facultad de imponer tributos, por cuya razon, el Código penal aplica el merecido castigo á los que verifican exacciones ilegales.

En resúmen, el malhadado sistema político que pretende extinguir todas las palpitaciones y apagar todos los resplandores de la vida social, conduce derechamente por el error de las ideas, á la inmoralidad de los actos y á la poderosa y fatal atraccion á este órden funesto de cosas, de todos los elementos más corrompidos del país, que á su vez acabarán de impregnar de asquerosa podredumbre la situacion entera, si á la mayor brevedad posible no se adopta otro rumbo, en que la libertad del pensamiento y la luz de la publicidad vengan á detener en su rápido curso la gangrena de la inmoralidad, que á más andar consume y devora el cuerpo social, poniendo de manifiesto las infamias, las concusiones, los negocios de mala ley, los abusos y las arbitrariedades que se hayan cometido; pues éste será el único medio de atajar el torrente de podre que hoy amenaza invadirlo todo, y que ha ensanchado,

de una manera indecible, el cauce del bandolerismo, arrastrando en su corriente hasta muchos elementos, que ántes habian permanecido libres y puros de toda mancilla.

Así vemos que léjos de haberse extinguido el mal, que muchos espíritus estrechos, egoistas y reaccionarios atribuian á la revolucion de Setiembre, ha crecido, por el contrario, extendiéndose del modo más alarmante en la época presente, en la cual, por cierto, no deben atribuirse sus causas á los excesos de la libertad, ni á tantos otros motivos, como con simplicidad insigne se achacó este mal por algunos políticos de marca, que presumen saber hasta los más recónditos secretos de la sociedad y de la historia.

Es preciso desengañarse: el régimen antiliberal, además de ser en sí mismo erróneo, es anacrónico é incompatible con el derecho moderno y con el modo de ser de todas las naciones civilizadas; pero si esto sucede, bajo el punto de vista jurídico, tiene tambien el inconveniente que de un modo absoluto y perentorio lo desacredita y condena, inconveniente que consiste en que la falta de luz, de publicidad y discusion favorece, ¿qué digo?

promueve y áun estimula el desarrollo de la inmoralidad, es decir, del bandolerismo, bajo todas sus formas y manifestaciones.

A este propósito no puedo ménos de citar el ingenioso epigrama de Villergas, que de una manera gráfica pinta los perniciosos efectos de apagar la luz, no ya en la sociedad, sino en una modesta cena de amigos:

Varias personas cenaban
Con afan desordenado,
Y á una tajada miraban,
Que habiendo sola quedado,
Por cortedad respetaban.
Uno la luz apagó
Para atraparla con modos;
La mano al plato llevó,
Y halló las manos de todos;
Pero la tajada, no.

Los hombres están organizados de manera, que áun los más cínicos y corrompidos no pueden permanecer insensibles al juicio moral de sus semejantes; y ya que por el propio é interno impulso de su amor al bien, no lo practiquen, conviene al ménos colocarlos en aquellas situaciones, en que, siquiera por la

vergüenza y el bien parecer, se abstengan de actos censurables.

En este sentido, ¿quién podrá dudar que la publicidad, la censura y el temor á la opinion pública son correctivos exteriores de soberana eficacia? Bien se me alcanza que la moralidad, obtenida por estos medios, no es la buena, la desinteresada, la digna, la estimable, la meritoria y la íntima que nace de la recóndita interioridad de la recta y sana conciencia, en cuyo santuario no puede ni debe penetrar el Gobierno; pero á éste le atañe excogitar y poner en práctica todos los medios propios de su esfera de accion, que puedan contribuir con eficacia saludable á evitar, de una manera genérica, la perpetracion de los crímenes, ó á su más pronto y severo castigo.

Y no se diga que el derecho es una cosa fundamentalmente distinta de la moralidad, porque áun admitiendo, como debe admitirse, la necesaria distincion entre las esferas de uno y otro concepto, subsiste todavía un punto comun de identidad, cual es, el propósito *del bien*, que debe presuponerse igualmente, así en la esfera de la moral como en la del derecho; en otros términos, no puede haber

derecho ni justicia inmoral, porque ambas nociones serian tan contradictorias como absurdas.

Por lo demás, dicho se está que siendo la nota moral la que constituye la humanidad en el individuo, todas las instituciones sociales, la religion, el arte, la ciencia, la literatura, la prensa, la tribuna, en una palabra, todos los modos de la actividad humana, desde la familia, por la educacion y el ejemplo, hasta la nacionalidad, por la institucion jurídica del Estado, no deben tener otra mision que la de contribuir, cada cual en su forma respectiva, al mayor desarrollo y progreso de la moralidad, ó sea al sucesivo perfeccionamiento moral del hombre.

Quede, pues, asentado, que instituciones, gobiernos é individuos deben concurrir, cada cual en la medida de sus fuerzas y en la esfera propia de su accion, al desarrollo de los elementos morales que la sociedad entraña en su seno, es decir, al aumento siempre creciente de la humanidad en la conciencia, ó en otros términos, á la más plena humanizacion de individuos y colectividades.

Excusado parece decir, una vez estableci-

das estas premisas, que si la libertad no es el fin supremo de la moralidad, es la condicion necesaria de su manifestacion individual y colectiva, y que, por lo tanto, cuando los gobiernos la limitan, mutilan, sofocan ó suprimen, se convierten contra su verdadera mision, en fautores principales y en causa generatriz y directa de la más espantosa inmoralidad pública y privada.

Yo, sin embargo, cumpliendo mi deber de concurrir en la forma que me es posible al progreso moral de mi país, diciendo verdades que, cuanto más amargas, son más provechosas, estoy firmemente resuelto á seguir mi camino, sin que me arredren inconvenientes de ningun género, ni mucho ménos las iras, ni las asechanzas, ni las anónimas amenazas, ni las sañudas persecuciones de mis implacables enemigos, que por muy poderosos que sean, nunca dejan de ser protectores, más ó ménos encubiertos, del repugnante bandolerismo.

En este concepto, cualesquiera que puedan ser los sinsabores, riesgos, contrariedades, peligros, censuras, calumnias y apasionadas recriminaciones, no dejaré de proseguir hasta

su término, la difícil, árdua, enojosa y á la vez patriótica taréa que me he impuesto, al escribir esta obra, de la cual forman parte necesaria y acaso la más interesante, las presentes NARRACIONES.

Ya he dicho en otro lugar, que los bandidos superaban con frecuencia las invenciones de los más insignes novelistas en los martirios, torturas, ardides, previsiones, astucias y sorprendente ingenio que suelen desplegar para constreñir á los secuestrados y á sus familias, á fin de que sucumban á sus exigencias; pero si bien tales artificios interesan y asombran, todavía entiendo que la utilidad, ya que no el mérito de las presentes NARRACIONES, estriba con especialidad en su rigurosa exactitud histórica, supuesto que los cuadros meramente fantásticos, arbitrarios y caprichosos que sólo aspiran á producir un interés convencional, mediante ficciones imaginarias, pueden ser, no sólo contraproducentes para buscar y hallar el oportuno remedio, sino tambien por extremo peligrosos y funestos para la moral pública, ya idealizando el crímen, ya falsificando lastimosamente la veracidad de los datos, que del modo más

directo han de contribuir á que publicistas, hombres de Estado y legisladores formen un juicio verdadero de semejante plaga y proclamen, en su consecuencia, las disposiciones más eficaces para combatirlo.

En una palabra, la invencion fantástica en tales asuntos no sólo hace más criminales que hombres de bien, sino que además traslada la realidad efectiva de una dolencia social á los dominios arbitrarios de la desenfrenada imaginacion, desnaturalizando así el importantísimo problema, que sólo debe ser objeto serio y preferente de las severas ciencias sociales.

Las NARRACIONES, pues, se refieren á los más famosos secuestros que en esta última época se han verificado en Andalucía; y entre el inmenso cúmulo de datos que poseo, relativamente á este linaje de sucesos, he procurado elegir aquéllos en que más al vivo se revelan, así las costumbres y procedimientos de los bandidos, como los manejos é inteligencias que con éllos mantienen sus poderosos y encubiertos padrinos ó protectores.

En suma, esta coleccion de NARRACIONES ofrece al público un espectáculo vivo y fiel de los atentados cometidos por los secuestradores

contra personas de diferentes condiciones y edades, niños, jóvenes y ancianos, y áun pudiera añadir contra personas de diversos países, supuesto que tambien refiero la historia del secuestro de los ingleses, que tanta impresion causó en el público, y que pudo acarrear tan graves consecuencias para el Gobierno y la nacion entera, que estuvieron á punto de verse envueltos en un conflicto internacional.

He procurado, por las razones arriba expuestas, atenerme á la exactitud histórica más escrupulosa en el relato de estos secuestros; mas no se entienda por eso, que la estricta realidad deja de ser tan fecunda en lances é incidentes y situaciones dramáticas é interesantes, como la imaginacion más creadora é inventiva, que en muchas ocasiones puede falsear la exactitud de los hechos, sin que por esto consiga mayor suma de interés, de emocion, de colorido local, de vitalidad palpitante, ni de enseñanza moral y concreta para que se forme un concepto exacto y seguro del estado íntimo de la sociedad contemporánea.

Dadas estas explicaciones, sólo me resta añadir que los datos en que se fundan las pre-

sentes NARRACIONES son tan auténticos y verídicos, como adquiridos, ya de los mismos secuestradores, ya del contenido de las causas formadas á los secuestradores, ya de informes fidedignos suministrados, así por las familias de las víctimas, como de personas que conocieron y trataron á los malhechores, ya, finalmente, obtenidos por mí mismo en mis conferencias é interrogatorios habidos con los criminales.

Si ordinariamente interesan y agradan tanto los cuadros de costumbres sociales, cuando están bien hechos, por el exacto conocimiento que nos proporcionan de la época en que vivimos, séame permitido creer y manifestar, que mis NARRACIONES son tambien cuadros de costumbres contemporáneas, bien que no descritas, conocidas ni debidamente apreciadas, bajo el punto de vista de su importancia social.

Bajo este aspecto, con intencion profundamente moralizadora, sostenido por la benevolencia del público, que tan favorable acogida ha dispensado á mi trabajo, me propongo llenar con estas NARRACIONES aquel vacío, que se advierte en nuestra literatura.

¡Ojalá que la enseñanza que de éllas se des-

prende pueda ser tan útil como yo deseo, así al bien de mis conciudadanos, como á la gestion más acertada de los gobiernos, cuyo más principal deber consiste en garantir la seguridad de las vidas y de las haciendas, sin la cual no es posible que la sociedad exista ni progrese!

NARRACION I.

SECUESTRO

DEL

NIÑO JOSÉ MARÍA CRISPIN JIMENEZ Y SORIANO.

CAPÍTULO PRIMERO.

LA MADRE Y EL HIJO.

En una hermosa tarde del otoño de 1869 iban por el camino que conduce de Antequera á Palenciana diversos viandantes, que acompañaban á una señora y á un niño de doce años.

La señora dirigia de vez en cuando miradas indefinibles de ternura á su hijo, el cual le preguntaba incesantemente por el estado de su salud, manifestando la madre que se hallaba más aliviada, cuya respuesta difundia el más inefable gozo por el rostro agraciado y vivaz del interesante niño.

En efecto, el cariñoso hijo no se habia apartado ni un momento del lado de su madre miéntras que ésta habia ido desde Palenciana á consultar sus dolencias con un médico en Antequera; y ahora regresaban al citado pueblo en compañía de varias personas que seguian el mismo camino.

Difícil es imaginar un clima más delicioso, ni un paisaje más pintoresco que el que á la sazon se ofrecia á los ojos de nuestros caminantes; pero es más difícil todavía el describir las gratas y tiernas

emociones que el espectáculo de la naturaleza despertaba en la doliente madre y en su adorado hijo.

Así caminaban, embebecidos en los más agradables y puros sentimientos, cuando súbitamente, al llegar al sitio llamado *Silillo*, distante como una media legua de Palenciana, se presentaron ante su vista ocho hombres á caballo, que salieron á su encuentro, y que habian permanecido emboscados en los olivares inmediatos.

Los salteadores iban además todos enmascarados, ménos uno, que hacía de jefe; y echándose los retacos á la cara, intimaron á los caminantes que se detuviesen y se volvieran de espaldas á éllos.

En seguida los antecogieron, dándoles golpes y conduciéndolos á lo más espeso del olivar, y á distancia de un kilómetro del camino, donde todos fueron robados, tendidos boca abajo y amarrados con fuertes cordeles, tapándoles además la cabeza con capotes y zaléas.

Exceptuaron, sin embargo, de aquel general amarramiento á la señora y al niño, á quienes les vendaron los ojos, permaneciendo ámbos así largo rato, con la ansiedad y congoja consiguientes.

Cuando ya el sol comenzaba á ocultarse, el que hacía de jefe acercóse al niño, que estaba tendido al ladò de su madre, diciéndole:

—Levántate, niño, que te vienes con nosotros.

Cien rayos que se hubiesen desplomado sobre la infeliz señora, no la habrian conmovido ni aterrado tanto como aquellas breves y espantosas palabras.

Levantóse inmediatamente, como impelida por un resorte, y abrazándose con su amado hijo, con voz atropellada, como fuera de sí, exclamó:

—¡Hijo de mis entrañas!... ¡Separarte de mí!... ¡Jamás! ¡Jamás!

Y llorando amargamente sobre su hijo tan querido, que además era único, y, por lo tanto, en él sólo cifraba el consuelo y el encanto de su vida, la triste madre permanecia estrechamente abrazada al inocente objeto de su ternura, repitiendo con interminable sollozo esta única frase:

—¡Jamás te apartarán de mí!

Aquella escena tan natural y tan patética que hubiera conmovido á los tigres, y que tal vez conmovió tambien al bandido interiormente, sólo produjo de su parte esta breve respuesta:

—¡No hay remedio!

—Pero, señor, tenga usted misericordia de mí, este niño es mi hijo, yo soy su madre. ¿Quién puede tener derecho á quitármelo? No se enoje usted; yo le mandaré adonde usted quiera lo que me pida; pero dejándome á mi hijo.

—No puede ser, insistió el bandido.

—¡Que no puede ser! exclamó la madre como asombrada de que así se desconociesen las leyes de la naturaleza y de la sociedad, que de consuno reconocen á una madre sus imprescriptibles derechos sobre su hijo. ¡Que no puede ser! repetia como atónita é indignada. Pues es necesario que sea, porque es mi hijo. ¿Lo entiende usted? ¡Na-

die, nadie se lo puede llevar, porque yo soy su madre!

Y la infeliz señora dió á estas últimas palabras esa entonacion decisiva y concluyente, propia de quien se imagina haberlo alegado y dicho todo.

—Pues será como tres y dos son cinco; y déjese usted de más arrumacos, replicó el bandido, que ya comenzaba á amostazarse.

—¡Tenga usted lástima de una pobre madre que le suplica llorando que no la separen de su hijo! Ya no le pido que me lo deje, sino que me lleve con él. ¿No tiene usted hijos?...

El bandido lanzó un sordo sollozo.

La triste madre continuó:

—¡Sí! usted tiene hijos, y, es claro, los querrá usted mucho, como que es su padre. ¿Qué haria usted, qué haria su esposa si vinieran á quitarle á sus pobres y queridos niños? ¡Dios los bendiga y les dé buena suerte en este mundo!

La elocuencia de una madre es irresistible, pues el bandido sintióse profundamente impresionado por las razones que le alegó la señora; pero precisamente esta circunstancia fué causa de que aquél le respondiese con voz iracunda:

—¡Demonio de mujer! Ya me está usted cansando con tanta monserga. Vamos, niño, vente con nosotros.

Y así diciendo, lo cogió de un brazo.

Entónces la madre, con no vista presteza, arrancóse el pañuelo que le cubria los ojos, y asiendo

violentamente á su hijo, lo separó del bandido, y empujándole para que se pusiese á su espalda, élla quedóse delante del niño y frente á frente del que trataba de arrebatárselo, desmelenada, con los puños crispados y como una leona que defiende á su cachorrillo.

El bandido retrocedió un paso.

—¡Venid, venid á quitarme á mi hijo! exclamó con desentonado acento la desesperada madre, esgrimiendo como un atleta sus puños cerrados. ¡Infames! Malos ladrones, se roba dinero, se roban caballos y joyas; pero no hijos á sus madres. ¡Venid, cobardes, venid á quitarme á mi hijo!

—¡Madre mia! murmuró detrás de élla el desconsolado niño. No se incomode usted, porque podrá ponerse peor.

—Ya estoy buena, hijo mio, yo sola me atrevo á defenderte contra todos. ¡Que vengan!

El niño, vertiendo lágrimas, murmuró al oido de su madre en voz baja esta breve frase:

—¿Y si disparan?

—¡Que me maten! gritó furiosa; pero luégo instantáneamente, como asaltada de una idea súbita, volvióse con la rapidez del rayo, cogió á su hijo, como si fuera una pluma, y conduciéndole junto al grueso tronco de un olivo, dejólo allí sentado, y con voz imperiosa le dijo:

—¡Quieto ahí!

Y otra vez tornó á ocupar el mismo sitio que ántes, frente á frente al bandido.

La infeliz madre, que en el paroxismo de su ternura sublime con tanto brio desafiaba la muerte, se estremeció, sin embargo, al pensar que una bala disparada y que atravesase su seno, podia herir á su amado hijo; y esta fué la causa de aquella rápida maniobra.

Ya en esto habian formado corro algunos bandidos alrededor de su jefe y de la señora, que, con sus palabras y actitud, parecia retar las iras y las balas de aquellos malvados.

—Descuide usted, señora, dijo el jefe, que su hijo no sufrirá nada más que la ausencia de sus padres; y por lo que hace á su trato, así en comida como en palabras, será todo lo mejor que las circunstancias permitan; y si manda usted el dinero que se le pida, de hoy en ocho dias volverá su hijo de usted á su lado.

—Sí, sí, mi esposo enviará el dinero que se pida; pero yo me iré con mi hijo.

—Eso no es posible, señora.

—Ya ven ustedes que no me opongo á que se lo lleven, si yo voy con él. Por mi parte no puedo hacer más. ¿Qué más quieren? Buscais un cautivo, y os entrego dos; y además os lo ruego así por la Vírgen Santísima, porque yo no puedo, ni quiero vivir separada del hijo de mis entrañas. ¡Haced esta obra de caridad, que por vuestras madres, por vuestras esposas y por vuestros hijitos os pide llorando y de rodillas una pobre madre!

Y la acongojada señora, con las manos cruzadas

y vertiendo amargo llanto, cayó de hinojos ante los bandidos, creyendo así ablandar aquellos corazones de roca.

Entre tanto, los bandidos cuchicheaban en voz baja y entre insolentes risas y groseros chistes; la triste madre, si no hubiera estado tan preocupada por su dolor, habria podido sorprender algunas señas de los que se hallaban en el corro con los que tenian del diestro los caballos, y, al mismo tiempo, habria escuchado el diálogo siguiente:

—Ahora está mejor que nunca, decia uno.

—Sí, porque de rodillas no puede verlo, repuso otro.

—Escúrrete, tú que estás á la espalda y no te ve, y encárgales que le tapen la boca al chiquillo para que no grite, añadió un tercero, porque si no habrá que matarla.

Miéntras que tenía lugar este diálogo y aquella pantomima, el que hacía de jefe procuraba convencer á la señora de la imposibilidad de que fuesen atendidos sus ruegos, desplegando para este fin extraordinaria palabrería, inútil para consolar á la madre, pero muy provechosa para realizar el intento de los bandidos.

Cuando ya el interesante niño estaba montado sobre un caballo, en brazos de uno de los secuestradores, los que formaban el corro comenzaron á irse á la desfilada y á montar en sus cabalgaduras, en cuya maniobra los imitó el jefe, á quien la triste madre fué siguiendo algunos pasos con ademán dolorido y suplicante.

—Pues bien, señora, quédese usted con su hijo; pero cuidadito con mandar el dinero que le pidamos, dijo con indescribible sarcasmo el jefe de la partida.

La infortunada señora se apresuró á dar las más expresivas gracias á aquel malvado, y hubo un instante en que se consideró la más venturosa de las mujeres y de las madres.

Pero ¿cuál no sería su desolacion al volver sobre sus pasos hasta cerca del olivo grande y no encontrar allí á su hijo?

Entónces comprendió, en toda su dolorosa extension y horrible crueldad, la sangrienta burla de que habia sido víctima y objeto.

La desconsolada madre sintió como si con unas tenazas candentes le despegaran la carne de los huesos; llamando con desaforados gritos á su hijo y atropellándose en sus mismos pasos, comenzó á correr por el olivar detrás de los bandidos, que se alejaron al galope entre las primeras sombras del melancólico crepúsculo de la tarde.

Pero la triste madre seguia corriendo y gritando como la imágen de la desolacion y del espanto, hasta que ronca, fatigada, jadeante y abrumada de dolor, se desplomó en tierra, murmurando sin cesar:

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

Allí la encontraron más tarde casi exánime y privada de sentido.

CAPÍTULO II.

EL CAUTIVO.

El niño se llamaba José María Crispin Jimenez, y estaba dotado de inteligencia muy viva y precoz, á la par que profesaba á sus padres extraordinario afecto.

Así, pues, cuando se lo llevaron los bandidos, conociendo que su situacion era irremediable, procuró dominar su pena y reprimir su llanto para no agravar su situacion, procurando evitar el enojo y malos tratamientos de los malhechores.

Durante largo rato, el bandido que lo llevaba en su caballo guardó silencio; pero al fin sacó la petaca y le habló al rapaz, diciendo:

—¿Quieres fumar un cigarro?

—Muchas gracias; no lo gasto.

—Pues otros más pequeños que tú ya lo chupan.

—A mí no me gusta fumar.

—Pero ¿te gustarán los dulces?

—Eso le gusta á todos los chicos.

—Pues toma estos dulces que traigo aquí, y cómelos sin cuidado, que de lo tuyo comes; dijo el

bandido riéndose y aludiendo á que dichos confites los habian robado del equipaje de su madre.

—Los agradezco, respondió el niño, cogiéndolos y guardándolos en el bolsillo.

Cambiadas estas breves palabras, el bandido volvió á su silencio, el niño á sus tristes imaginaciones, y toda la cabalgata marchó rápidamente hasta la media noche, á cuya hora se detuvieron en la falda de un cerro de muy difícil acceso.

Allí lo desmontaron, desvendándole los ojos, y asiéndole uno de los bandidos por la mano, comenzaron á subir por la pendiente; pero como el niño no pudiese andar, por hallarse entumecido y por lo ágrio de la cuesta, su conductor lo tomó en brazos, y colocándolo sobre sus hombros, lo llevó hasta un tajo, sobre el cual presentóse otro de los bandidos, que, cogiéndolo con fuerza, lo introdujo por una abertura horizontal, que, á guisa de nicho, estaba practicada en el plano perpendicular del dicho tajo.

Una vez dentro de aquel antro, el niño fué arrastrado por una galería tan estrecha, que sólo podia caber difícilmente un hombre á gatas, si bien á los siete metros se encuentra una especie de esplanada, en la cual podian caber hasta cuatro ó cinco hombres sentados, y áun tendidos.

Aquella cueva, cuya entrada medía poco más de un metro de alto por uno y medio de ancho, estaba situada al Norte del cerro Andrés y tenía comunicacion con otra boca sita al Oriente, como á

unos doce metros, quedando así horadado por completo el peñon ó tajo que constituye la cúspide y parte de una ladera del citado cerro, á cuyo pié corre el arroyo de Burriana, y en cuyas márgenes existe una frondosa arboleda de chopos y álamos blancos; y en la misma direccion, en el cerro de en frente, á la parte allá del rio, y á distancia como de unos quinientos metros, está el cortijo denominado de las Mangas Bajas, desde el cual se descubre perfectamente la entrada Norte de la susodicha cueva.

Allí depositaron al desventurado niño, en cuya compañía permanecieron descansando un rato cuatro de los bandidos, que fueron los que le habian llevado á la cueva.

Una vez instalados en élla, los secuestradores, despues de fumar un cigarro, sacaron una traba de hierro y se la pusieron en los piés al niño, y en seguida partieron, llevándose la llave, y quedándose uno para custodiar al infeliz cautivo.

Cuando éste se halló sólo con el encargado de guardarle, el bandido le dijo:

—¿Quieres comer?

—Como usted quiera, le respondió con indiferencia el niño Jimenez.

—Come, chico, que en eso no se pierde nada.

Y así diciendo, el bandido sacó un poco de pan y queso, que puso en manos del cautivo, el cual, merced á sus pocos años, satisfizo su apetito con más tranquilidad y sosiego del que podia esperarse

atendiendo á la triste situacion en que se hallaba.

En seguida, el niño tendióse en un costal relleno de paja, que era el lecho que le habian preparado, sirviéndole tres pedruscos de cabecera.

Las emociones recibidas aquel dia por el desgraciado niño, el terror que le inspiraba aquel tenebroso ántro, en donde su oprimido pecho apénas encontraba aire respirable, y el miedo y aversion que por entónces le infundia su acompañante, fueron causa para que el cautivo guardase el más obstinado silencio, determinando en él una excitacion nerviosa, que no sólo hacía imposible que reconciliase el sueño, sino que al fin le produjo una violenta fiebre.

En efecto, miéntras que el niño habia caminado al galope, respirando el aire libre de los campos, su espíritu se habia mantenido con cierto brio y entereza, ante su desventurada situacion; pero cuando lo introdujeron en aquella oscura y asfixiante morada, sintió desfallecer sus fuerzas, como si la pesada losa del sepulcro hubiese caido sobre su angustiado pecho.

El alma del hombre, sin embargo, está dotada de una fuerza incalculable de habitualidad, por decirlo así, sobre todo en los primeros años de la vida; de suerte que no sería fácil empresa medir con exactitud la escala posible del sufrimiento humano.

Así sucedió, que á los tres dias, esto es, al cabo de una prolongada noche de setenta y dos horas, el cautivo encontró ménos insoportable su encierro;

habia experimentado la necesidad de hacer algun ejercicio, no obstante hallarse con los piés trabados y de reconocer, siquiera fuese á tientas, la extension y condiciones de su ingrata vivienda, lo cual pudo verificar durante el tiempo que su guardian lo dejaba completamente solo, supuesto que aquél salía varias veces, ya para respirar el aire libre, ya para traer la comida de ámbos.

Tambien el niño estaba más tranquilo; la calentura habia disminuido, y hasta ya encontraba algun atractivo y recreo en conversar con su acompañante.

Trascurridos tres dias, en la madrugada del cuarto presentóse en la cueva otro bandido provisto de papel, pluma, tintero y un farolillo.

El recien llegado invitó al cautivo á que escribiese una carta á su padre, pidiéndole doce mil duros.

—Es inútil que yo escriba eso, porque mi padre no los tiene, respondió el niño.

—Pon lo que te se manda, chico, que lugar hay de pedir ménos, replicó el bandido, dirigiéndole terribles amenazas.

El niño resignóse y escribió sobre sus rodillas la carta exigida, tal y conforme el bandido se la fué dictando.

Ya he dicho, que el cautivo, no obstante su corta edad, estaba dotado de muy precoz inteligencia, y por lo tanto, se quedó sumergido en el más profundo desconsuelo, porque demasiado bien se le alcanzaba que su padre no podia reunir aquella suma,

y que en su consecuencia los bandidos le darian muerte.

Y para que no le quedase la más mínima duda sobre este punto, una vez terminada la carta, que guardó el bandolero, éste le dijo:

—Ahora, tu vida no está en nuestras manos, sino en las de tu padre; pues si no manda en seguida lo que se le pide, te degollaremos aquí como á un borrego.

El infeliz niño hizo un gesto de resignacion y exhaló un suspiro.

Despues, el feroz bandolero, como asaltado por una idea súbita, prorumpió en una estrepitosa carcajada, y sacando la carta, exclamó:

—¡Que él lo sepa tambien! Mira, chico, añádele aquí á tu padre lo que yo te diga.

El pobre cautivo tomó la carta y la pluma y se dispuso á escribir la terrible posdata, que le dictó el bandido, cuyas palabras contenian la misma horrorosa y espantable amenaza de que el niño sería degollado si el infeliz padre no aprontaba el rescate reclamado.

En seguida el bandido, muy satisfecho de su bárbara ocurrencia, volvióse á guardar la carta, y salióse con su compañero de la cueva, no sin dejar ántes obstruida con piedras la entrada de aquel recinto ó plazoleta, en donde quedó el pobre niño como empaderado, bajo el doble muro físico y moral de la dura roca y de las angustiosas reflexiones que su cruel situacion le inspiraba.

CAPÍTULO III.

EL GUARDIAN Y EL PRESO.

El hombre es un sér infinitamente finito, así en sus ideas como en sus afecciones; de suerte que la excitacion más violenta intelectual ó afectiva no puede permanecer muchos instantes en el mismo grado de intensidad; ántes bien, incesantemente se trasforma y modifica, en virtud de la inexorable ley del tiempo, que es la forma de toda mudanza, tanto en el hombre como en las cosas, ó sea, en los que se llaman hechos de conciencia y en los objetos exteriores.

Así sucedió que el infeliz cautivo, entregado á sus recelos, temores y desconfianzas, una vez escrita la carta, y permaneciendo solo en aquel ántro, fué durante algunas horas víctima y presa de indecibles angustias, terrores y desastres, que su imaginacion calenturienta le representaba en medio de aquellas tinieblas y en aquel apartado rincon del mundo, en donde sólo veía brillar sangrientos puñales y ojos fosforescentes centelleantes de furor que le amenazaban y herian porque su padre no

habia podido aprontar la suma que en la consabida epístola se le reclamaba.

Pero al fin y al cabo, el organismo, cuyas fuerzas son siempre limitadas, hubo de ceder poco á poco hasta el punto de que un profundo sueño fuera invadiendo el cerebro y los miembros del conturbado niño.

Todo en la naturaleza está sabiamente previsto y ordenado, y las aflicciones humanas serian mucho más crueles sin las sombras de la noche y sin los reparadores beneficios de esa imágen de la muerte, breve tregua de la vida, que se llama el sueño.

El cautivo, pues, se hallaba profundamente dormido cuando su guardian tornó á la subterránea plazoleta en que aquél yacia, sin que ni el ruido de los pedruscos que derribó el bandido para facilitarse la entrada, ni tampoco sus reiterados llamamientos, fuesen bastantes para despertar al pobre niño de su hondo letargo.

Entónces el guardian, inquieto y receloso, encendió un fósforo, á cuya luz pudo contemplar las agraciadas facciones del niño que tan profundamente dormia, dando treguas á su dolor é insensible ó indiferente á todos los peligros, que como una negra nube cerníanse sobre su juvenil cabeza.

El guardian, silencioso y enternecido, lo contempló durante algunos momentos, llevando su condescendencia y atencion hasta el extremo de respetar el sueño de la desgracia y de la inocencia.

Tal vez á primera vista parezca muy extraordi-

naria ó inconcebible aquella delicadeza y compasion por parte de un desalmado bandido; pero el hombre siempre es hombre, y muy rara vez se encuentra algun individuo tan monstruoso que todo en él sea perversion, maldad ó fiereza, de todo punto insensible á ninguna de las fibras que hacen vibrar el corazon humano de amor ó de ternura.

Tambien la soledad contribuye de una manera poderosa á despertar los sentimientos mejores del hombre, que siempre dormitan en su conciencia, cuando no los ahogan ó contienen la brutal emulacion, la estúpida jactancia de la crueldad ó los feroces alardes para aterrar á cuantos le rodean.

La causa de aquellos miramientos del guardian era muy natural en aquellas circunstancias, á la vez que demuestra bien á las claras, que rara vez se extinguen por completo, áun en los hombres más feroces y malvados, los sentimientos más enérgicos, profundos y bellos de la noble naturaleza humana.

Así lo comprenderá fácilmente el lector, cuando sepa los móviles ó motivos que produjeron el singular enternecimiento de aquel malvado en presencia del hermoso y triste niño.

Era verdaderamente un cuadro, á la par horrible y bello, el que ofrecian el adolescente confiado y dormido en aquella caverna y el feroz guardian, inclinado sobre la pura frente del cautivo, de rodillas junto su pobre lecho, y conteniendo su bronca respiracion para guardarle mejor el sueño.

El ángel de tinieblas se habia convertido por un momento en ángel de luz.

Al fin el niño murmuró entre sueños:

—¡Agua! ¡Madre, agua!

El cautivo creia encontrarse aún en la casa paterna.

Tal vez esta circunstancia conmovió tambien al guardian, que se apresuró á presentarle al niño el jarro que allí tenian con agua, diciéndole:

—Aquí la tienes, niño, toma y bebe; añadió el guardian moviendo al dormido para que despertase, con la misma suavidad y ternura que lo hubiera hecho su propia madre.

El cautivo, exhalando un suspiro, despertó diciendo:

—¿Quién me llama?

—¿No me conoces?

—Sí, señor.

—Aquí tienes el agua que has pedido.

—No lo recuerdo; pero beberé con mucho gusto.

El niño satisfizo su sed, dando las gracias al guardian por su atencion y solicitud.

—Vamos, niño, que hoy has dormido bien.

—Sí, señor, y me encuentro bueno.

—¿Quieres comer?

—No vendrá mal, respondió el niño, que se habia sentado sobre su lecho.

Entónces, el guardian encendió el farolillo y con aire risueño dijo:

—Aunque no comamos mejor que ayer, hoy comeremos con luz.

Y así diciendo, puso junto al lecho una cazuela en donde vació el puchero que habia traido del cortijo inmediato, en donde les aderezaban la comida, segun se averiguó más tarde.

El niño comió con más apetito que los dias precedentes, no sólo á consecuencia de la accion bienhechora de su prolongado sueño, sino tambien por la mayor familiaridad y confianza que le iba inspirando su guardian, confianza que aquel dia subió de punto por las atenciones y amabilidad que éste manifestó para con el jóven cautivo.

En efecto, durante la comida, y áun largo rato despues, el niño no pudo ménos de manifestar su inquietud por la suerte que le aguardaba, cuando su padre respondiese á la carta, negándose á entregar la suma exigida, no por falta de voluntad, sino por carencia de recursos.

El guardian le respondió que no desconfiase tanto de los esfuerzos y recursos de su padre, pues que éste haria los imposibles por salvarle.

—¿Y cree usted que yo dudo que mi padre dejaria de dar todos los tesoros de la tierra por libertarme? Pues respecto á mi madre no digo nada. ¡Pobrecita, y qué afligida se quedó! ¿Cómo estará?

Y el niño exhaló un profundo suspiro, y sus ojos se arrasaron en lágrimas.

—Vamos, chico, no te aflijas; que pronto te verás libre, pues tú mismo reconoces que tu padre dará todo cuanto tenga por sacarte de aquí.

—Sí, señor; pero el caso es que mi padre apénas

tiene un mediano pasar y que aunque venda todo lo que posee le será imposible reunir tanto dinero como le piden.

—Ya lo pedirá prestado.

—Pero no será fácil que se lo den.

—Pues como no entregue lo que le han pedido, hará muy mal, porque entónces...

El bandido se contuvo, como si temiese angustiar demasiado al niño, con la terminacion de su frase.

El rapaz quedóse mirando en silencio á su interlocutor, algunos instantes, hasta que al fin preguntó:

—Y ¿qué harán de mí, si mi padre no manda ese dinero?

—Calla, chico, no quiero siquiera pensarlo.

—Usted es bueno y me debe decir la verdad.

—Mira, niño, no puedes figurarte lo que me pasa cuando me dices que yo soy bueno y que no debo callarte la verdad.

—¿Pues qué le sucede á usted?

—Yo no sé si tú entenderás de estas cosas; pero pocos niños habrá de tu edad que sean tan listos como tú eres. Cuando volví hace ya rato y te encontré tan dormidito estuve mirándote á la luz de un fósforo, y te digo que entónces me dió un vuelco el corazon.

—¿Y por qué? preguntó el niño con la más viva curiosidad.

—Porque... porque conforme te estaba mirando

se me presentó la imágen de mi hijo que es un chavalito como tú, y á quien quiero más que á las niñas de mis ojos. Pues bien; te pareces algo á él en lo listo y hasta en el metal de la voz, y al pensar lo que me sucederia, si me lo quitaran... Vamos, niño, no hablemos de esto, porque pierdo el sentido.

—Pues ahora comprenderá usted lo que le pasará á mi padre. ¿Qué culpa tiene él, ni yo tampoco, de que seamos pobres y no se pueda reunir lo que piden?

—Es verdad; pero estas son cosas del mundo, y yo tampoco tengo la culpa de ser pobre; ¿por qué ha de suceder esto en la vida? ¿Por qué han de tener unos tanto y otros tan poco, que hasta les hace falta que comer y que vestir? ¿Por qué nacen unos pobres y otros ricos, y muchos de éstos ni siquiera tienen que tomarse el trabajo de robarlo? ¡Qué mundo! ¿Por qué sucede esto, por qué, por qué?

Y así diciendo, el bandido se golpeaba con fuerza la frente, como si de una manera instintiva comprendiese su absoluta impotencia para descifrar aquel pavoroso enigma ó para responderse á su pregunta.

El bandido estaba muy léjos de comprender en toda su extension el alcance y magnitud del problema que se presentaba á su ruda inteligencia y á su espíritu inculto, que era nada ménos que el gran problema del destino humano.

El niño, cuyo entendimiento era tan perspicaz, escuchaba confuso y atónito las tremendas palabras del bandido.

—Pues bien, dijo al fin el cautivo, hágase usted cuenta que á su niño le pasara lo mismo que á mí.

—Á mi chico no le podrá suceder eso, porque su padre es un pobre.

—Pero si le sucediera y no tuviese usted dinero, como no lo tiene mi padre, ¿qué haria?

Al oir esta pregunta, el rostro del bandido iluminóse con una sonrisa tan feroz y aterradora, que el pobre niño se quedó helado de espanto.

—Entónces, repuso el guardian, articulando lentamente sus palabras, entónces el mundo ardia, y no tengas duda en que yo habia de encontrar á mi hijo, aunque lo guardaran en el centro de la tierra; y si le tocaban á un cabello no dejaria de vengarme cara á cara ó á traicion, ó como pudiera, porque eso de quitarme á mi hijo... ¡Válgame Dios! no me hables de éllo, chiquillo.

El listo rapaz, al oir expresarse al bandido en tales términos, recobró su tranquilidad, y con acento cariñoso y lisonjero, respondió:

—Bien decia yo, que usted es bueno. Si pudiera usted traer aquí á su niño, ya que estoy aquí tan triste, jugaríamos juntos los dos y yo le querria como si fuese mi hermano.

Es imposible describir el singular efecto que estas frases produjeron en el ánimo del bandido, que permaneció silencioso algunos instantes, contemplando al cautivo con una expresion indefinible de tristeza y de ternura.

—¿Lo querrias mucho? preguntó al fin.

—¿Por qué no? ¡Estoy aquí tan solo! Ande usted, tráigame pronto á su hijo, y yo le querré, y usted me querrá tambien, y me guardará de los que me quieran hacer daño. ¿No es verdad? ¿Me lo promete usted así?

—Mira, chaval, te juro que si no te traigo aquí á mi hijo es porque no puedo ni debo, porque... en fin, no puede ser; pero tambien te prometo por el alma de mi madre, que Dios tenga en su gloria, que primero me han de matar á mí, que yo consienta que nadie toque al pelo de tu ropa.

—Dios se lo pagará á usted, repuso el cautivo con esa expansion afectuosa tan natural en los niños, cuya preocupacion más persistente y cuya necesidad más apremiante es la de encontrar en torno suyo quien los quiera, sobre todo cuando se ven desamparados ó ausentes de sus padres. Además, añadió el niño, ¿quién sabe si yo algun dia podré favorecer á usted ó á su hijo?

—¿Eres tú capaz de cumplir esa palabra?, preguntó el guardian, fijando sus penetrantes ojos en el cautivo.

—Sí, señor, y se lo prometo á usted tambien por la salud de mi pobrecita madre, que sabe Dios cómo se encontrará á estas horas.

Y el desventurado niño, bajo la impresion de este doloroso recuerdo, comenzó á llorar con indecible amargura.

—No te aflijas, niño, que al fin y al cabo todo se arreglará como mejor se pueda; pues desde hoy

he de hacer por tí lo que esté en mi mano, con tal que tú no faltes á la promesa que acabas de hacerme; pero... ¿has oido? dijo levantándose el guardian y tomando su retaco.

—Sí, parece que álguien se acerca.

—¿Y quién se atreve á venir á este sitio sin hacer ántes la contraseña?

—Tal vez no hayamos oido silbar como otras veces, por la conversacion.

—Puede ser; pero de todas maneras... ¡ay del que se acerque si no es de mi gente! Acurrúcate en ese rincon.

Y así diciendo, el bandido fué á colocarse á la entrada de aquella caverna con el retaco montado y dispuesto á disparar sobre el temerario á quien su impertinente curiosidad le llevase hasta aquel sitio.

CAPÍTULO IV.

ANGUSTIAS PATERNALES.

La desolada madre del niño Jimenez permaneció largo rato privada de sentido en el olivar despues de haber visto desaparecer á su hijo, arrebatado por los ladrones.

Sus compañeros de viaje, bien que maniatados y con el rostro cubierto por mantas y zaléas, habian podido comprender la dolorosa escena que acababa de ocurrir, escuchando las desesperadas frases y dolientes quejas de aquella madre infeliz, que en vano habia procurado ablandar el corazon empedernido de los malhechores.

Uno de los criados de la desventurada señora logró libertarse de sus ligaduras, y desatando despues á otros de sus compañeros, todos en brevísimos instantes viéronse sueltos y libres para acudir en socorro de la desfallecida madre que, no sin trabajo, tornó á recobrar sus sentidos, prorumpiendo entónces en abundantísimo llanto; pero sin proferir ni una sola palabra.

Las personas que la rodeaban comprendieron fá-

cilmente que aquel llanto podia ser muy saludable desahogo para templar en alguna manera su afliccion sin límites.

Al fin, esforzándose por consolarla segun mejor supieron, colocáronla de nuevo en su cabalgadura, y todos emprendieron con aire triste y abatido su marcha hácia el inmediato pueblo de Palenciana, adonde llegaron ya bien entrada la noche.

Conmovióse el pueblo con la triste noticia del secuestro del niño, y desde luégo puede el lector figurarse la escena indescribible que tuvo lugar cuando el desdichado padre supo el lamentable caso.

En vano los vecinos del lugar, entre los cuales se hallaban el cura, el médico y las personas más distinguidas del pueblo, intentaron infundir consuelos y esperanzas en el corazon de los infelices esposos.

Cuando ámbos se hubieron quedado solos en la intimidad de su pena y de su hogar, por un movimiento súbito y simultáneo, los dos se abrazaron tiernamente, llorando cada uno sobre el rostro del otro y repitiendo sin cesar, con tanto amor como angustia, el nombre de su hijo, tanto más idolatrado cuanto que era único.

Así, pues, lamentando amargamente su triste suerte, pasaron toda aquella eterna noche en su doloroso y prolongado insomnio, si bien el afligido padre procuraba dominar su dolor é infundir en su amada esposa el sentimiento consolador de la esperanza.

Pero los desgraciados cónyuges no sabian entónces que lo más horroroso de aquel caso consistia en que el golpe feroz que habia caido sobre éllos estaba dirigido y asestado por los secuestradores contra otra persona, muy honrada y digna, por cierto que tenía un cortijo inmediato al olivar citado y que se llama don Manuel Ramirez.

Sucedió, pues, que los bandidos habian estado diseminados en diferentes grupos en el olivar y otros parajes próximos al cortijo del Sr. Ramirez, á quien se proponian secuestrar en aquel dia; pero como las precauciones adoptadas por el referido caballero inutilizaron de todo punto el plan de los malhechores, éstos se resolvieron á apoderarse del niño Jimenez, á consecuencia de haberles dicho uno de sus espías que á los padres de aquel niño se les podria sacar de diez á doce mil duros por su rescate.

Y hé aquí la causa fortuita de que los secuestradores, una vez detenidos la madre y el hijo, se llevasen á éste en virtud de la sugestion mencionada y para no perder el dia ni el viaje, si bien éllos no sabian de antemano ni los recursos de la familia Jimenez, ni mucho ménos el que la señora y el niño habian de pasar por allí aquella tarde.

Este lamentable suceso, como ya he indicado, tuvo lugar el dia 28 de Octubre de 1869, y hasta el 1.° de Diciembre no se dió principio á la causa en el juzgado de Rute; y sustanciada por sus trámites, sin haberse podido adquirir noticia de quié-

nes fuesen los autores de aquel secuestro, remitióse á la Audiencia de Sevilla en 8 de Abril de 1870, la cual se devolvió con ejecutoria en 7 de Octubre del mismo año, y en la que se confirmó dicha sentencia, previniéndose que se archivase la referida causa.

Ahora bien; tan inconcebible dilacion en principiar el procedimiento, no ménos que la nulidad del resultado, que sólo pueden explicarse por la indecible perturbacion en que se hallaba aquel país, merced al pánico terror que en todas las clases de la sociedad infundia el bandolerismo, más desenfrenado que nunca en aquella época, es decir, poco ántes de mi llegada á Córdoba, me impulsó á instar para que de nuevo se abriese la causa, como, en efecto, se verificó, siendo ya digno juez de Rute don Adeodato Altamirano y Gamez, supuesto que de mis confidencias y averiguaciones de éste y de otros crímenes que habian quedado ántes impunes y que comuniqué á éste y otros juzgados, resultaban datos fidedignos, incontrovertibles y más que suficientes para poner á los tribunales en el camino seguro de investigar y descubrir los delitos y sus autores, á fin de que la justicia social resplandeciese con todos sus derechos y respetable poderío en favor del inocente, y aplicando el condigno castigo á los culpables.

En efecto, á la exactitud de mis numerosos datos, no ménos que á la diligencia, sagacidad é incansable celo del Sr. Altamirano, que secundó

admirablemente mis indicaciones, se debió el descubrir, no solamente los autores de este secuestro, sino tambien las cuevas en donde tuvieron al infeliz cautivo, y hasta los detalles más minuciosos é interesantes de que voy haciendo uso y mencion en este relato.

Volviendo ahora á los desventurados padres del niño Jimenez, debo decir que su inmensa y cruel desdicha fué producto de una indicacion casual y pasajera de un infame ó estúpido espía; pero en ningun modo resultado preconcebido de las asechanzas ó malevolencia de los secuestradores.

Así, la felicidad ó la desventura, la prosperidad ó el dolor, en una palabra, todo el destino humano, suele depender á veces de los accidentes más insignificantes, al parecer, y que en realidad son de infinita, horrorosa ó feliz trascendencia.

Pero la triste madre, sin curarse de las causas ó móviles que habian producido el secuestro de su hijo, sólo sabía que se lo habian arrebatado; que ignoraba su suerte; que acaso ya los bandidos habian segado en flor su inocente vida; y, por lo tanto, hallábase cada vez más acongojada y más inconsolable.

Era verdaderamente desolador el espectáculo que en el retiro de su hogar ofrecian aquellos esposos, que ahora se imaginaban que toda la naturaleza vestía de luto, y que hasta el sol no enviaba luz á sus llorosos ojos, sin más razon ni motivo que el no ver á su lado al hijo de sus entrañas, que

ántes era para éllos el mundo todo y la condicion primera del encanto de la vida y de su gozo inefable.

No ver á su hijo, era para estos desventurados padres un tormento más insoportable que si el luminar del dia se hubiese oscurecido, porque éllos habrian considerado como un paraiso de placeres y delicias, hasta las negras tinieblas del informe cáos, con tal de tener allí entre sus brazos al hijo único, emblema de su amor, objeto de su ternura y recreo infinito de sus almas, confundidas y como trasladadas en íntima union al idolatrado é inocente sér, por quien ahora lloraban con tan inimitable desconsuelo.

Todos sus actos, todos sus ademanes, todos sus lamentos y todas sus palabras podian reducirse á un profundo y perpétuo gemido, cuya natural y genuina traduccion consistia en esta pregunta: «¿Qué será ahora de nuestro pobre niño?»

Mas como no era posible que se respondiesen á esta demanda con exactas noticias, sino con lastimosas y sombrías imaginaciones, otra vez los infelices padres tornaban á su triste llanto, el cual incesantemente renacia de sí mismo, como el fénix de sus cenizas.

En medio de aquella profunda y tenebrosa noche de su dolor pudo llegar hasta éllos un bello rayo de luz, es decir, de esperanza, que se desvaneció, sin embargo, como el rápido fulgor de un relámpago, para sumirlos despues en más lóbrega oscuridad.

En efecto, cuando recibieron la carta, cuyo contenido sustancial ya el lector conoce, el júbilo de los afligidos padres rayó casi en demencia, porque al ménos adquirieron la conviccion de que su amado hijo vivia, supuesto que estaba escrita de su letra; pero cuando hubieron leido las irrealizables condiciones del exigido rescate, y las terribles amenazas de que el cautivo sería degollado, si no enviaban la suma pedida, ámbos cayeron desde lo alto de la ilusion que habian concebido, como si los hubieran despeñado desde lo alto de una roca al fondo de un abismo.

Los tristes padres no habrian vacilado en entregar por su hijo todos los tesoros de Creso, si los hubieran poseido; pero fácilmente se comprenderá el horror de su angustia y sus amargas quejas contra su adversa suerte, al verse en la imposibilidad de satisfacer las exigencias de los secuestradores que, obedeciendo á informes falsos, habian perpetrado aquel crímen con la esperanza de obtener un rescate de todo punto inasequible á la modesta fortuna de don Francisco de Paula Jimenez, que así se llama el padre del mal aventurado cautivo.

La cantidad de doce mil duros era tan enorme, relativamente á los medios de que podian disponer los desgraciados padres de la víctima, que éstos se vieron obligados á responder que sólo podrían entregar doce mil reales, allegando todos los recursos que estaban en su mano.

Excusado parece decir, que semejante contesta-

cion, que dejaria, sin embargo, arruinada á una familia, y que á la par se hallaba tan en desacuerdo con las insensatas esperanzas de los bandidos, produjo en éstos el más violento furor, y que desde entónces ya no pensaban sino en vengar sobre el inocente niño la tacañería de sus padres, que así calificaban la inmensa desdicha para éstos de no tener la suma suficiente para rescatar sin dilacion al hijo de sus entrañas.

CAPITULO V.

DONDE «VACA-RABIOSA» REFIERE LA CONTESTACION Á LA CARTA DE LOS BANDIDOS.

Dejamos al guardian del niño en la actitud de hacer fuego sobre el temerario, que se atreviese á penetrar en el interior de aquella caverna.

—¿Quién va? preguntó impaciente el bandido.

—Soy yo. ¿No me conoces? ¿No has oido la seña?

—Sí, te conozco; y cuatro mil de á caballo pasen por encima de tu cuerpo. No te habia oido, y si no hablas te abraso las entrañas.

—¿Estabas durmiendo? Porque sólo así, es posible que no me hayas barruntado.

—Me estaba hablando este chaval, y nada tiene de extraño que me haya distraido; pero vamos al caso, ¿qué ocurre?

—Nada, que poco despues de haberte traido la comida, llegaron los compañeros que han estado esperando á *Vaca*, el cual acaba de llegar ahora mismo, y me ha dicho que vayas en seguida y que yo me quede aquí miéntras, para guardar al *chavorró*.

—Pues entónces, hasta luégo.

Y el bandido apresuróse á salir de la cueva, en tanto que el recien llegado echó un fósforo, encendió un cigarro y sentóse sin hablar palabra con el cautivo, que habia escuchado inquieto y receloso el diálogo precedente.

El guardian bajó rápidamente al cortijo, donde, en efecto, encontró reunidos á *Narizotas*, el *Cuco*, *Manos-abiertas*, el *Castellano*, *Sumé*, *Malas-patas* y *Vaca-rabiosa*.

Despues que el guardian hubo saludado á tan honrada compañía, impelido por su curiosidad, preguntó:

—¿Qué se ofrece, caballeros?

—Me parece que nos ha caido que hacer con este negocio, dijo *Vaca-rabiosa*.

—¿No se han puesto en razon los padres del *chinorré?* preguntó el guardian.

—Ni por soñacion siquiera.

—¿Pero habrá llegado la carta á sus manos?

—Yo respondo que sin falencia ninguna, y la prueba es la respuesta que me han dado. ¡Vaya un viaje!

—Vamos, cuenta lo que te haya sucedido.

—Pues bien; ya sabeis que en la carta se le decia al *bato* que el que trajese la respuesta habia de ir por el camino marcado, subido en una burra ó burro blanco, y con un pañuelo tambien del mismo color puesto sobre los hombros. Yo avizoré al mozo, desde muy léjos, y me fuí á la vista de él fuera de

camino un buen trecho, y así que llegó á un sitio en donde no se divisaba bicho viviente, le salí al encuentro, diciéndole que yo era aquél á quien buscaba. Entónces, el hombre me contó que los padres estaban muy acongojados, y yo dije para mi capote: «ésto va bueno, porque así soltarán mejor la *mosca;*» pero en seguida se me cayeron los palos del sombrajo, cuando me dijo que los *batos* eran unos pobrecitos, y que era una locura pedirles doce mil duros, porque no los tenian, ni cosa que los valiese, y que en resumidas cuentas, éllos sólo habian podido reunir mil reales por cada mil duros.

—¡Doce mil reales! exclamaron indignados á la vez todos los bandidos.

—Ni más ni ménos de lo que digo; y en vista de ésto, vosotros decidireis lo que debe hacerse.

—¿Y cuál es tu opinion? preguntó el guardian.

—Mi opinion es, repuso *Vaca-rabiosa*, no perder el tiempo con malos negocios.

—¿Piensas entónces que soltemos al chico? preguntaron displicentes los secuestradores.

—Al contrario, pienso que debemos cumplir al pié de la letra nuestras amenazas; es decir, que lo mejor es degollarlo cuanto ántes como á un borrego, porque así se lo dije al mozo del burro blanco, y porque así escarmentarán.

Los demás bandidos guardaron silencio, permaneciendo algunos impasibles, miéntras que otros habian hecho signos de asentimiento.

—¿No convendria tantear ántes el pedirles á los

batos una cantidad menor, que éllos pudieran barbear? preguntó el guardian, que como ya el lector sabe, se interesaba secretamente por el niño.

—¡Tiene razon! exclamaron á una todos los bandidos, ménos *Vaca-rabiosa*. ¿Qué vamos á sacar con degollarlo?

—Evitar que nos descubran y que nosotros paguemos el pato. Esa cueva, añadió *Vaca-rabiosa*, está muy mal situada, y es muy fácil que cualquier pastor ó algunos cazadores topen con el nido y que cuando más descuidados estemos, nos veamos en la precision de degollar á diez en lugar de uno.

—No es eso tan fácil, replicó el guardian, pues ya sabes que muchas veces nos hemos servido de esa cueva y hasta ahora nadie ha sospechado lo que pasa.

—Pero lo que no sucede en un año sucede en una hora, y de hoy en adelante conviene que tengamos guardada á la gente en sitio más seguro y libre de toda contingencia, y en donde podamos hacer los guisados á nuestro gusto, sin temor de que nadie atisbe ni delate; y por esta razon he pensado que debíamos hacer aquí una gran cueva, que pueda estar bajo llave, para esconder á todos esos pajarracos que tenemos en lista, como don Juan Gonzalez, don José Ariza, don Manuel Ramirez, don Juan de Mata y los demás que sabeis, á fin de que todos éllos nos suelten el jugo.

—¿Y cómo se puede hacer éso sin dar cuatro cuartos al pregonero? preguntó el casero del cortijo, que era uno de los presentes.

—Se trabaja de noche, cuando los gañanes estén durmiendo.

—Y ¿qué hacemos de la tierra?

—Se saca en espuertas y se reparte por esos sembrados y nadie advierte nada.

—Sí; pero tambien los vecinos oirán cavar de noche, y además pueden ver ó sentir á los que entremos y salgamos, porque esa operacion no se puede confiar más que á nosotros mismos.

—En pegando cuatro tiros al aire y cuatro estacazos al que encontremos por aquí á deshora, no hay Dios que rechiste por estos contornos.

—Pues bien; por mi parte, respondió el casero, desde esta noche podemos poner manos á la obra.

—Quedamos en eso. ¿No es verdad, compañeros?

Todos los circunstantes convinieron, en efecto, en proceder en seguida á la excavacion del consabido escondite que habia de verificarse en una cuadra, situada muy á trasmano y en un largo y estrecho callejon.

Tambien concertaron que durante el dia la boca de la tal cueva, ó por mejor decir, de la sima ó pozo, pues que la excavacion era perpendicular, debia estar cubierta con algunos tablones y paja ó estiércol sobre éllos.

Aceptado por todos este propósito, el guardian del cautivo, de un modo indirecto y procurando sacar el mejor partido de la familia del secuestrado, volvió á plantear la cuestion, diciendo:

—Lo que necesitamos es *loben*; pero doce mil reales es muy poco.

—Eso mismo digo yo; eso es una burla, respondió *Vaca-rabiosa*.

—Está bien; pero entre ambos extremos, es decir, entre doce mil reales ó degollarlo, cabe un término medio, que pudiera ser el pedirle á los *batos* cinco mil duros, que es una cantidad más proporcionada. ¿Qué os parece mi propuesta, compañeros?

—A mí me parece bastante razonable, porque de seguro que si la familia tuviese la cantidad que se le ha pedido, no andaría regateando, respondió el casero.

—Soy de la misma opinion, dijo *Malas-patas*, y yo creo que lo que se debe hacer es consultar este negocio con mi tio, que sin duda conoce á la familia, y sabrá lo que puede sacarse á punto fijo.

Los secuestradores aceptarou sin vacilar este consejo, ménos *Vaca-rabiosa*, que persistía en su feroz resolucion de sacrificar al inocente niño; pero al fin y al cabo, aunque muy á regañadientes, hubo de conformarse con la voluntad unánime de los bandidos.

Así, pues, concertaron que *Malas-patas* partiese inmediatamente para consultar con su tio el giro que habian de dar á la horrible negociacion del secuestro y del rescate, miéntras que los demás se quedaron en la cortijada, para emprender desde aquella misma noche el repugnante y odioso trabajo de la excavacion del consabido escondrijo.

CAPÍTULO VI.

LA CUEVA DE LA HIGUERA DEL DIABLO.

Los bandidos, con esa perseverancia y energía de voluntad que caracteriza á las naturalezas incultas, en las cuales predominan los instintos, emprendieron el mencionado trabajo con ardor indecible.

Ya bien entrada la noche, y en uno de los descansos que hacian en su labor, miéntras fumaban un cigarro, el casero dijo:

—Estoy pensando en que *Vaca-rabiosa* tiene razon en eso de que pudieran descubrir al muchacho en la cueva.

—El mejor dia sucederá lo que yo he dicho, repuso *Vaca-rabiosa.*

—Pero el caso es que hasta ahora no ha sucedido, terció el guardian.

—Pueden pasarse muy bien ocho dias sin que nada ocurra, replicó el casero; mas todo puede echarse á perder en un instante; y no digo esto á tontas ni á locas.

—¿Qué quieres decir? preguntaron á la vez todos los bandidos alarmados.

—Quiero decir, que si mi opinion valiera, esta misma noche debíais sacar de esa cueva á ese muchacho.

—Pero ¿por qué? preguntó el guardian.

—Porque esta misma tarde ha pasado por aquí un mozo, que me ha dicho que mañana van á venir unos cuantos á cazar por estos alrededores, y no sería imposible que los perros, sintiendo gente en la cueva, llamaran la atencion, acudiesen los cazadores, entrase alguno y sucediese un estrupicio. Por eso cuando éste, señalando á *Vaca-rabiosa*, habló de sus recelos, recordé esta noticia, y la verdad es que no dejo de pensar en élla.

—Pues yo hablé de éso como de una cosa que podia suceder; pero ignorando lo que tú dices, respondió *Vaca-rabiosa*.

—No hay duda en que los perros pueden hacer muy mala obra, dijo el guardian.

—Y sin que los perros ladren, replicó el casero, puede suceder que algun curioso tenga deseo de entrar en la cueva, y entónces...

—Es menester matarlo, interrumpió impetuosamente *Vaca-rabiosa*.

—Sí, repuso el guardian; pero entónces tambien sería necesario matar á todos los cazadores.

—Es claro, respondió *Vaca-rabiosa* con feroz sencillez.

—Lo más acertado, dijo el casero, es que ahora mismo se lleven á ese chicuelo de ahí.

—Lo mejor habria sido el degollarlo, como yo

decia; pero ya que habeis querido que *Malas-patas* consulte con su tio el negocio, soy del mismo parecer que tú, que se lo deben llevar de ahí en seguida.

—Pues yo haré lo que se disponga, respondió el guardian.

—El mejor sitio para ocultarlo bien y pronto, porque está cerca, sería la cueva de la Higuera del Diablo, dijo el casero.

—Tienes razon, repusieron los bandidos.

—Me parece bien, replicó el guardian; pero es menester llevar la jaca y que uno de vosotros me acompañe.

—Pues bien; márchate desde luégo, que detrás irá el *Cuco* y llevará la jaca, dijo el casero.

Pocos minutos despues, el guardian, habiendo hecho ántes la seña convenida, penetraba en la cueva, y manifestó á su compañero y al cautivo que debian ponerse en marcha en seguida. Al efecto, le quitaron de los piés la traba de hierro al niño, y habiendo sacado el costal y los utensilios que allí tenian, le vendaron los ojos al cautivo, conduciéndole fuera de aquel antro y saliendo al encuentro del otro bandido, que ya los esperaba con la jaca.

Inmediatamente lo subieron en la cabalgadura, sobre la que habian colocado todo su equipaje, y guiando uno del diestro, y los otros dos á retaguardia, emprendieron su nocturno viaje.

Así caminaron lentamente como un cuarto de

legua, cuando se oyó el rumor de una corriente de agua, á cuya márgen se detuvieron y bajaron al cautivo, que se quedó bajo la custodia de uno de los bandidos, miéntras que los otros dos subieron en la jaca y pasaron á la orilla opuesta.

En seguida regresó con la jaca uno de los dos que habian pasado, y, cogiendo al niño, lanzóse de nuevo á la corriente.

Sucedió, pues, que habiéndose asombrado la jaca, se cayeron los jinetes al agua, recibiendo el infeliz niño la congojosa impresion que fácilmente se concibe, teniendo en cuenta la horrible circunstancia de que llevaba los ojos vendados.

El pobre cautivo, que ignoraba si era ó no un rio profundo, por una impulsion instintiva, más fuerte que todos los temores, y muy natural en aquel caso, desvendóse inmediatamente los ojos, y entónces vió que se hallaba en medio de un riachuelo, cuyo cauce estaba flanqueado por enormes peñas y tajos.

No bien el desventurado niño se habia quitado la venda y habia contemplado por un momento la estrellada bóveda del cielo, cuando, como un espectro amenazador, esgrimiendo sobre su cuello un puñal centelleante, se le presentó el *Cuco*, diciéndole con voz aterradora:

—¡Tápate los ojos, si no quieres morir degollado!

Estremecido de terror el azorado niño, apresuróse á ponerse bien el pañuelo con que le cubrian los ojos; y de nuevo, y completamente empapado

en agua, volvieron á montarlo sobre la espantadiza jaca.

En resolucion, diré que, despues de este incidente, los bandidos y el cautivo tornaron á emprender su marcha en la misma forma que al principio, y, poco tiempo despues, llegaron á una cueva, situada en el declive de un monte, y junto á la cual corre un arroyo.

A mayor altura, y á muy corta distancia, se encuentra una casa, llamada de los Yesares, desde cuya puerta salen dos veredas, una de las cuales baja directamente á la entrada de la cueva, en tanto que la otra, bien que dirigiéndose hácia la montaña, se aparta á los doce pasos otra senda, que conduce tambien á la misma cueva por una pendiente tan agria, que al final se ven unos cuantos escalones, hechos á mano, para facilitar la bajada por este punto.

Sobre la izquierda de la mencionada cueva, y á distancia como de unos cien metros, hay en un cerro otra casa, denominada del *Pecho del Gitano*, y como á medio kilómetro y sobre la montaña, se encuentra el convento de las Algaidas, cuya huerta se interpone entre la cueva y el Santuario.

La boca de la cueva tiene de anchura metro y medio y otro tanto de alto; poco distante de la entrada, y sobre la derecha, hay unas zarzas, junto á la márgen del arroyo, miéntras que á la izquierda de la boca se ve una higuera silvestre, que vulgarmente llaman Higuera del Diablo.

Los bandidos obligaron al niño á que penetrase detrás y cogido de la mano de uno de éllos en aquel antro, en tanto que otro le seguia, llevando el costal y los utensilios, quedándose el tercero de vigía en la puerta.

La cueva se ensancha desde luégo sobre la izquierda, y como á unos diez pasos en el interior, aquella especie de galería hace un recodo y continúa internándose, si bien en este recodo preséntase un peñon bastante grande, que es necesario subir y salvar para seguir penetrando más adelante por aquella tenebrosa gruta.

Salvado el peñon, es indispensable caminar poco ménos que á gatas, y fácilmente comprenderá el lector las angustias, encontrones y golpes que el infeliz niño á cada paso se daba contra las rocosas paredes de la caverna.

Más allá de la enorme peña que he indicado, adviértese á la izquierda otra boca, no muy grande, que conduce al final de la cueva, y que es un lugar bastante espacioso y no poco húmedo, á causa de la filtracion de las aguas.

Los bandidos, pues, dejaron al mal aventurado niño más allá del sobredicho peñon y en una especie de plazoleta en donde le obligaron á tenderse, empapado de agua, sobre el costal de paja que le servía de lecho, despues de haberle quitado el pañuelo de los ojos y volverle á poner la traba de hierro sobre los tobillos.

El desgraciado adolescente se hallaba sumergido

á la sazon en un espantoso mar de confusiones.

¿Cuál era la causa de aquella traslacion tan súbita y para él tan inexplicable? ¿Debia felicitarse ó afligirse por aquel accidente? ¿Trataban tal vez de conducirlo á lugar más seguro para sacrificarlo á su furor, cumpliendo las amenazas que los bandidos habian hecho á su padre?

Hé aquí la série de preguntas que á sí mismo se dirigia el angustiado cautivo, cuya ansiedad se aumentaba, dada su situacion, con el más insoportable de los tormentos: el de la incertidumbre.

El niño, cuya inteligente precocidad habia comprendido la imprudencia ó el riesgo de dirigir pregunta alguna á su guardian en presencia de los otros dos bandidos, se habia resignado á guardar el más absoluto silencio, que en aquel caso era el colmo de la discrecion y de la prudencia.

Pero entre tanto, su espíritu juvenil se perdia en un torbellino de trágicas y tremendas conjeturas, de misteriosos y crueles presentimientos, y de sombrías y fúnebres visiones, que revoloteaban en torno de su frente, como los génios melancólicos de las profundidades subterráneas, en medio de aquel antro tenebroso, elegido por el crímen para martirizar á la inocencia.

Una luz espléndida, pero inmaterial, una luz del alma, vino á iluminar por un instante aquellas espantosas tinieblas, con un pensamiento consolador para el triste niño, como fué el recuerdo de sus padres, á quienes le parecia ver y oir junto á su lecho.

Aquella imágen deliciosa y consoladora, tan llena de atractivos y esplendores, estaba, sin embargo, velada por una densa nube de sombra y de tristeza.

El aterrorizado niño imaginábase ver junto á sí á sus amados padres; pero los veia llorando con indecible amargura por su desventurada suerte.

Tal era la situacion del cautivo, durante las primeras horas que pasó en aquella oscura y horrorosa caverna.

CAPÍTULO VII.

EL CONSEJO DEL PADRINO.

Malas-patas partió inmediatamente del cortijo de las Mangas Bajas y dirigióse á Benamejí para consultar con su tio, como ya queda indicado, el negocio del rescate del niño Jimenez.

Cuando *Malas-patas* presentóse en la casa del famoso padrino de todos los bandoleros de aquellos contornos, dibujóse en los labios de éste una redomada sonrisa que parecia decirle:

—«Ya sé á lo que vienes.»

—Tenemos que hablar á solas, dijo *Malas-patas*.

—Pues sígueme.

Y así diciendo, el padrino condujo al bandido á un apartado aposento, cuya puerta cerró con llave.

—Ya estás diciendo lo que quieras, dijo el padrino. ¡En qué lios os meteis!

—¿Acaso presume usted?...

—Me lo figuro todo; pero dí lo que quieres.

Entónces *Malas-patas* refirió á su protector la historia de todo lo que habia ocurrido con el niño, á fin de que les aconsejase la conducta que debian

seguir en aquel caso, porque él se imaginaba que verdaderamente los padres del cautivo no tenian, ni por asomo, la cantidad que se les habia exigido.

—¡Esa es la fija! exclamó el padrino. ¿Quién demonio os ha aconsejado recoger á ese chico, para dar un golpe completamente en vago?

—¡Qué quiere usted! Ibamos á caza de otro pajarraco, que tenía el riñon bien cubierto, y que se nos escapó; y luégo nos dijeron que los padres de ese muchacho *abillelaban parné*, y le echamos la garra.

—Pues no hay tales carneros. Sin embargo, alguna cosilla podreis sacar; pero nunca lo que os habiais figurado.

—Bien me calaba yo que usted los conoceria á fondo, y podria darnos norte seguro para salir avante.

—Los conozco lo mismo que á los dedos de mis manos, y hasta podré decirte el dinero que tienen, ó que podrian reunir, para rescatar al chicuelo.

—¡Cuánto me alegro! Así podrá usted señalarnos la tara de lo que hemos de pedirles.

—Todo lo que pidais más de cuatro á cinco mil duros, es tiempo y trabajo perdido, y áun para reunir esta suma, se verán negros; pero... escribirle otra vez reclamando hasta cinco mil duros.

Aquí llegaban en su diálogo tio y sobrino, cuando sonaron en la puerta de la estancia algunos golpes,

como de una persona que llamase con los nudillos.

—¿Quién será? dijo *Malas-patas* alarmado.

—Descuida, que cuando ha llegado hasta aquí, debe ser algun amigo de confianza.

Y abriendo la puerta, presentóse un hombre como de unos cuarenta años, alto, grueso, peli-castaño, de abultado rostro, ancha frente y mirada incierta y vaga.

El recien llegado saludó familiarmente al padrino y manifestó suma complacencia por encontrar allí á *Malas-patas*.

—Me alegro mucho de verte aquí, le dijo el recien venido, que era Luis Artacho, despues que hubo saludado al padrino, porque así ahorraremos tiempo en el negocio que me trae.

—Pues tú dirás, respondió el padrino.

—La familia de ese muchacho me ha buscado para darme el encargo de manifestaros que ya tiene ocho mil reales más, es decir, que ya han reunido hasta mil duros para rescatar al chico.

Malas-patas guardó silencio, mirando al padrino, á quien en aquel caso correspondia la iniciativa de la resolucion, que hubiera de adoptarse.

—Poco dinero es; pero esa gente no podrá dar mucho, dijo el padrino.

—Esa es la verdad, respondió Artacho; pero de todas maneras, ustedes me dirán lo que debo responder á la familia.

El padrino permaneció pensativo durante algunos momentos, como si calculase las ventajas y los

riesgos que aquel negocio pudiera traer, no para los bandidos, sino para su conveniencia propia.

Al fin su rostro se iluminó con una imperceptible sonrisa.

—¿Qué le parece á usted que debe hacerse? preguntó *Malas-patas*.

—En el tomar no hay engaño, hijo, y por lo tanto, nada se pierde en recibir esa suma, sin perjuicio de que despues le pidais cuatro mil duros más, que es la cantidad mayor que se les podrá sacar, y eso con muchísimos apuros y fatigas. ¿Qué os parece?

—Que habla usted como un libro, dijo *Malas-patas*.

—Pues entónces avisaré á la familia para que con todas las precauciones de costumbre, mande ese dinero, dijo Artacho.

—Eso es lo mejor, y despues hablaremos; porque á esa gente teneis que irle sacando poco á poco lo más que se pueda.

En resolucion, el padrino, *Malas-patas* y Artacho concertaron el modo y el dia, que por cierto fué el 14 de Noviembre, en que la familia debia enviar á los bandidos los mil duros mencionados, conviniendo además en lo que habian de hacer más tarde, cuando ya hubieran percibido aquella suma.

Adoptado este plan, *Malas-patas* y Artacho despidiéronse del padrino, el uno para buscar á sus compañeros y el otro para dar aviso á la desventurada familia, cuya ruina era inevitable y cuyos tormentos debian prolongarse todavía hasta el más

espantoso extremo, supuesto que los sacrificios inmensos que á los infelices padres les habia costado el reunir aquella suma, no habian de ser recompensados con la gratísima satisfaccion de ver libre á su hijo.

¡Así juegan los malvados con la suerte y la felicidad de las familias más honradas!

CAPÍTULO VIII.

ESPERANZA ENGAÑOSA.

En una tarde sombría del mes de Noviembre hallábase un hombre como de unos cuarenta años, de pequeña estatura, miembros fornidos, en un aposento de una casa de Palenciana, sentado junto á una mesa, con el rostro apoyado en ambas manos y con expresion en extremo pensativa y dolorida.

De vez en cuando exhalaba un profundo suspiro y se agitaban sus labios, como si hablase consigo mismo ó murmurase una plegaria.

Largo rato permaneció aquel hombre en su inmovilidad y abismado en sus dolorosas reflexiones, hasta que, por último, cuando ya el sol se hundia en Occidente, y sólo penetraba en la estancia la dudosa luz del crepúsculo vespertino, abrióse la puerta, y presentóse una mujer, jóven aún, de buena estatura, de airosas formas, vestida completamente de negro, cobijada con su mantilla, bien que descalza, como que venía de la iglesia, donde habia ido á cumplir una devota promesa, que habia hecho por la salvacion de su hijo.

La desgracia es religiosa, y la infortunada madre no dormia ni descansaba, pensando incesantemente que á cada momento su hijo adorado podia ser víctima del furor de los bandidos, y en situacion tan angustiosa y en la imposibilidad absoluta de proporcionar al hijo de sus entrañas ningun consuelo, auxilio ni defensa, la desolada madre no renunciaba por éso al empeño sublime de rodear á su querido niño de socorros y protecciones invisibles y sobrenaturales, mediante los prodigios de su amor maternal, de su fé religiosa y de su oracion perseverante.

En el místico arrobamiento de su fé, de su ternura y de su pena, aquella pobre madre creia haber visto, y áun conocer directamente la bella y celestial figura del ángel custodio de su amado hijo, á quien protegia contra la feroz violencia de las secuestradores.

Apénas la madre hubo entrado en la estancia, con indecible ansiedad preguntó á su esposo:

—¿Ha venido?

—No; y Dios sabe si vendrá.

—No me digas eso, Francisco; porque entónces, si no llegase á venir, no sé lo que me sucederia.

—Puede ser que venga mañana. ¿Qué prisa pueden tener esos malvados en venir á darnos algun consuelo?

—Yo creo firmemente que se ha de salvar nuestro hijo.

El esposo levantó la cabeza, y mirando fijamente á su esposa, le preguntó:

—¿Y en qué te fundas para creerlo así?

—En la justicia de Dios, Francisco; en que Dios no puede permitir que una criatura tan buena, y que no ha hecho daño á nadie, sea víctima de esos facinerosos, y porque yo tambien creo que Dios no puede mirar con indiferencia este dolor tan inmenso que me abruma y que me pone á punto de volverme loca.

El esposo guardó silencio é inclinó la frente, pues áun cuando no participaba de la ciega fé de la triste madre, sus palabras le habian conmovido extraordinariamente, y por otra parte, no queria decirle nada que contrariase sus consoladoras esperanzas.

La pobre madre se imaginaba que tan luégo como los bandidos recibiesen los mil duros, pondrian en libertad á su hijo, y esta idea le infundia el más vehemente deseo de entregar cuanto ántes aquella suma á los verdugos de su niño.

Tal era el giro constante de su pensamiento y el tema obligado de sus coloquios con su marido.

Ya bien entrada la noche, llamaron á la puerta de la calle, é inmediatamente la madre salió con una luz á abrir la puerta, en la seguridad de que la persona que llamaba era la misma, que con tanta inquietud y ansiedad estaban aguardando.

Pocos momentos despues se hallaban en el mencionado aposento los padres del niño Jimenez y el

intermediario que habian buscado para entenderse con los bandidos.

—¿Qué noticias nos traes? preguntó el marido, despues de haber cerrado cuidadosamente la puerta.

—Muy buenas, respondió hipócritamente Luis Artacho, haciendo valer su gestion con objeto de saquear por otro lado, á título de gratitud, aquella infeliz familia. En primer lugar, continuó Artacho, el niño está bueno y sano; y en segundo, ya han tomado parte en el asunto personas de mucho respeto para esa gente, y que no permitirán que se haga ninguna felonía con el niño.

—¡Gracias, Vírgen Santísima! exclamó la dolorida madre.

—¿Y qué han dicho respecto á la cantidad que se les ofrece? preguntó el esposo.

—Que está bien; y que yo, acompañado del mozo de ustedes, se la lleve mañana á cierto sitio.

—Y en cuanto la reciban, dejarán libre á nuestro hijo, ¿no es verdad? preguntó la madre con tan noble candor y tan ciega confianza, que el bandido, no obstante su perversidad, bajó los ojos, avergonzado de sí mismo, pues demasiado bien sabía que la desventurada madre se engañaba de todo en todo.

Sin embargo, reponiéndose en seguida tuvo suficiente descaro para responder:

—Eso es cosa hecha.

—¿Lo crees tú así, Luis? preguntó el padre.

—Estoy segurísimo; pero si por casualidad no cumpliesen, no les arriendo la ganancia, porque

conmigo no se juega; y además, ya median otras personas... en fin, lo dicho, dicho.

—Sí, sí, yo creo que en seguida lo dejarán libre, repuso la madre con una seguridad tan completa, como doloroso y desgarrador habia de ser luégo el desengaño.

—Pues bien; por la mañana te pasas por aquí para que vayas con el mozo, dijo el padre, dirigiéndose á Luis Artacho, que respondió:

—Convendrá que salgamos de aquí al amanecer ó ántes, para evitar que la gente se entere.

—Tienes razon; cuanto más temprano salgais, será más conveniente.

—Entónces me voy á dormir para madrugar.

—Por muy temprano que vengas, ya estará el mozo dispuesto.

—Pues muy santas y buenas noches les dé Dios á ustedes, y hasta mañana.

—Adios, Luis.

Y el redomado Artacho retiróse, dejando á los infelices padres bajo la engañosa y á la par lisonjera esperanza de que muy pronto habian de estrechar en sus brazos á su querido y desventurado hijo.

CAPÍTULO IX.

LA IMPACIENCIA DE UNA MADRE.

Al dia siguiente salieron de Palenciana Luis Artacho y el mozo de don Francisco Jimenez, para llevar el dinero al punto designado por los bandidos.

Es imposible describir el inmenso gozo y el febril apresuramiento con que la tierna madre se habia levantado para entregar cuanto ántes á los dos emisarios aquella suma, que representaba para élla el sacrificio de todos sus haberes y un prolongado porvenir de sufrimientos y privaciones; pero todo lo daba élla por muy bien empleado con tal que á la mayor brevedad posible consiguiese ver libre á su hijo en el sagrado recinto de su hogar, que ahora le parecia un lóbrego calabozo sin la presencia de aquel niño, tanto más idolatrado, cuanto que era el único centro de su ternura, pues no parece sino que, á imágen y semejanza de la ley de gravedad en el mundo físico, existe tambien otra ley análoga en el mundo del sentimiento, gravitando todas las fuerzas del alma hácia el sér predilecto de sus afecciones.

Parece increible que un hombre tan corrompido y perverso como Luis Artacho, cuyo porte, aspecto, rostro y modales eran propiamente los de un reverendo y orondo fraile, pudiera en aquella ocasion ser la causa, orígen é instrumento de una emocion de felicidad tan pura, inefable, intensa é indecible, como la que en aquellas circunstancias experimentaba la cariñosa madre, cuyas lágrimas no se habian enjugado hasta entónces desde el terrible momento en que le habian arrebatado los bandidos en el olivar al inocente niño, alma de su alma.

Jamás esa ansiedad calenturienta del corazon que se llama la impaciencia, ha devorado á un sér humano con más vivo ardor que devoraba á la sensible madre que, contando las horas y los momentos, despues de la partida de los emisarios, aguardaba con una especie de consoladora desesperacion, si ámbas ideas sufren concierto, el instante venturoso de ver entrar á su hijo por las puertas de su morada.

Bajo esta impresion, y dominada completamente por esta bella y seductora esperanza, parecia que se habian reforzado con nuevo y vívido impulso todos los resortes de su existencia, hablando sin cesar durante todo el dia á su esposo de la felicidad infinitamente suprema de abrazar en breve al infeliz cautivo, cuyos padecimientos y torturas élla tambien se representaba en su imaginacion maternal con hiperbólica viveza.

No participaba de tan halagüeñas esperanzas el afligido esposo, quien, más conocedor de la realidad de las cosas y de la perversidad de los secuestradores, no veia tan claro que sin nuevas y más onerosas exigencias soltasen á su hijo; pero se guardaba muy bien de manifestar á su esposa estos recelos, por el temor de acongojarla y áun de producir en su espíritu algun peligroso accidente, porque, en efecto, romper en élla el hilo de oro de aquella hermosa esperanza, habria sido quebrar los resortes de su razon, perturbando su entendimiento hasta el extremo de sumirla en esa penumbra intelectual y en ese marasmo del sentimiento, que se llama demencia.

Entre tanto, los emisarios de los padres habian llegado al punto en que los aguardaba el que de parte de los bandidos habia de recoger el dinero, quien se manifestó muy satisfecho de la exactitud con que habian concurrido á la cita, despues de haber recibido y contado los mil duros.

El astuto Artacho, seguro de no ser entendido por el mozo que le acompañaba, manifestó al bandido en su jerga, medio gitana, medio carcelaria, que le convenia mucho que él dijese delante del criado que con aquella suma se darian por contentos los secuestradores, y que sin duda ninguna soltarian al muchacho.

Prometiólo así el emisario de los bandidos, y en seguida entablóse entre aquellos tres hombres el diálogo que sigue:

—¿Y cuándo veremos libre al niño? preguntó Artacho, guiñando el ojo al enviado de los bandidos, el cual respondió:

—Pobablemente mañana, y lo más tarde, pasado mañana muy temprano.

—Pero supongo, replicó Artacho, que ántes avisarán la hora y el sitio donde hay que ir á recogerlo.

—Quizás no sea menester, porque lo endilgarán de manera, que el mismo chico se cuele por su pueblo y por su casa, como trasquilado por iglesia.

Al oir estas palabras, el criado de don Francisco de Paula de Jimenez, que profesaba afecto al niño, no pudo reprimir un movimiento de gozo por aquella noticia.

Luégo dijo:

—En ese caso, yo podré asegurar á mis amos que mañana, ó pasado á más tardar, tendrán la satisfaccion de ver á su pobre hijo.

—Puedes asegurárselo con toda verdad, contestó el recadero de los bandidos.

—¡Válgame Dios, y qué contenta se va á poner mi ama Dolores! exclamó casi llorando de alegría el fiel criado.

—Y yo tambien me alegro mucho de haber mediado en este asunto, que sin duda ya está concluido á satisfaccion de todos, respondió Artacho; porque la verdad es que esta familia es más buena que el pan, y yo tengo mucho que agradecerle; en fin, estoy tan contento de que todo se acabe de la

manera que has manifestado, como si se tratase de un hijo mio. Con que, á la paz de Dios, y hasta la vista.

Artacho y el mozo despidiéronse del recadero de los secuestradores, que por cierto era uno de éllos, y miéntras que éste, espoleando su caballo partió en busca de sus compañeros, tornáronse aquéllos á Palenciana, donde llegaron ya de noche.

Hallábanse los padres impacientes por su regreso, y excusado me parece decir cuántas y cuán repetidas preguntas hizo la desdichada madre á los dos mensajeros, relativamente á lo que más le interesaba, es decir, al dia y hora en que habian de poner en libertad á su hijo.

El redomado Artacho dió á los esposos toda especie de seguridades respecto á que al dia siguiente, ó lo más tarde al otro, tendrian la satisfaccion de abrazar en su casa á su amado niño.

—Así me lo han dicho con toda la formalidad que es posible decir las cosas entre los hombres, añadió el astuto intermediario.

—Y yo aseguro por la salvacion del alma de mi madre, que así lo he oido tambien, mi ama; de modo, que estoy más contento que unas pascuas, dijo el fiel criado con un tono tal de conviccion, que la pobre madre, llorando de alegría, se apresuró á obsequiar á los mensajeros, regalándolos con un refrigerio lo mejor que supo.

Aquella noche la infeliz señora pudo considerarse relativamente dichosa, entregándose á inu-

sitados extremos de alegría, y lamentando sólo el que no estuviese en su mano el poder de precipitar á su gusto el lento curso de las horas.

—¡Mañana! exclamaba sin cesar la tierna madre. ¡Mañana, mañana lo estrecharé contra mi seno, y besaré su rostro y escucharé su voz de ángel! ¡Hijo de mi corazon! ¡Gracias, Dios mio, gracias, Vírgen Santísima, por tanta felicidad!

Y la cariñosa madre, olvidando su dolor pasado por su gozo presente, cruzaba las manos con devoto fervor sobre su pecho, en actitud religiosa y radiante de alegría.

Despues de tantas angustias como habia sufrido en los dias precedentes, durante los cuales habia caido sobre su espíritu una noche profunda y una losa sepulcral sobre su corazon de madre, ahora experimentaba una emocion, semejante á la que sentiria un preso en un lóbrego calabozo, en cuya tenebrosa profundidad penetrase de repente la esplendorosa luz del sol.

CAPÍTULO X.

LA LOCA DE DOLOR.

La infeliz madre del cautivo pasó gran parte del dia 15 de Noviembre poseida por la fiebre de la impaciencia, por la inquietud natural en su situacion, y además combatida y agitada de vez en cuando por tristes y lúgubres presentimientos, á medida que declinaba la tarde.

Asomada constantemente á los balcones y ventanas de la casa, para ver si llegaba su hijo ó algun emisario, no podia, sin embargo, permanecer allí mucho tiempo, á causa de la extraordinaria movilidad que su intensa emocion comunicaba á su organismo; pero tampoco este mismo desasosiego le permitia continuar largo rato en las habitaciones interiores ni en sitio alguno, sin tornar de nuevo y á cada instante asomarse otra vez á las ventanas y balcones.

Tambien el esposo experimentaba análoga inquietud; pero más reflexivo, y dotado de mayor serenidad de ánimo, era más capaz de dominar sus

impresiones, sin que por ser más reconcentradas, fuesen ménos vivas.

Así es, que el afligido padre, sintiendo esencialmente lo mismo que su esposa, pasó muchas horas en una inmovilidad, al parecer, casi letárgica; pero en realidad, profundamente dolorida y pensativa. La diferencia, pues, no estaba en la crueldad y amargura de su pena, que en ámbos era igual, sino en la diversidad de sus manifestaciones.

La tristeza y dolor de los esposos parecia aumentarse y seguir en la interioridad de su alma el mismo paso y compás de las sombras de la noche, que á más andar se acercaba. La tristeza y el dolor son tambien una especie de noche en el espíritu, noche cuyas tinieblas son más aún que visibles, porque se sienten.

Pero la esperanza, que es la más consoladora de las virtudes del alma, no consiente jamás el ser aniquilada sin una lucha tenaz y sostenida; y si alguna vez sucumbe á manos de una cruel decepcion, élla, sin embargo, renace de las frias brumas del desengaño, como de las tinieblas de la noche surge la rosada y resplandeciente aurora.

Así sucedió, que la cariñosa madre, con el instinto de su inagotable ternura, comenzó á buscar su consuelo, recordando las frases del astuto Artacho, y tan solemnemente confirmadas por el testimonio irrecusable de su fiel criado.

—«¡Mañana, ó, á más tardar, pasado!» mur-

muró la infeliz señora, que despues de las inexplicables angustias de aquel dia, encontraba ahora en aquel recuerdo y en estas palabras el resúmen, á la vez, de su dicha y de su tormento.

Bajo esta impresion, la triste madre aplazaba en su interior el cumplimiento de sus bellas esperanzas para el dia siguiente, refugiándose en este último asilo de su ansiedad, como la tímida gacela, acosada por los cazadores, se refugia entre breñas y riscos inaccesibles, contra la cruel tenacidad de sus implacables perseguidores.

Ya comenzaba á resignarse con este pensamiento, considerando que todo el sacrificio de su contrariada ternura consistia en aguardar algunas horas más la realizacion de sus vehementes deseos y de las formales promesas de los bandidos, cuando se presentó en la casa un hombre, vestido al uso de los campesinos del país, el cual preguntó por don Francisco de Paula Jimenez.

Ambos esposos volaron inmediatamente á su encuentro, sospechando que sería un emisario de los secuestradores de su hijo.

El padre invitó al recien llegado á que entrase en una estancia; pero aquél lo rehusó, preguntándole:

—¿Es usted don Francisco de Paula Jimenez?

—El mismo, para servirle.

El recien llegado miró fijamente al esposo de piés á cabeza, como para confrontar sus señas con las que, sin duda, le habian dado de antemano, y cerciorarse así de la identidad de la persona que buscaba.

El padre del cautivo, comprendiendo por esta minuciosa inspeccion, que aquel hombre abrigaba alguna desconfianza ó temor de equivocarse, apresuróse á decir:

—No tenga usted el más mínimo recelo de que yo no sea Francisco de Paula Jimenez.

—No, señor, no le tengo, porque estoy convencido de que es usted á quien yo busco; pero bueno es asegurarse, porque hay cosas en que le va á un hombre la vida, si no las hace como Dios manda.

Y así diciendo, el recien llegado sacó una carta, que entregó al padre del niño, añadiendo:

—Que ustedes lo pasen bien.

—Pero... ¿no espera la contestacion?

—No tiene respuesta, ó por lo ménos, yo no seré quien la lleve.

Y el portador de la carta desapareció rápidamente, como la vision de un ensueño.

Bien hubieran querido ambos esposos prolongar la conversacion con aquel hombre para dirigirle algunas preguntas, sobre todo, respecto á la persona que le hubiese dado aquella carta; pero viendo que habia desaparecido, como por ensalmo, y aguijados por la más viva curiosidad, retiráronse inmediatamente á un aposento para leerla.

Desde luégo, la madre del niño tenía el presentimiento de que aquella epístola era de los secuestradores; pero aunque se lo manisfestó así á su marido, éste pudo pensar que pudiera ser de alguna otra persona, supuesto que en aquellos dias habia

puesto en juego sus relaciones y escrito á diferentes amigos para buscar dinero y que le auxiliasen en su desgracia, por lo que respondió á su esposa:

—Tal vez no sea de éllos.

—Te digo que sí.

—Entónces es buena señal, y pronto veremos á nuestro hijo.

—¡La Vírgen Santísima te oiga!

—Veamos lo que dicen.

Y don Francisco, aproximándose á la luz, comenzó á recorrer la carta con la vista; pero no bien hubo leido algunos renglones, cuando palideció espantosamente, sus lábios permanecieron inertes y mudos, y tuvo necesidad de sentarse á toda prisa para no caer desplomado en el suelo.

Es imposible describir la impresion que semejante espectáculo produjo en el ánimo de la esposa, en cuyo semblante se reflejó como en un espejo la mortal palidez de su marido, el cual apretaba convulsivamente la funesta carta en su crispada mano.

Durante algunos momentos, la triste madre, petrificada de espanto, anhelando conocer el contenido de aquella epístola, temiendo, á la par, que con su lectura se destruyese el hermoso edificio de su esperanza, permaneció vacilante, indecisa y trémula, no sabiendo qué hacer, ni qué pensar, ni qué decir, bajo el peso abrumador de aquella horrorosa incertidumbre.

Al fin, sacudiendo la cabeza con ademán resuelto, la acongojada madre adelantóse á tomar

la carta de la mano de su esposo, el cual, retirando súbitamente el brazo, con voz ronca gritó:

—¡No la leas! ¡No la leas!

—¿Por qué no he de leerla?

—Porque no quiero.

—¡Yo tengo derecho á saber la suerte de mi hijo! exclamó la esposa con la valiente altivez de madre.

—¡Infeliz! ¡Infeliz! murmuró el padre, ahogando sus sollozos.

La madre, al ver el llanto de su marido, estremecióse como la palmera azotada por el huracan, y de repente, y con voz tonante, preguntó:

—¿Ha muerto mi José María?

El padre guardó silencio, abismado en una horrible perplejidad, y sin saber si debia ó no comunicar á su esposa, á la madre de su hijo, el contenido fatal de aquella carta.

Pero la inquietud febril de la madre vino á sacar á su esposo de aquella dolorosa y prolongada vacilacion, supuesto que élla, con la rapidez del rayo, apoderóse de la carta, que de nuevo se habia puesto á leer su marido.

Éste se hallaba muy ajeno de aquella especie de agresion inexperada, y por lo tanto, no pudo impedir que su esposa le arrebatase el funesto papel, cuya lectura, á todo trance, queria él evitarle.

—¡No la leas! exclamó el tierno esposo. ¡No la leas, que te matará!

Tales palabras no produjeron más efecto que au-

mentar el incentivo y deseo de la madre para sorprender el terrible arcano contenido en aquellas líneas, que se ostentaban á sus ojos como trazadas con caractéres de fuego.

Pocas veces se vió realizado, como entónces, el *semper cupimus negata*, es decir, el vivo deseo de saber lo prohibido, anhelo que, sin duda, experimenta con mayor vehemencia que el hombre, esa hermosa mitad del género humano, tan dignamente representada por las adorables hijas de la funestamente curiosa, bien que respetable, señora Eva.

En aquel momento la cariñosa madre fué, sin embargo, todo lo mujer posible, sin perjuicio y con enaltecimiento de su ternura maternal; pero tambien como nuestra primera madre sufrió el castigo de su imprudente curiosidad, llevando en el pecado la penitencia.

La vehemente y arrebatada esposa, con entonacion tan desigual como indescriptible, leyó:

«Señor don Francisco de Paula Jimenez: El dia 16 »en la noche nos mandará usted al mismo sitio, »cuatro mil duros, y el dia 17 en la noche no que»remos ya ni un real; pero sí se le pondrá á usted la »cabeza de su hijo, envuelta en una servilleta, en »sitio donde pueda verla y pisarla en su misma »casa, para escarmiento de infames, que estiman »más su dinero, que su propia sangre.

»Y en seguida le pondremos los puntos á su fa»milia... ¡Desdichado de usted, cuando nos vea por »delante.»

La triste madre permaneció de pié, inmóvil, con una expresion extraviada y con los ojos fijos en un punto misterioso del espacio, como si en aquel instante fuese víctima de un acceso de sonambulismo.

¡Feliz élla, si hubiera podido permanecer largo tiempo en aquella especie de abstraccion inexplicable, de arrobamiento indefinible y de transitoria desercion de la vida, desde donde, como tras de la muralla de la muerte, juzgaba y veia todas las cosas del mundo de los vivos con el alma y los ojos de una muerta!

Por su desdicha, aquel extraordinario abstraimiento que tan saludablemente la separaba de la espantosa realidad, pasó pronto; y en el mismo instante pareció que llegaba á su espíritu el horroroso concepto, contenido en la sanguinaria y terrible amenaza de los bandidos.

Diríase que hasta entónces, por una perturbacion tremenda en sus facultades intelectuales, como la densa nube que se interpone entre el sol y la tierra, impide que lleguen á ésta rayos luminosos, no habia podido llegar á su entendimiento el horror trágico de aquella brutal amenaza, que removia en sus entrañas de madre el dolor sin límites, el dolor sin esperanza, el dolor que deben sufrir los condenados en el infierno.

Súbito lanzó un grito desgarrador, y saliendo de su marmórea inmovilidad comenzó á pasearse por la estancia con indecible rapidez, con los cabellos en desórden, con los ojos flameantes, los puños

crispados, rechinando los dientes y lanzando de vez en cuando rugidos, como una leona á quien le arrebatan sus hijuelos.

Al fin exclamó:

—¡Su cabeza envuelta en una servilleta y tirada por los suelos de esta casa! ¡Infames! ¡Infames! ¡Infames!

Y abriendo la puerta de la estancia precipitóse fuera, y con el mismo paso desaforado recorrió todas las habitaciones y ámbitos de la casa hasta que, por último, se detuvo en el zaguan, delante de la puerta entreabierta de la calle, y con los ojos clavados en un punto fijo del suelo, repetia sin cesar:

—¡Hijo de mis entrañas!... Mirad la servilleta ensangrentada... Ved esta cabeza, que tantas veces acaricié con mi mano, estrechándola contra mi seno... ¿Para esto, hijo mio, te daba yo de mamar? ¡Infames! ¡Infames! ¿Y no hay Dios sobre la tierra?

Y la desventurada madre elevó al cielo sus ojos con una expresion de blasfemia.

El infeliz esposo, que lleno de pena y zozobra, habia tomado la luz y seguido á su esposa, durante aquella repentina excursion, en compañía de su fiel criado, al oir las precedentes imprecaciones de la afligida madre, murmuró:

—¡Desdichada!... Ni hay Dios, ni justicia, ni Gobierno, ni autoridades, ni Guardia civil, ni convecinos, ni almas caritativas, ni nadie que ampare, ayude ni socorra á unos pobres padres desvalidos, que tienen que resignarse á ver degollado

al hijo de su corazon por no tener dinero. ¡Esto es peor que vivir entre salvajes!

El mozo, que ya se habia enterado de la cruel amenaza de los bandidos, y contemplaba á sus amos con indecible y amarga pena, añadió:

—¡Ay, mi amo! Los mandarines sólo piensan en cobrar las contribuciones aunque no se puedan pagar; y en cuanto á los vecinos ricos, se meten en su concha y gastan en sus gustos, sin cuidarse de que los *caballistas* revienten al Niño de la bola.

Entretanto, la pobre madre seguia en su delirio, hablando con la cabeza ensangrentada de su hijo, que élla, en su alucinacion desgarradora, se imaginaba mirar ante sus plantas.

Las quejas, los gritos, las palabras, los ademanes, los despropósitos, los arrebatos, los extremos de dolor y rabia de la triste madre conmovian profundamente al infortunado Jimenez y á su fiel servidor que, llorando hilo á hilo, contemplaban la inmensa afliccion de aquella malaventurada señora, á quien á todo trance procuraban sacar de su espantoso delirio, alejándola de aquel sitio funesto.

Sus reiterados esfuerzos eran, sin embargo, poco eficaces, porque la infeliz madre se habia vuelto loca de dolor.

CAPÍTULO XI.

«VACA-RABIOSA» Y «MALAS-PATAS».

Por más que la triste y lamentable situacion de su esposa llamase en extremo la atencion de don Francisco de Paula Jimenez y aumentase, si era posible, sus angustias, no por eso, impulsado por el rigor de las circunstancias y por la feroz exigencia de los secuestradores, dejó de pensar en hacer todo cuanto estuviese en su mano para conseguir la salvacion de su idolatrado hijo.

Al efecto, reiteró sus instancias á los amigos y parientes á quienes ántes habia recurrido, á fin de que le prestasen auxilio en aquella ocasion, tan crítica, y para él tan dolorosa. Además hizo cuantas diligencias pudo para vender ó hipotecar todo cuanto poseia; pero áun suponiendo, que era bastante suponer, que con los donativos de amigos y deudos y con los préstamos que obtuviese, pudiera reunir la cantidad exigida, todavía la premura del tiempo era tan grande, y el plazo tan breve y perentorio, que no parecia racionalmente posible allegar la suma reclamada en el término de algu-

nas horas, y cuando, á mayor abundamiento, habia perdido no poco tiempo, tanto por el deplorable accidente de su esposa, cuanto porque durante aquella noche, no habia podido hacer gestion alguna importante para cumplir el terrible compromiso, que los bandidos le habian impuesto.

Así, pues, teniendo en cuenta estas consideraciones el afligido padre, mandó llamar al hipócrita Artacho para participarle el inesperado contenido de la carta de los secuestradores, y para pedirle tambien el favor de que acudiese al sitio designado el mismo dia 16, y manifestase á los bandidos que de todo punto le era imposible reunir la cantidad reclamada en tan poco tiempo.

El acongojado padre, cuando se le presentó Artacho, le rogó igualmente que interpusiese sus buenos oficios con aquellas personas de quien ántes le habia hablado, y que al su decir, tanto se interesaban por la suerte del niño y tan decisiva influencia ejercian sobre los secuestradores.

El pérfido Artacho accedió á todo, afectando tan buena voluntad en complacer á don Francisco Jimenez, como sorpresa y enojo por la nueva exigencia de los bandidos, contra los cuales echó pestes y venablos, para disimular mejor su odiosa complicidad.

Cumplió Artacho su cometido, imaginándose de buena fé, y en este punto hay que hacerle justicia, que las terribles amenazas de la última carta no podian significar otra cosa, que la exacta realiza-

cion del plan concertado en Benamejí entre el padrino, *Malas-patas* y él, respecto á ir explotando á la infeliz familia con reiteradas exigencias y amenazas, con objeto de sacar así el mejor partido.

Tal era tambien la opinion de *Malas-patas*, que se hallaba en el cortijo de las Mangas Bajas, cuando llegó allí el emisario de los bandidos con el recado que, en contestacion á la carta del dia 14, envió el afligido padre por medio de Artacho.

Malas-patas habia comunicado anteriormente á sus compañeros la opinion y consejo de su tio para explotar mejor aquel negocio, y lo cierto es que, á consecuencia de aquellas indicaciones, habian tomado los mil duros y habian escrito la última carta.

Así, pues, *Malas-patas* oyó el recado sin alteracion ninguna; ántes bien, le pareció de perlas, por la promesa que envolvia de reunir más dinero para entregarlo, todo lo cual se ajustaba perfectamente al plan de antemano convenido.

Pero *Vaca-rabiosa*, léjos de comprender á media palabra el juego, habia tomado por lo sério, no sólo las amenazas contenidas en la epístola, sino tambien su atroz y bárbaro cumplimiento al pié de la letra.

Sucedió, pues, que los bandidos allí congregados, con objeto de proseguir por las noches los trabajos de excavacion del consabido escondite, subyugados por la salvaje y brutal elocuencia de *Vaca-ra-*

biosa, participaron de su misma opinion, entendiendo que, sin reparo ni dilacion alguna, debian degollar al inocente y desgraciado cautivo.

—Lo he dicho, y lo repito: el andar con estas rebajas sólo sirve para echar á perder los negocios y para que nadie nos tenga respeto y tiemble al pensar lo que le sucederá, si no hace lo que nosotros mandamos, dijo *Vaca-rabiosa* con iracundo acento y con la vehemencia propia de su carácter.

—Tienes razon, respondió *Sumé*; y conviene aprovechar la coyuntura de hacer un escarmiento que sea sonado.

—¿No hemos amenazado á ese mal padre con que le pondremos envuelta en una servilleta la cabeza de su hijo en su misma casa? Pues lo que se dice, se debe cumplir, repuso *Vaca-rabiosa;* porque obrar de otra manera, es juego de niños y dar motivo á que se rian de nosotros, y que oigan, como quien oye llover, las amenazas y tremendas que le echemos á la gente.

—Eso es verdad, y no tiene vuelta de hoja, respondió *Narizotas*.

—Pues es claro, replicó *Vaca-rabiosa*. A mí se me sube la sangre á la cabeza y me muero de vergüenza al pensar que alguien se rie de mí, cuando digo: esto voy á hacer, y despues no lo hago. No engañarse, compañeros; si hoy cumplimos nuestras amenazas, mañana temblará el mundo ante nosotros, y cuando pidamos una cantidad de dinero, todos nos darán hasta la custodia y nadie se

atreverá á rebajar ni un ochavo. Con un escarmiento de órdago basta y sobra para que nos respeten por lo que nos queda de vida.

Todos los bandidos manifestaron asentir á la opinion de *Vaca-rabiosa*, ménos *Malas-patas*, que habia guardado silencio durante el anterior diálogo, si bien con el propósito de atraer oportunamente á sus compañeros á su manera de pensar, que en un todo se conformaba con los consejos del padrino.

Por su parte, *Vaca-rabiosa* estaba muy satisfecho de la impresion y ascendiente que sus palabras habian ejercido en el ánimo de sus camaradas, y, por lo tanto, no quiso desistir del proyecto sanguinario que, á todo trance, deseaba realizar en la persona del niño cautivo.

Así, pues, ya convencida la voluntad de sus compañeros, se propuso conducirlos al terreno de la ejecucion, diciendo:

—Pues si estais conformes con mi manera de pensar, ¿por qué no le cortamos la cabeza esta noche á ese chavalillo y se la mandamos á sus padres? ¿No sois vosotros hombres de palabra y capaces de sostenerla?

—Sí lo somos, respondió *Manos-abiertas*, y haremos todo lo que sea menester para que no se ria de nosotros ningun nacido.

—Así me gusta, repuso *Vaca-rabiosa;* pero lo que se necesita para eso es cumplir lo que se ha dicho, y si mi opinion valiera, lo que debíamos ha-

cer en seguida, era traer aquí al chaval, cortarle la cabeza, enviársela á esos malos padres y enterrar el tronco aquí en cualquier parte.

—¿Y vamos á perder para eso una noche de trabajo? dijo el casero.

—Lugar tenemos de ahondar la cueva, replicó *Vaca-rabiosa*.

—Quizás sería mejor enterrarlo en esa huronera que estamos haciendo, respondió *Sumé;* porque despues de todo, yo no creo que podrá servir para otra cosa.

—¿Cómo que no? gritó colérico *Vaca-rabiosa*. Esa cueva puede ser muy útil, porque ahí podemos guardar á quien nos acomode bajo llave y sin peligro de que nadie se entere.

—Pero si ya está todo el mundo enterado de la faena que traemos por la noche con tanto entrar y salir, y luégo sacar tantas espuertas de tierra, observó *Sumé*.

—No tengas cuidado que nadie diga nada, aunque se *jamen* la partida, porque con los tiros de estas noches pasadas, la gente de estos caseríos cree que anda suelta por aquí una legion de demonios y no les sale del cuerpo á dos tirones la *jindama*.

—Pues eso ha sido lo peor, porque con el escándalo de los tiros y el tropel de los caballos la gente ha entrado en curiosidad, y particularmente las mujeres, que son de la piel del diablo, para curiosearlo todo; de modo que pasas muy descuidado por delante de uno de esos caseríos, imaginándote

que nadie te ve, cuando por una rendija ó ventano te miran, te conocen y atisban todo cuanto haces. Y en cuanto á eso que dices que callarán por *jindama*, continuó *Sumé*, tal vez se aguanten por ahora; pero el mejor dia, y cuando ménos se piense, no dejará de berrearse alguna mala lengua, que nos dé que sentir y nos ponga en aprieto.

—Déjame á mí de cuentos de brujas. Aquí no manda nadie más que nosotros, porque sí, respondió *Vaca-rabiosa*.

Y dirigiéndose á todos los compañeros, añadió:

—Lo que ahora tenemos que hacer es irnos á la cueva de la Higuera del Diablo y cumplir como hombres nuestras amenazas.

Vaca-rabiosa tomó su retaco y se dispuso á salir del cortijo.

Los bandidos se levantaron todos, como en ademan de seguir á su implacable y feroz compañero.

Entónces *Malas-patas*, sonriéndose con indescriptible socarronería, se puso en la puerta y los detuvo, diciendo:

—Caballeros, aquí parece que hablando de palabra y de formalidad somos como la gente de Guadalajara, que lo que dicen por la noche, no lo hacen por la mañana...

—¿Y por qué tú dices eso? interrumpió *Vaca-rabiosa*.

—Lo digo, porque viene muy al caso. Se convino en que se escribiera la carta amenazando degollar

al cautivo para sacar más dinero, despues de los mil duros que sabeis...

—Y como no se ha sacado, interrumpió *Vaca-rabiosa*, debemos hacer lo que se dijo.

—Vamos despacio, porque los hombres no deben precipitarse en ningun negocio. En primer lugar, de acuerdo con vosotros fuí á consultar con mi tio lo que debíamos hacer, y ya sabeis que me dijo que habíamos dado un golpe en vago y que esta familia no tenía grandes recursos, y que era menester irla sangrando poco á poco...

—Pues si no tienen dinero, volvió á interrumpir *Vaca-rabiosa*, que lo saquen del centro de la tierra.

—Mira, yo te he dejado hablar todo cuanto has querido, sin interrumpirte; conque haz tú lo mismo, porque un grillo cuesta un cuarto y se le escucha.

—Déjalo que hable, dijeron á la vez todos los bandidos.

—Pues como iba diciendo, todos estuvísteis conformes en que se escribiera la carta, sin otra intencion que la de sacar mejor partido; pero áun suponiendo que todos hubiérais tenido el propósito de cumplir al pié de la letra aquellas amenazas, debíais tener palabra y ser hombres formales y cumplir con exactitud lo que se promete.

—Pues por eso vamos á ir á degollarlo ahora mismo, dijo *Vaca-rabiosa*.

—Á mí me importa un comino que le corteis la cabeza á ese chico y á tres mil que sea menester;

pero lo que importa es tener formalidad, no solamente para seguir los consejos de nuestro padrino, sino tambien para cumplir esa amenaza, admitiendo que se hubiera hecho con el propósito de ejecutarla. Vamos á ver: ¿qué decia la carta? Pues decia que el 16 en la noche nos mandasen cuatro mil duros, y que el dia 17 en la noche, fijáos bien, ya no tomaríamos ni un real, y que sólo en este caso, le pondríamos, envuelta en una servilleta, la cabeza de su hijo en su misma casa. ¿No es esto, caballeros?

—Eso es, respondieron á una los bandidos.

—Pues entónces, ¿qué hombres de formalidad y de palabra quereis ser, ni qué respeto quereis que os tengan, cuando vais á degollar á ese niño ántes del plazo fijado?

—¡A ver! ¡A ver! ¿Cómo es eso? preguntaron algunos bandidos, que no sabiendo leer, ni el dia en que estaban, se habian dejado seducir por la vehemencia de *Vaca-rabiosa*, y por no estar en los pormenores de la carta.

—Hoy estamos á 16, y esa familia ha hecho lo único que era de esperar y podia hoy hacer, que ha sido mandar un recado diciendo que aguardemos, porque anda buscando dinero, lo cual significa que algo vamos ganando.

—Eso es verdad, murmuraron algunos bandidos.

—Pues bien, continuó *Malas-patas;* hasta mañana en la noche, que es el plazo señalado, no te-

nemos derecho, si hemos de ser hombres de palabra, para ejecutar lo que os proponeis.

Al oir tales razones, los bandidos comprendieron perfectamente que lo que trataban de hacer, á parte de la criminalidad del acto, era informal y fuera de tiempo.

Vaca-rabiosa, al ver el efecto que en sus compañeros habian producido los razonamientos de *Malas-patas*, guardó profundo silencio, mas no por prudencia, sino porque literalmente no podia hablar de puro colérico.

Malas-patas, muy satisfecho de su triunfo, prosiguió:

—Supongamos que mañana esa familia enviase lo que se le pide, y que esta noche degolláseis al cautivo. ¿Qué responderíais? ¿Sería eso tener formalidad y palabra?

Esta consideracion pareció de toda punto decisiva y convincente para los bandidos, que soltaron sus retacos y volvieron á sentarse, diciendo:

—Tienes razon, *Malas-patas;* hasta mañana no se cumple el plazo.

Entónces *Vaca-rabiosa*, con voz reconcentrada por la ira, exclamó:

—¡Está bien! Aguardaré hasta mañana.

Y dirigiéndose á sus compañeros, añadió:

—¡Vosotros mismos lo habeis dicho! Mañana ya no tendreis excusa, porque mañana se cumple el plazo, y será degollado por estas que son cruces, y... ¡sy del que no me siga!

CAPÍTULO XII.

INSTRUCCION Y EDUCACION.

Desde que el niño fué trasladado á la cueva de a Higuera del Diablo habia sufrido las más horri- les privaciones, porque la mayor distancia del ortijo de las Mangas Bajas, en donde solian ade- ezarle la comida, ó por otras causas, es lo cierto ue allí el desdichado cautivo tuvo peor trato que ntes, pasándose algunos dias sin otro alimento ue un puñado de bellotas, y otros sin comer ab- olutamente nada.

Tales padecimientos físicos se aumentaban y en- cuelecian además por la profunda lobreguez é in- portable humedad de aquella caverna, pues que asta el costal con paja que le servía de lecho al autivo, llegó á podrirse, á causa de la sobredicha umedad, que tambien le producia un frio perpé- io y las consiguientes dolencias é incomodidades sicas, que fácilmente se comprenden, dado aquel egimen de vida, en aquel sitio, y con tanta esca- z de ropa y alimento.

Aumentábanse estos sufrimientos con otras pe-

nas morales, á consecuencia de las terribles ame
nazas y lúgubres anuncios que le hacian los ban
didos; de modo, que únicamente gozaba algun
tranquilidad y consuelo cuando quedábase á sola
con su habitual guardian, á quien el atemorizad
niño llamaba su salvador, por la proteccion, afect
y buenos oficios que solia dispensarle, por má
que delante de sus compañeros siempre guarda
la más prudente reserva.

Cuando el cautivo y el guardian se hallaba
completamente solos, aquél disfrutaba como un
gracia y un alivio la libertad de recorrer toda
cueva desde el peñon en adelante; y en una de e
tas subterráneas excursiones, el niño, provisto
fósforos que allí tenía su guardian para fumar
encender luz ó candela, penetró una vez por
boca interior que, situada á la izquierda de la g
lería de entrada, conducia á un lugar bastante e
pacioso y húmedo, á causa de las filtraciones,
donde divisó dos palos hincados en el suelo, unc
cada extremo de aquel espacio, y á los cuales e
taba sujeta una cuerda, de la que pudo ver colg
das diferentes ropas, como para disfrazarse, l
mando entre éllas su atencion varios hábitos cle
cales, algunos uniformes de Guardia rural,
diversas bandoleras con sus chapas, de las q
usan los guardas de campo.

Este linaje de expansiones, es decir, el po
abandonar por algunos momentos el estrecho
cinto de su reducido lecho, era la más agrada

istraccion que el cautivo podia gozar en aquel ntro, durante las ocasiones, no muy frecuentes, en ue lo dejaban solo absolutamente, ó con su guarian, el cual, sin embargo, jamás consintió en uitarle las trabas ó grillos.

En la eterna y profunda noche de aquella caerna, el guardian y el cautivo pasaban largas oras departiendo cordial y afectuosamente, porue en realidad aquel bandido se habia interesado or el niño Jimenez, ya fuese por la semejanza de ste con su hijo, ya por la esperanza de que la fanilia del cautivo pudiera valerle ó servirle en alguna ocasion, ó ya porque además de estas razoes, sintiese aquel hombre algunos de esos moimientos de misteriosa é inexplicable simpatía ácia el inocente niño, quien, por su parte, lleno e viveza y experimentando la irresistible necedad de vivir con afecciones, procuraba por todos s medios que su imaginacion le sugeria, caprse la buena voluntad y cariño de su guardian, ue á su vez le correspondia, más aún de lo que odia esperarse de su índole feroz y de su mal ficio.

El niño Crispin, que era muy aplicado y vivo de genio, se lamentaba ordinariamente de no poder eguir sus estudios en el colegio de los padres esblapios de Archidona, á consecuencia del perance que le habia ocurrido, y el guardian escuhaba con cierta complacencia las lecciones que el iño le relataba, los conocimientos históricos y

geográficos de que hacía alarde, las máximas y sentencias de moral cristiana que incesantemente repetia, y, por último, los planes y aspiraciones ulteriores que el rapaz formulaba para ser algun dia hombre de provecho.

En algunos momentos solian ocurrir en la cueva escenas verdaderamente patéticas é interesantes, y que obligaban á pensar en la solucion de los más árduos problemas sociales.

El semblante del bandido se desanublaba y ennoblecia, sus ojos brillaban con el fuego sagrado de la inteligencia, que en su espíritu dormitante solia despertar el cautivo; una sonrisa verdaderamente humana y social, franca y expansiva, se dibujaba en sus lábios, de ordinario contraidos por la perfidia ó el disimulo, y aquel alma tenebrosa invadida por un rayo de luz, se recreaba y esparcia ante la enseñanza de un niño, al modo que una serpiente de matizados colores, saliendo de su escondrijo, se dilata y complace á los rayos vivíficos del sol.

El niño enseñaba al hombre, y éste le concedia en afecto y admiracion, lo que aquél le comunicaba de luz y dignidad.

Hubiera sido imposible contemplar aquel cuadro en medio de las tinieblas de aquel antro siniestro, sin pensar fuertemente en la instruccion primaria obligatoria, en las tinieblas de la ignorancia en que el pueblo se encuentra, y en que el alfabeto es la llave maestra para penetrar por la

nchurosas puertas de la regeneracion moral de os pueblos.

Aquellas ideas instructivas, respecto al bien, á)ios y á la otra vida, que brotaban de los lábios ngelicales de un niño, como un manantial de guas vivas sobre desiertos eriales, caian sobre el orazon agostado del bandido, como el fecundante ocío del cielo sobre la tierra.

El niño, viendo la buena voluntad del guardian ara prestarle oido y atencion, se animabā á repe- rle con encantador desparpajo las lecciones que abia aprendido en el colegio, y que aquel hom- re rudo, tosco y feroz escuchaba con singular sa- sfaccion, y con esa indecible complacencia del es- íritu, que siente desarrollarse en sí mismo gérme- es vivificantes y redentores, que han permanecido stériles en la intimidad de su sér, por las doloro- ıs deficiencias de los organismos sociales que, por empo, constituyen la terrible fatalidad del gé- ero humano.

En una de estas instructivas conversacio- es se hallaban gratamente engolfados el cau- vo y el guardian en la noche del 17 de No- embre.

El bandido, sintiendo á su modo los efectos de la ıseñanza que recibia del niño, no podia dejar de ordarse de su propio hijo, y acaso por la pri- era vez de su vida, comenzó á comprender con idencia y á lamentarse con amargura de no ha- rle proporcionado á su edad, no sólo el beneficio

de la instruccion científica, sino el mayor todavía de la educacion moral.

Acaso tambien pudo surgir entónces en su alma un pensamiento desgarrador, el de que su hijo pudiera avergonzarse de su padre, ó el de que siguiese su ejemplo, imitando su mala vida.

Sin duda, bajo una impresion de este género hablando cariñosamente con el cautivo, pudiendo apénas ocultar su profunda emocion, exclamó:

—¡Cuánto me pesa que mi pobre hijo no haya podido aprender lo que tú sabes!

El niño Crispin, como ya en otro lugar he indicado, le habia dicho á su guardian que le llevase su hijo para jugar con él, y con su natural despejo aprovechó esta ocasion tan oportuna para reiterarle sus ruegos, diciéndole:

—Pues tráigamelo usted aquí algunos dias, que yo le enseñaré todo cuanto sepa; pues en los colegios los más adelantados le damos lecciones á los que saben ménos. Además, que es una obra de misericordia enseñar al que no sabe.

—¡Bendito seas, y qué buen alma tienes! exclamó el bandolero, agradecido y con los ojos preñados de lágrimas; pues tal vez en su borrascosa existencia nunca hasta entónces habia entendido que hay una belleza moral en las acciones humanas, y cuya noticion acababa de recibir con un estremecimiento de ternura jamás por él sentida, y que arrancó de sus labios, con la más franca espontaneidad, una bendicion y un aplauso.

Pero un momento despues su fisonomía volvió á curecerse, añadiendo, como hablando consigo ismo:

—¡No! ¡No me atrevo! ¿Qué le diré á mi hijo cando vea á este niño con una traba de hierro en s piés en esta cueva?... Mi hijo debe ignorar estas csas.

Y dirigiéndose luégo al cautivo, le dijo:

—Quizás algun dia te presente á mi hijo, para ue le enseñes y ampares en lo que puedas.

—Yo lo haré con mucho gusto.

—Y yo te aseguro, niño, que te quiero de verd, y que delante de mí no te han de tocar al pelo la ropa, sin que te defienda como si fuera tu ismo padre.

De repente el bandido levantó la cabeza y se so en actitud de escuchar.

Oyóse entónces un prolongado silbido.

—Es la segunda seña, dijo el guardian. Algun mpañero viene... ¡A estas horas!... ¿Qué habrá scedido?

—Otra vez silban, dijo el niño.

—Acuéstate, y si álguien entrase aquí, finge que dermes y aguántate como un muerto.

—No tenga usted cuidado, que así lo haré.

El niño se acurrucó en su miserable lecho, miéntas que el guardian, tomando su retaco, arrastóse por la galería hasta la boca de la cueva, en dnde á su vez dió un prolongado y particular sbido.

Pocos momentos despues divisó entre las sombras de la noche algunos hombres que, como fantasmas veloces, adelantábanse hácia la entrada de la cueva.

Eran los bandidos que, capitaneados por el feroz *Vaca-rabiosa*, venian á cumplir la terrible amenaza que habian hecho á los infelices padres del cautivo.

CAPÍTULO XIII.

EL GUARDIAN Y LA CUADRILLA.

Cuando los secuestradores llegaron á la boca de la cueva, el guardian, un tanto alarmado, tuvo la buena ocurrencia, ó la intencionada prevision, de preguntarles si la inesperada venida de la cuadrilla tenía por causa el que se hubiese descubierto algo por la justicia, y si éllos corrian algun riesgo.

Vaca-rabiosa y sus compañeros tranquilizaron sobre este punto al guardian, manifestándole todo lo que ya el lector sabe que habia ocurrido entre éllos en el cortijo de las Mangas, y reproduciendo las mismas razones que con este motivo se habian alegado por los bandidos, y que los movian á cumplir al pié de la letra su terrible amenaza, á fin de que todos en adelante les tuviesen respeto y temblasen sólo al pensar en desobedecer sus órdenes y mandatos.

Pero áun cuando el guardian tenía conocimiento de los términos espantosamente amenazadores en que se habia escrito la última carta, así como tambien sabía la disputa sostenida en el cortijo y el

aplazamiento de la ejecucion de su propósito para la noche siguiente, lo cual le habia referido aquel mismo dia el compañero encargado de llevar la comida á él y al cautivo; todavía el guardian no creyó que se decidiesen á llevar á cabo su feroz intento, confiando en que *Malas-patas* lograría convencerlos para que siguiesen los consejos del padrino, cuya intencion era aterrar á la familia para explotarla; mas en ningun modo ejecutar lo que se le decia.

El guardian, pues, se habia preocupado algun tanto con aquellas noticias que no habia querido comunicar al cautivo, esperando que al fin *Vaca-rabiosa* y sus compañeros desistiesen de su bárbaro proyecto; pero bajo esta impresion, no dejó de indicarle algo al niño, bien que indirectamente, cuando le manifestó que si alguno en su presencia se atreviese á tocarle al pelo de la ropa, él lo defenderia como si fuera su padre; frase que ahora se comprenderá perfectamente, en virtud de la explicacion que antecede.

Y para que pueda apreciarse mejor la situacion, conviene referir lo que habia sucedido en el dia 17, despues que *Malas-patas* en la noche anterior habia logrado contener á *Vaca-rabiosa* y sus compañeros para que no fuesen en el acto á degollar al niño.

Aquel dia, pues, fué uno de la cuadrilla al mismo sitio donde habian recibido los mil duros, esperando que la familia del cautivo enviase algun nuevo

recado; pero sucedió que la familia no habia enviado á nadie, supuesto que entendiéndose el afligido padre con Artacho, recurrió á éste, como ya se ha dicho, para que influyese en favor de la víctima amenazada, cerca de aquellas personas que pudieran impedir el atentado, en virtud de su autoridad y ascendiente sobre los secuestradores.

El astuto Artacho habia ido á Benamejí para comunicar al padrino los resultados de la carta, entre los cuales no debia omitir la dolorosa impresion que la terrible amenaza habia producido en la tierna madre, cuyo juicio se habia trastornado.

Mas no habiendo concurrido nadie, por parte de la familia, al sitio donde el bandido esperaba, éste volvió al cortijo echando pestes y venablos contra el cautivo y sus padres, de tal suerte que si ya *Vaca-rabiosa* y los demás no hubieran estado tan resueltos á cometer el crímen convenido, aquellas imprecaciones y aquel impulso hubieran sido más que suficientes para decidirlos por completo.

La vehemencia del recadero y la iracundia de *Vaca-rabiosa* comunicáronse fácilmente á los demás bandidos, que sin dilacion se dirigieron á la cueva de la Higuera del Diablo, faltando á su compromiso de aguardar á *Malas-patas*, quien viendo venir el nublado para la noche, habia partido aquel dia de madrugada á Benamejí con objeto de participar á su tio la grave situacion en que se hallaba el secuestrado, la ferocidad de *Vaca-rabiosa*, el concierto de los compañeros, el temor de que no

atendiesen sus advertencias y los peligrosos resultados que aquella crueldad inmotivada podia traer para todos.

Malas-patas habia dado cuenta á sus compañeros del objeto de su viaje, exigiéndoles que por ningun motivo se atreviesen á dar muerte al niño hasta que él no regresase con la órden terminante del padrino, respecto á lo que habia de hacerse en aquel asunto.

Prometiéronle todos hacerlo así; pero ya se ha visto que bajo el influjo del recadero, defraudado en sus esperanzas, todos habian faltado á su promesa.

Afortunadamente, *Malas-patas* habia encontrado en Benamejí al padrino, que á la sazon se estaba ocupando del mismo negocio con Artacho, de forma que su tio recibió al mismo tiempo cuantos informes pudiera desear, por una y otra parte, para discernir y resolver lo más conveniente en aquel caso.

El padrino, que conocia bien los verdaderos recursos con que podia contar la familia del cautivo, dispuso que Artacho procurase tranquilizar á la familia respecto á la vida del niño, pero que al mismo tiempo la excitase á que por todos los medios que estuviesen á su alcance, reuniese la mayor cantidad de dinero.

En cuanto á los propósitos de *Vaca-rabiosa* y los demás bandidos, el padrino manifestóse muy enojado, calificándoles de bestias salvajes, que no acertaban á manejar lo que traian entre manos, y

diciendo que la carta no se habia escrito con aquella intencion, que el verdadero propósito era sacar los cuartos á la familia, que el respeto que por la tremenda querian imponer, podia costarles muy caro, y que sobre todo, que aunque degollasen más niños que Herodes, no por eso habian de sacar más dinero, cuando las familias no lo tuviesen, y que por lo tanto, se guardasen muy bien de cometer aquella inútil barbaridad, si no querian que él se enfadase de veras y se convirtiese en su más implacable enemigo.

Dadas por el padrino á uno y otro las respectivas instrucciones, Artacho partió inmediatamente para Palenciana, miéntras que *Malas-patas* dirigióse al cortijo de las Mangas, adonde llegó ya bien entrada la noche, y supo que sus compañeros se habian marchado.

Entretanto, el guardian y los bandidos, ante la boca de la cueva de la Higuera del Diablo, sostenian el diálogo siguiente:

—Todas esas razones que me habeis dicho no me hacen mella, decia el guardian.

—Pues entónces todo el mundo se burlará de nosotros, replicó muy contrariado *Vaca-rabiosa*.

—La cuestion es sacar dinero; pero haciendo esas brutalidades, ni tendremos *loben*, ni podremos parar mucho por estos alrededores.

—Lo que conviene es hacer un gran escarmiento con esa familia para aterrar á todos, cuando ya por ese lado no hay que esperar un cuarto.

—Eso no es verdad, porque los padres del chaval han mandado á decir que esperemos, porque andan buscando dinero.

—Esos son camelos que no cuelan.

—¿Y qué quieres que hagan, si no lo tienen?

—Pues que lo tengan, repuso el terco *Vaca-rabiosa.*

—Hombre, eso no es hablar en razon, dijo el guardian, que no se apartaba un punto de la entrada de la caverna.

—En fin, hemos convenido en cumplir la amenaza y mandarles la cabeza del chicuelo á sus padres, y esta noche lo hemos de degollar por encima del mismo Verbo divino. ¡Pues no faltaba más, sino que se riera de nosotros esa familia!

—Hombre, no te precipites, porque tambien habeis convenido en seguir los consejos del padrino, que tanto nos ayuda y favorece, y no está bien que ahora le faltemos, pues si el padrino se enfada...

—Pues que se enfade. ¿Para qué aconsejó que hiciésemos amenazas, que no han de cumplirse?

—Porque con amenazas es como se sacan los cuartos. ¿Querías que la carta fuese llena de piropos?

—Vamos, déjame á mí de mareos. Yo le he de cortar la cabeza esta noche, ó arde Troya.

—Y que no te engañas en eso, replicó el guardian, retrocediendo un paso hácia la entrada de la cueva.

—¿En qué dices que no me engaño?

—En que arderá Troya, si Dios no lo remedia.

—Me parece á mí que tienes tú mucha lengua de más esta noche.

—Lo que tú quieras, hombre.

—¿Y qué te importa á tí ese chicuelo? terció *Manos-abiertas.*

—Lo que á mí me importa es la formalidad con el padrino.

—La formalidad es hacer lo que se dice, repuso *Vaca-rabiosa.*

—Cuando se dice con intencion de hacerlo, replicó el guardian.

—Vaya, tengamos la fiesta en paz, observó el *Cuco*, porque si verdaderamente el padrino dijo que se escribiese eso sin intencion de que se hiciera... En fin, ponerse mal con el padrino, es mal negocio.

—¿Te arrepientes ahora tú tambien? dijo *Vaca-rabiosa* reconviniéndole.

—Yo no me arrepiento de nada, respondió el *Cuco* algo amostazado. ¡Pues no parece sino que se trata de alguna gran valentía! La cuestion es atinar ó no en lo que debe hacerse.

—Lo que se debe hacer es degollarlo sin andar con más rodeos, insistió *Vaca-rabiosa.*

—Pues degollarlo de una vez y no hablemos más de eso, dijo *Sumé.*

—Esa es la fija, replicaron todos.

—¡Teneis razon! exclamó radiante de júbilo *Vaca-rabiosa.* Lo dicho, será hecho.

Y *Vaca-rabiosa* adelantóse como para penetrar en la cueva.

Entónces el guardian le detuvo, diciendo:

—¡Atrás!

—¡Cómo! exclamó furioso *Vaca-rabiosa.* ¿Te atreverás á oponerte á lo que todos los compañeros hemos resuelto?

—Bien quisiera no hacerlo; pero si os empeñais...

—¿Qué harias?

—No consentirlo.

Los bandidos prorumpieron en una estrepitosa carcajada.

—¿Os causa risa mi resolucion? añadió el guardian.

—¿Y qué quieres que hagamos al oir tu baladronada? dijo *Vaca-rabiosa.*

—Haced lo que querais; pero yo os aseguro tambien que lo dicho, será hecho.

—En eso tienes razon; pero se hará, no lo que tú dices, sino lo que nosotros hemos dicho.

—¡Allá veremos! dijo con perfecta calma el guardian.

—¡Por vida de Jesús bendito! Ahora mismo lo vamos á ver.

Y así diciendo, *Vaca-rabiosa*, muy confiado en sus propias fuerzas y en el auxilio de sus compañeros, fué á entrar resueltamente en la cueva; pero entónces el guardian, dándole un fuerte empellon lo rechazó, exclamando:

—¡He dicho que atrás, y atrás!

Fuera de sí *Vaca-rabiosa,* porque no esperaba tal resistencia, echó mano á su puñal y precipitóse contra el guardian, quien montando su retaco y encañonándole, dijo:

—¡Si me tocas, te abraso!

Ante aquella tranquila y á la vez enérgica resistencia, detúvose *Vaca-rabiosa* por un momento; pero en seguida saltó como un tigre para tomar su retaco, que habia dejado contra la escarpa del cerro, como todos los demás bandidos, los cuales inmediatamente hicieron otro tanto.

Entónces, el guardian, con la rapidez del pensamiento, retrocedió al interior de la cueva, y colocándose en el ensanche que al lado izquierdo habia, gritó:

—¡El primero que entre muere, aunque despues lo sienta!

—¡Quien va á morir eres tú! rugió frenético *Vaca-rabiosa.*

—Sólo así conseguireis vuestro deseo; pero estoy resuelto á quemaros las entrañas á cuantos asomeis la *geta* por la entrada.

Ciego de ira *Vaca-rabiosa*, daba vueltas en torno de la boca de la cueva, con el aire desaforado de un chacal que husma su presa, inclinándose ya á un lado, ya á otro, y lanzando miradas flameantes al interior de la caverna, por ver si podia distinguir y encañonar al temerario que, tan osada é insolentemente, trataba de oponerse á su voluntad, que era la voluntad de todos.

—¡No asomes el cuezo, que te abraso! dijo el guardian.

Entónces el rabioso bandido apartóse al lado derecho de la cueva, desde donde disparó oblícuamente un tiro en la misma direccion que habia oido la voz del guardian; pero el proyectil se estrelló contra la roca.

—¡Ahí me las den todas! exclamó el guardian con tono de zumba.

La detonacion del disparo dilatóse por los cóncavos de la caverna con espantoso estrépito, produciendo en el infeliz cautivo la extraña y pavorosa impresion que fácilmente se concibe.

El niño, siguiendo fielmente las instrucciones de su guardian, habia permanecido acurrucado en su lecho; pero no sin prestar atencion á las voces que sonaban hácia la entrada de la cueva.

El cautivo no podia percibir distintamente el sentido de las palabras, si bien de un modo vago habia comprendido que aquel coloquio entre varias personas, que al principio era pacífico y sosegado, se habia ido agriando en términos, que llegó á conocer claramente que su guardian disputaba ó reñia con los recien venidos.

Pero si alguna duda le hubiese quedado, la reciente detonacion vino á sacarle de su inmovilidad, á la vez que á convencerle de que su guardian corria algun grave riesgo.

Esta idea presentóse á su viva imaginacion como la más verosímil, y entónces ya no vaciló en

contravenir á la prevencion que aquél ántes le habia hecho para que se aguantase como un muerto en su camastro; ántes bien, impulsado por su generosa índole y por la gratitud que debia á su constante guardador, resolvióse á dirigirse hácia donde sonaba la reyerta, con el intento de averiguar su causa y adoptar la conducta que su situacion y las circunstancias le inspirasen, prestando además auxilio á su guardian, en todo cuanto pudiese.

Así, pues, arrastróse con gran tiento, vigilancia y cuidado, andando hácia el peñon, por encima del cual podia oir perfectamente cuanto se hablase.

Despues del disparo hecho por *Vaca-rabiosa*, los demás bandidos trataron de convencer con buenas razones al guardian, para que desistiese de su actitud amenazadora y tan fieramente hostil contra los que siempre habian sido sus amigos y compañeros.

—Pues renunciad vosotros á degollar al niño.

Estas palabras del guardian cayeron sobre el turbado espíritu del infeliz adolescente, como un vivo rayo de luz, que le dió á conocer todos los peligros de su situacion y toda la gratitud que debia á su valiente y decidido salvador.

—Renunciar á cortarle la cabeza á ese chaval, eso nunca, gritó *Vaca-rabiosa*.

—Lo que haremos será perdonarte la jugarreta que nos has hecho, dijo el *Cuco*.

—Mira que el meterte á salvador de ese *chavorró* te va á costar á tí la pelleja, terció *Vaca-rabiosa*.

—Pues que me cueste; pero vosotros lograreis vuestro deseo, cuando paseis por encima de mi cuerpo sin vida.

—Pues si te empeñas, pasaremos.

—¡Atreveos á entrar!

—¡Qué tonto eres! exclamó *Manos-abiertas.* ¿Piensas quizás que tú solo podrás resistirnos?

—Me sobran tiros y ánimo para cerrar la boca de la cueva con vuestros cuerpos, ántes que llegueis al pelo de la ropa á ese pobre niño.

Al oir estas palabras el cautivo, estuvo tentado por salir y precipitarse en los brazos de su guardian que tan heróicamente lo defendia; pero se contuvo, recordando su advertencia, y permaneció inmóvil y callado tras del peñon, vertiendo lágrimas de gratitud y orando mentalmente para que la Virgen Santísima salvase á los dos de aquel inminente y mortal peligro.

Entre tanto, el guardian respondia con indecible serenidad á los insultos, blasfemias, dicterios y amenazas que desde la parte de afuera le dirigian los bandidos, los cuales, en el último paroxismo de la rabia, disparaban sus armas, introduciendo los cañones de sus retacos por la boca de la cueva.

Su propósito era el de asfixiar con el humo de los disparos al niño y á su guardian, que, reconociendo el intento, respondió:

—Os cansais en balde, porque el humo de la pólvora me sirve de alimento.

—Ya veremos si resistes más que una zorra,

cuando le dan *jumazo*, replicó *Manos-abiertas*.

Y los bandidos comenzaron á reunir monte y combustibles para encender una grande hoguera en la misma boca de la cueva.

Al ruido infernal que los disparos hacian en el interior de aquel antro, y al constante vocerío de los enojados bandoleros, siguió el más profundo silencio, pues que sólo se oia el sordo rumor de sus pasos y del ramaje que iban hacinando en la entrada de la caverna.

El guardian, un tanto inquieto y alarmado por aquella inesperada tregua, permaneció inmóvil en su puesto, pero más vigilante y cuidadoso que nunca, temiendo alguna imprevista asechanza, si bien muy pronto conoció que el intento de los bandidos, segun habia indicado *Manos-abiertas*, era darle humazo; endiablado proyecto que le producia serios temores.

Muy pronto, sin embargo, desvanecióse aquella inquietud en el ánimo del guardian, á consecuencia de habérsele ocurrido una idea tan feliz como de fácil ejecucion, para contrariar el propósito de los bandidos.

El guardian pensó en deslizarse muy suavemente sin producir ruido alguno por la galería subterránea, salvar el peñon y tapar herméticamente los intersticios con tierra, pedruscos y ropas, á fin de que no penetrase el humo, con cuya resolucion dejaba completamente burlado el plan de sus antiguos camaradas.

Meditaba tambien que detrás del peñon, podia resistirse con tantas ventajas contra sus agresores como en el puesto que á la sazon ocupaba, en el caso de que aquéllos penetrasen, creyendo ya asfixiadas á sus víctimas; previó que en tal caso no les quedaba á sus enemigos más que asediarlos por hambre; pero recordó con júbilo que tenía una buena provision de bellotas y de pan, suficiente para algunos dias; y en cuanto al agua, las filtraciones la suministraban en cantidad bastante para saciar la sed; y, por último, imaginó que ganando tiempo y trabajando él con brio, y secundado miéntras descansaba por el cautivo, era posible abrir una boca por donde sustraerse á la vigilancia y agresion de sus enemigos, pues que afortunadamente, entre los trastos, uniformes y útiles que allí tenian depositados, no faltaban herramientas.

Tal era el atrevido y bien combinado plan, que á la sazon germinaba en su cabeza de soldado.

¡Admirable energía de pensamiento y de accion la que se encuentra en tales hombres, y cuyas disposiciones, aplicadas al bien, producirian maravillas!

Disponíase ya el guardian á dirigirse muy cautelosamente al peñon, cuando, en medio de aquel silencio, se oyó muy próximo el galope de un caballo.

—No encended todavía, y mano á los retacos, que álguien viene, dijo *Vaca-*

CAPÍTULO XIV.

AUXILIO INESPERADO.

Los bandidos, que ya habian amontonado gran cantidad de leña y ramaje y se disponian á prenderle fuego, suspendieron su tarea y se apresuraron á tomar sus armas.

El restallar de las herraduras sonaba cada vez más cerca, hasta que por último, cesaron de repente al llegar á la casa de los Yesares.

En seguida se oyó un silbido, cuyas modulaciones particulares conocieron al punto los bandidos y el guardian.

—*¡Malas-patas!* exclamó la cuadrilla al ver al recien llegado.

—¿Qué habeis hecho? preguntó éste con tono de autoridad y reconvencion.

—Todavía nada, porque ese bergante se ha empeñado en que no degollemos al chaval, respondió *Vaca-rabiosa.*

Y los bandidos refirieron á *Malas-patas* con todos sus pormenores, cuanto les habia ocurrido, así como tambien su proyecto de darle humazo al guardian y al cautivo.

Malas-patas pareció respirar más tranquilo, cuando supo que sus compañeros no habian llevado á cabo su bárbaro intento.

Inmediatamente llamó al guardian, quien le respondió desde adentro, manifestándole que no dejaria su puesto hasta que los otros compañeros no se retirasen de allí, desistiendo de su empeño.

—¡Pues entónces, muy tarde saldrás de esa ratonera! exclamó *Vaca-rabiosa.*

—No, que vas á salir ahora mismo, replicó *Malas-patas*, acercándose á la boca de la cueva y separando á puntapiés la leña que allí los bandidos habian hacinado.

—¿Qué estás haciendo? gritó furioso *Vaca-rabiosa.*

—Cumplir las órdenes de quien manda, puede y vale más que tú. ¡Qué perdicion si hubiérais ejecutado vuestro deseo! Escuchadme con atencion, que el asunto es más serio que lo que imaginais.

Al oir tales palabras, todos los bandidos, por un movimiento instintivo y simultáneo, se agruparon en torno de *Malas-patas*, á cuyo lado se colocó el *Cuco*, resuelto á sostener á todo trance las órdenes que aquél trajese, preguntándole:

—¿Qué dice aquel hombre?

—Pues dice que sois unos bestias; que no sabeis manejar lo que traeis entre manos; que la carta no se escribió con el intento que pensais, sino con el de sacar los cuartos á la familia; que el respeto que por la tremenda quereis imponer, os puede costar muy caro; que es inútil y torpe hacer barbaridades

para sacar dinero cuando la gente no lo tiene, y que por lo tanto, que os guardeis muy bien de cometer la brutalidad que, sin venir al caso, habeis pensado, si no quereis que aquel hombre se enoje de verdad, nos vuelva la espalda y sea el cuchillo de nuestra garganta. ¡Conque ya lo sabeis!

Todos guardaron el más profundo silencio, ménos *Vaca-rabiosa*, que ahogó un rugido de cólera.

Malas-patas continuó:

—Cuando le manifesté al padrino que quizás llegaria tarde para impedir vuestra gansada, me dijo: «Esos hombres se van á perder por brutos; vé á revienta-caballo y mándales de mi parte, que no hagan eso; pero si llegas tarde, le dices al *Cuco*, que se venga contigo, y que los demás se las arreglen como puedan.» ¡Ahora ya estais enterados y sabeis á qué ateneros!

—¡Yo haré siempre lo que mande el padrino! exclamó el *Cuco*.

—Y yo, y yo, dijeron sucesivamente los demás bandidos.

Sólo *Vaca-rabiosa*, viéndose derrotado, se atrevió á responder:

—¡Está muy bien! Que se haga lo que todos quieren, despues de haber dicho y querido una cosa muy diferente; pero yo siempre seguiré creyendo que lo mejor habria sido el degollar á ese ranacuajo para escarmiento de pícaros, que atienden más á su bolsa, que á su misma sangre.

—Dejémonos de retrónicas, contestó *Malas-pa-*

tas; el que puede, puede, y el que manda, manda; pues de lo contrario, la partida se volverá merienda de negros y ántes de ocho dias estaremos todos reventados.

Esta reflexion pareció decisiva en el ánimo de los bandidos, que manifestaron su conformidad con inequívocas muestras de aprobacion y asentimiento.

Por su parte, el guardian habia escuchado perfectamente cuanto *Malas-patas* habia dicho á sus compañeros, y por lo tanto, se felicitaba de haber recibido tan eficaz y oportuno auxilio en hora tan crítica y cuando ménos lo esperaba.

Los bandidos, por indicacion de *Malas-patas*, retiráronse de la entrada de la cueva, encaminándose hácia el cortijo de las Mangas Bajas.

Cuando la cuadrilla se hubo apartado de la caverna, *Malas-patas* llamó al guardian, y le dijo:

—Ya puedes salir sin cuidado.

—¡Algun ángel te ha traido por aquí tan á tiempo! exclamó el guardian saliendo por la boca de la cueva y estrechando afectuosamente la mano al recadero del padrino.

—Te has portado como un mozo de pelo en pecho, y has impedido que hagan una brutalidad, que además de comprometernos á todos, hubiera disgustado mucho á mi tio.

—Pues todavía me temo que ese atestado de *Vaca-rabiosa*, intente alguna otra barbaridad por su cuenta.

—No es fácil, porque se ha ido con sus orejitas

muy gachas; pero bueno es que vivas alerta con ese mal bicho, miéntras se acaba de arreglar el negocio, lo cual no tardará muchos dias.

—Así lo haré, y trabajo le mando si piensa cogerme desprevenido.

—Yo tambien te avisaré si ocurre algo.

—Te lo agradeceré mucho, porque hombre prevenido vale por dos.

—Cuando el padrino sepa lo que ha pasado, se pondrá muy contento por la hombrada que has hecho; pero al mismo tiempo no dejará de echarle una buena reprimenda á ese animal de *Vaca-rabiosa*.

—Me parece que esto se acabará pronto.

—Ya te lo he dicho; estando ya el negocio en manos del padrino, es cosa de coser y cantar.

—Y si acaso hubiera algun inconveniente y se alargase la prision del chaval, soy yo muy abonado para llevármelo de noche á otro covachon, en donde ni las águilas lo *julnen*.

—Quizás no sea menester; pero si se ofrece no está eso mal pensado. Conque adios, mozo bueno; toca esos cinco y hasta la vista.

—Adios, compadre, y que la Magdalena te guie siempre á todas partes tan á tiempo como aquí has llegado. ¡Memorias al padrino!

—De tu parte, y gracias.

Y *Malas-patas* se dirigió hácia la casa de los Yesares, junto á la cual habia dejado su cabalgadura, montó á caballo y partió al galope en la misma direccion que ántes habian tomado los bandidos.

CAPÍTULO XV.

LA PROMESA RATIFICADA POR EL JURAMENTO.

El guardian registró cuidadosamente las avenidas de la cueva, y despues de haber bebido agua en el cercano arroyuelo, permaneció allí algunos momentos en actitud pensativa, fumando un cigarrillo y aspirando con delicia el aire libre y fresco de la noche.

Luégo retiróse al interior de la caverna, deseoso de ver al prisionero, cuya vida con tan heróica resolucion habia defendido.

Hallábase el niño, á la sazon, acurrucado en su húmedo lecho porque, recordando las prevenciones de su guardian, y temeroso de que éste supiese que habia contravenido á su expreso mandato, se habia retirado de nuevo á su camastro, despues de haber comprendido, que ni él ni su salvador corrian ya riesgo alguno, supuesto que habia escuchado y oido clara y distintamente cuanto *Malas-patas*, en voz alta y sonora, manifestó á la cuadrilla de parte del padrino.

El niño, sin embargo, estaba muy conmovido,

no sólo por las terribles detonaciones y por el peligro pasado, sino tambien por el más vivo sentimiento de gratitud hácia su valiente defensor, cuya conducta le inspiraba á la vez asombro, respeto y cariño.

El adolescente, pues, lamentaba en su interior el que los peligros de la situacion y los consejos de la prudencia, le vedasen manifestar francamente al guardian su agradecimiento y su ternura.

El bandido encendió el candil, á cuya dudosa luz contempló al niño con una expresion indecible de afecto y complacencia.

Sabido es, que los seres fuertes que se deciden á proteger á los débiles, profesan á éstos tanto más afecto, cuanto mayores son los sacrificios que su predileccion les cuesta.

Así, pues, el guardian miraba aquella noche al cautivo con más cariño que nunca, experimentando ese gozo interno y profundo que siempre surge en el alma despues de realizar un acto que la conciencia sin restriccion aprueba.

El niño permanecia inmóvil y con los ojos cerrados, en su lecho, bien que sin dormir y pensando en sus afligidos padres y en el bárbaro intento de los bandidos, cuando sintió que el guardian le tocaba en un hombro, diciéndole:

—¿Estás dormido?

—No, señor, repuso el niño, abriendo los ojos y mirando fijamente al que le habia salvado la vida.

—¿No has oido nada?

—He oido unas detonaciones espantosas, respondió el cautivo, incorporándose en su camastro.

—¿Y no has oido nada más? preguntó el bandido, clavando una mirada escrutadora en el prisionero.

—Tambien oí á muchos hombres que hablaban, y que parecian reñir con usted y amenazarle.

—Es verdad que me amenazaban y que ha estado en un tris, el que no haya sucedido una tragedia.

El niño tuvo que hacer un violento esfuerzo para contenerse y no manifestarle al guardian que lo sabía todo, atestiguándole su agradecimiento, pues que á su generosa índole repugnaba el disimulo.

El guardian continuó:

—Los tiros retumbarian aquí como una tempestad de rayos y truenos, de manera que te habrás llevado un buen susto.

—En efecto, al pronto creí que pudiera ser una tormenta.

—¿Estabas dormido?

—No, señor; pero con arreglo á lo que usted me dijo, me aguanté aquí como un muerto, si bien cuando sonaron los tiros, entónces...

El cautivo se detuvo, como si temiese haber dicho demasiado.

El guardian preguntó:

—Entónces, ¿qué hiciste?

—Me levanté despavorido y... lo primero que se me ocurrió fué, que tal vez le hubiesen hecho á usted algun daño.

—¡Qué me habian de hacer á mí! ¡Buen chasco

se han llevado! exclamó el guardian, prorumpiendo en una estrepitosa carcajada.

—Pues yo entónces sentí una pena tan grande, que si hubiera tenido un retaco, de seguro salgo á ponerme al lado de usted para ayudarle ó para vengar su muerte, si por desdicha...

—¡Bendita sea tu boca! interrumpió el bandido, abrazando cariñosamente al prisionero. Te digo, chaval, que me has cogido el pan bajo del brazo, porque tienes muy buenas entrañas. ¿Conque hubieras sido tú capaz de defender mi vida, ó de vengar mi muerte?

—¡Vaya si lo hubiera sido!

—Pues, mira, hijo, no harias más que pagarme, respondió el guardian con un enternecimiento, apénas concebible en aquella organizacion tosca y fiera.

—Lo sé muy bien.

—¿Y por qué dices que lo sabes?

—Porque... francamente, cuando sonaron los tiros, no se enfade usted, me faltó la paciencia para quedarme aquí aplastado como un gazapo, y entónces, deseoso de ver si podia prestarle á usted algun auxilio, me deslicé hasta el peñon, desde donde pude oir perfectamente lo que usted dijo y lo que éllos respondieron... Perdone usted, si he faltado á su mandato; pero la verdad es que la sangre me hervia en las venas al pensar que podian ofenderlo á usted, sin que yo le ayudase.

—¡Qué buena sangre tienes, muchacho!

—Es natural querer á quien nos quiere.

—En eso, hasta los animales nos enseñan.

—Tiene usted razon.

—¿Conque es decir que te enteraste de todo?

—Sí, señor, y cuando entendí lo que esos hombres intentaban y pude comprender que usted arriesgaba su vida por salvar la mia, casi estuve tentado por hablarle desde el peñon, para que supiese usted que allí estaba yo, por si podia servirle de algo.

El bandido escuchaba este lenguaje con marcada expresion de complacencia.

El simpático niño continuó:

—Pero no me atreví á decirle á usted nada, limitándome á rezar con mucho fervor y devocion á la Vírgen Santísima, para que nos sacase con bien de tan apurado trance.

Una sonrisa indefinible vagó por los lábios del bandido.

Advirtiólo el niño, y se apresuró á decir:

—No se ria usted de mis rezos. ¿Qué otra cosa mejor podia yo hacer en aquel instante? Además, que es preciso creer en Dios y en la Vírgen.

—Yo no me rio de tus rezos, sino porque me agrada lo que dices, porque yo tambien creo en la Vírgen del Cármen, que me ha salvado de muchos peligros.

Y el bandido se descubrió el pecho, mostrando al niño un escapulario de Nuestra Señora del Cármen, que llevaba oculto y pendiente de una cinta que rodeaba su cuello.

El sentimiento religioso, aparte las preocupaciones de la supersticion y de la ignorancia, ofrece en las naturalezas rudas é indómitas de los más feroces bandidos un fenómeno singular, una manifestacion extraña, y que consiste en una tierna y fervorosa devocion á la Vírgen María, prototipo de la gracia divina, de la dulzura inefable y de la clemencia sin límites, que únicamente pudiera inspirar esperanza y aliento á el alma criminal para ser redimida y perdonada.

Sólo así puede explicarse esa vehemente devocion de los bandidos, de los contrabandistas y de las gentes más desalmadas, á la Santa Vírgen, que es el símbolo de la dulce resignacion y de la misericordia inagotable, ante cuya infinita mansedumbre no pueden ménos de abdicar y humillarse los corazones más fieros, los espíritus más descreidos, los caractéres más soberbios, las conciencias más empedernidas y los criminales más cínicos y audaces, que todo lo han combatido y atropellado al encontrar resistencia, deberes, derechos, religion, sociedad, familia, intereses y autoridades.

Pero la lucha es imposible contra la dulzura soberana, ante la cual se estrellan y quebrantan la fuerza y la violencia. ¡Maravilloso resultado de la ineludible ley de los contrastes!

Ahora bien, cuando el niño vió el escapulario, apresuróse á besarlo con religioso respeto, exclamando:

—¡La Vírgen Santísima nos ha salvado del peligro!

—Así lo creo yo tambien, respondió el guardian.

—¡Qué furiosos estaban!

—Lo mismo que lobos hambrientos. ¡Vaya una furia y una valentía!

—¿Y qué daño les he hecho yo?

—¿Qué quieres? ¡Así anda el mundo!

Y el bandido entónces refirió punto por punto al prisionero la causa y orígen del bárbaro propósito, que allí habia llevado á la cuadrilla.

—¡Pobres padres mios! exclamó el niño, prorumpiendo en llanto.

—No te aflijas, chaval, que yo tambien me pongo de muy mal humor con estas cosas que suceden.

—¡Cuánto agradecimiento le debo á usted! ¿Con qué podré yo pagarle su buena voluntad, y, sobre todo, el grandísimo favor que hoy me ha hecho, salvando mi vida é impidiendo que esa gente cumpliera su atroz amenaza contra mis queridos padres? Yo no le pido á Dios más felicidad sobre la tierra, sino que me conceda la satisfaccion de poderle mostrar alguna vez mi sincera y eterna gratitud por su conducta para conmigo.

El guardian quedóse mirando fijamente al niño con una expresion inexplicable de gozo y de ternura.

Despues de algunos momentos, preguntó:

—¿No me has prometido ya que harás todo lo que puedas en favor de mi pobre hijo?

—Y tambien en favor de usted, añadió con viveza el agraciado niño, cuya índole generosa y clara inteligencia ya el lector conoce.

—Pues bien, yo me quedaré satisfecho con que aquí me jures por la salud y por la salvacion de tus padres, que cumplirás fielmente tu promesa en favor de mi desdichado hijo, y de mi persona, si se ofreciere.

Y así diciendo, el bandido presentó al prisionero el escapulario de la Vírgen del Cármen para que allí jurase cumplir lealmente su promesa.

El agradecido niño, muy gozoso por aquella inesperada proposicion, aceptóla sin vacilar, y extendiendo la mano y haciendo la señal de la cruz sobre el bendito escapulario, ratificó su anterior promesa con el más solemne juramento.

—¡Que Dios te maldiga, si faltas! exclamó el bandido.

—¡Que Dios me bendiga, si cumplo! respondió el niño.

Y despues de haber tomado ámbos un frugal refrigerio, entregáronse al reposo.

CAPÍTULO XVI.

RESOLUCION DEL PADRINO.

Entre tanto, los angustiados padres del niño no perdonaban medio ni diligencia para reunir recursos, que les permitiesen rescatar cuanto ántes al recreo de su alma, al encanto de su vida, al sol de su hogar, á su amado y único hijo.

Pero la fortuna parecia desencadenar todos sus rigores contra los infelices esposos que, aturdidos en su dolor y desatentados con su pena, por todas partes buscaban y pedian, sin encontrarlos, entre sus parientes, amigos y conocidos, los medios para libertar al cautivo; medios que los gobiernos de otras naciones, en circunstancias semejantes, suelen proporcionar sin dilacion á sus súbditos; medios que todos los gobiernos debian suministrar en tales casos á los que se hallan en situacion tan aflictiva y congojosa, siquiera por vía de anticipo, ya que no fuese como una justa reparacion que los gobiernos estuviesen obligados á pagar en castigo de su abandono é indolencia en garantir la seguridad de las vidas y haciendas; garantía que debe

ser uno de los fines más principales y sagrados de toda sociedad bien regida, de toda nacion civilizada y de todo gobierno digno de tal nombre.

Reducidos á sus propias fuerzas, amistades, relaciones y recursos, los desventurados padres sólo pudieron allegar, despues de mucho trabajo, fatigas, sonrojos, humillaciones y desengaños, la suma de diez y nueve mil reales, cantidad insuficiente para satisfacer las últimas, perentorias y feroces exigencias de los secuestradores.

En vano intentaron los afligidos esposos buscar mayor suma que la referida, por cuya razon, y anhelando que no trascurriesen muchos dias por temor de que los secuestradores cometiesen algun atentado contra su hijo, se decidieron á entregar aquel dinero al hipócrita y astuto Artacho, á fin de que éste lo pusiese en manos de los fautores y truchimanes de aquel secuestro.

Inmediatamente partió Artacho para Benamejí, en donde entregó al padrino la cantidad mencionada, que se guardó muy bonitamente, considerando que de los mil duros, que ya ántes se habian repartido los bandoleros, no llegaron á él más que la noticia y la dentera.

Bien pudo por entónces Artacho conocerle en su rostro la intencion á más del regodeo; pero tambien pudo reir la burla para sus adentros, porque ya él habia madrugado con estrellas, supuesto que más tarde se averiguó que en aquella cantidad que don Francisco de Paula Jimenez habia entregado en

buen metálico, iban seis mil reales en monedas de oro falsas, lo cual prueba con luminosa evidencia que el santurron de Artacho, además de aprovechadísimo faraute de secuestradores, era corredor y cómplice de monederos á traicion ó de contrabando.

El padrino, por el pronto, no reparó en el mochuelo que le habia encajado Artacho, y comprendiendo que sería inútil exigir mayores sacrificios á la triste y arruinada familia del cautivo, dispuso que inmediatamente el guardian lo dejase en libertad, no obstante conocer que los bandidos se conformarian de muy mala gana con la suma de treinta y nueve mil reales como total importe del rescate.

Así, pues, no sin dificultades y altercados, consiguió que despues de algunos dias, en la noche del 30 de Noviembre el guardian trasladase al cautivo al cortijo de la Cañada, en donde le dejó libre para que volviese á su casa, habiendo permanecido treinta y tres dias en poder de los secuestradores.

En alas de su amor filial, apénas se ve libre, con la rapidez del rayo, vuela el hijo á Palenciana y penetra en la casa de sus padres con el gozoso afan que fácilmente se concibe en situacion semejante, y que muy pronto habia de trocarse en amargo duelo é inconsolable tristura.

Era por la mañana muy temprano cuando el alegre adolescente llamó á la puerta de la casa paterna; los esposos permanecian aún retraidos en su aposento, no entregados al sueño, que huia de sus

ojos, sino hablando tierna y dolorosamente de su hijo querido, cuya triste suerte lamentaban, y por cuya vida á cada instante sentian mortales angustias y espantosos temores.

Abrió la puerta el fiel criado, que lanzó un grito de alegría al reconocer al niño, y despues de abrazarlo con toda la efusion de su sincero y leal afecto, viendo que se dirigia á la habitacion de su padres le detuvo, diciéndole:

—Mira, hijo mio, una grande alegría de repente, mata lo mismo que una gran desazon. Déjame que avise, porque tu madre... ¡Pobrecita!

—¿Qué tiene? ¿Qué ha sucedido?

—¡Ya puedes figurarte! Las amenazas de que te iban á degollar, le han trastornado un poco la cabeza.

—¡Válgame Dios, y cuántas calamidades!

—Pero ya está más aliviada. Espérame, que en seguida vuelvo.

El criado se dirigió á la estancia de los esposos, y llamando á su amo, desde la parte de afuera, le manisfestó que una persona desconocida le aguardaba y pretendia hablarle con urgencia.

El afligido padre, creyendo que algun emisario de los bandidos le buscaba, se apresuró á salir al instante.

—¿En dónde está esa persona? preguntó el amo.

Entónces el criado se le aproximó, respondiendo en voz muy baja:

—He dicho que es una persona desconocida por-

que lo está efectivamente á causa de los trabajitos y penas que ha pasado. ¡No parece él, tan flaco y tan amarillo! Además hablé así, para que el ama no recibiese de repente la noticia.

—Pero ¿quién ha venido?

—¡Toma! El niño, que le está aguardando á usted.

—¡Gracias á Dios! exclamó el padre corriendo exhalado al encuentro de su querido hijo.

Figúrese el lector la escena conmovedora que entónces tuvo lugar entre el niño y su padre, estrechamente abrazados y llorando á la vez de gozo, de tristeza y de profundo enternecimiento.

Trascurridos los primeros instantes, el niño advirtió que su amado padre, además de las alteraciones que habia sufrido en su aspecto físico, habia experimentado tambien en la parte moral una modificacion tan notable como funesta, y que consistia en una especie de parálisis ó entorpecimiento de sus facultades intelectuales.

De pronto apareció la madre con los ojos brillantes de ternura, con la boca entreabierta, la respiracion anhelosa y el ademan desaforado, y precipitándose en brazos del atónito niño, con voz vibrante y acento indescribible, exclamó:

—¡Hijo mio! ¡Hijo de mi amor y de mi vida!

La triste madre habia oido el recado que, desde la puerta del aposento, le dió á su esposo el fiel servidor, y creyendo efectivamente que la persona anunciada traeria nuevas de su querido hijo, no

vo paciencia para esperar el regreso de su consorte, y por lo tanto, apresuróse á salir, ansiosa de saber quién era el recien llegado, que tan de mañana y con tanta urgencia pretendia ver á don Francisco de Paula Jimenez.

Así, pues, resultó completamente inútil la discreta y solícita precaucion del fiel criado, á fin de que su señora no recibiese de un modo repentino y sin preparacion alguna, aquella noticia tan satisfactoria, y que á la vez podia ser muy grave y peligrosa para su ama.

La tierna y afligida madre, estrechando contra su corazon al niño y abismada en un profundo y prolongado sollozo, parecia reconcentrar todas las fuerzas de su alma y de su cuerpo en esta sola y única frase, sin cesar repetida:

—¡Hijo mio! ¡Hijo mio!

Luégo de pronto apartó la cabeza del pecho del rapaz, y mirándole fijamente con aire insensato é impintable sonrisa, comenzó á tocarle con ambas manos los hombros y el cuello, como una persona que trata de convencerse de la realidad del objeto que se ofrece ante su vista y al alcance de su tacto.

—¡Sí! murmuraba la madre. El rostro, la cabeza y los hombros son los de mi José... ¡No hay duda!... Esta no es aquella cabeza aislada del tronco y chorreando sangre que yo veia siempre vagar en el viento ante mis ojos... ¡Qué vision tan horrorosa!... Pero ese rostro... esa mirada... esa figura es la de

mi querido hijo, que ya se encuentra libre... ¡Hijo de mis entrañas!

Y de nuevo se precipitaba en brazos del niño, gimiendo, llorando, riendo y besándolo hambrienta de ternura y con ademan delirante.

El niño, conociendo el lastimoso estado de su madre, correspondia con dolorida expresion á sus febriles caricias, miéntras que el infeliz padre y el fiel criado contemplaban aquella escena desgarradora con actitud y gesto entre sí muy diferente.

El fiel criado lloraba sin reparo, y las lágrimas corrian hilo á hilo por sus mejillas, en tanto que el infortunado esposo manifestaba esa impasibilidad sombría, propia de las almas que han perdido, por decirlo así, todos los resortes de su actividad sensible, y que se hallan sumergidas en esa incontrastable y espantosa inercia, que muy bien pudiera llamarse *la atonía del dolor*.

Diríase que el alma humana, una vez saturada ó impregnada de la cantidad de sufrimiento posible, permanece ya de todo punto indiferente á nuevas impresiones dolorosas, como si en el mundo del sentimiento existiese, al modo que sucede en el mundo físico, una ley de impenetrabilidad de las sensaciones, análoga y semejante á la inexorable ley de la impenetrabilidad de los cuerpos.

Súbito la madre volvió á separarse bruscamente de su hijo, exclamando:

—¡La vision!... ¡La vision otra vez! ¡Ay, que me lo han degollado esos infames!

Y volviéndose de espaldas á su hijo, cerrando con fuerza los ojos como para no ver, y extendiendo los brazos convulsos, comenzó á huir despavorida y atropellándose en sus mismos pasos, habria caido desmayada sobre el pavimento, si el niño, el padre y el criado no hubieran acudido oportunamente á sostenerla.

En suma, diré, que de resultas de aquel horrible atentado la madre quedó enferma, el padre como entontecido, el niño inconsolable y la familia completamente arruinada.

El regreso á la casa paterna, que debió ser para el niño Jimenez el colmo de la felicidad, sólo sirvió para advèrtirle toda la espantosa extension de su desventura.

CAPÍTULO XVII.

CONCLUSION.

El horroroso crímen que acabo de relatar habia quedado completamente impune, sobreseyéndose la causa, por ignorar quiénes fuesen los culpables.

Poco más de tres meses hacía que el niño Jimenez habia recobrado su libertad, cuando llegué á Córdoba, y desde luégo llamó mi atencion la magnitud de aquel atentado, no ménos que sus horrorosas consecuencias y la irritante impunidad en que yacía, por cuya razon tomé informes de varias personas y autoridades, sin olvidar á los mismos interesados.

De aquellas averiguaciones resultaron datos y motivos suficientes para que de nuevo se abriese la causa, como se verificó en efecto, consiguiéndose al fin el descubrimiento, captura y condigno castigo de los criminales.

No debo pasar en silencio la incansable actividad, tino y discrecion con que se condujo, secundando admirablemente mis indicaciones, el juez del partido de Rute, á cuya jurisdiccion pertenece Palen-

ciana, y cuyo juzgado desempeñaba á la sazon don Adeodato Altamirano y Gamez con un celo digno del más cumplido elogio.

Abierta nuevamente la causa, desapareció el impenetrable misterio que hasta entónces habia velado aquel crímen, esclareciéndose todas sus circunstancias y comprobándose por el citado juez de Rute, acompañado del niño Jimenez, la completa exactitud de cuanto éste habia declarado respecto á los sitios y lugares en que lo habian tenido oculto los secuestradores.

En los autos de la causa, pues, consta la minuciosa descripcion de las cuevas del cerro Andrés y de la Higuera del Diablo, así como tambien la del escondrijo de tres metros de largo, dos de profundidad y uno de ancho, que habian practicado en la cuadra contigua á la habitacion, que Antonio Cuenca y Paez tenía en el cortijo de las Mangas Bajas, y cuya excavacion estaba rellena de paja de garbanzos y cubierta con unos tablones, paja de guijas y una máquina de trillar, de suerte, que era muy difícil, por no decir imposible, sospechar que allí hubiese semejante huronera.

Igualmente se comprobaron cuantas señales y circunstancias habia indicado el niño Jimenez existian en las respectivas cuevas, con otras minuciosidades á cual más características y fehacientes, que demostraban la precocidad y prevision del cautivo, y que por evitar prolijidades omito.

Sólo referiré un rasgo que revela bien á las claras el carácter moral del niño Jimenez. Sucedió, pues, que estando ya en la cárcel los criminales, ordenó el juez que el niño pasase á reconocerlos, lo cual verificó, sin reparo alguno con todos aquellos que vió durante su cautiverio; pero respecto al guardian, cuéntase que cumplió fielmente su promesa y compromisos.

Tambien se confirmó por diversas declaraciones el terror pánico que los malhechores habian difundido en los contornos del mencionado cortijo, si bien aquel terror no pudo impedir que los moradores de los caseríos cercanos se apercibiesen de las maniobras y propósitos de los bandidos, y hasta de la existencia de la cueva, y áun del objeto para que la destinaban, por cuya razon los secuestradores, léjos de utilizarla, trataron de encubrirla, como ya he referido.

La costumbre funesta en nuestro país de olvidar en brevísimo plazo hasta los crímenes más horrorosos, pues que hasta las fortunas más odiosamente adquiridas se sancionan al cabo de poco tiempo, y sus poseedores, sin más título que el de ricos, son respetados por la sociedad entera, constituye una de las causas más lamentables, perturbadoras y eficaces de la espantosa impunidad en que aquí suelen quedarse los más inauditos atentados, impunidad que estremece por lo frecuente y admitida, á la vez que contribuye del modo más eficiente y desastroso á la propagacion del bando-

lerismo en todas las esferas políticas, civiles y sociales.

Esta costumbre hace que muchas personas, áun aquéllas que pasan por íntegras y honradas, se escandalicen, cuando no censuran el celo de las autoridades más dignas y severas, que á todo trance procuran averiguar y esclarecer los hechos justiciables, por más que ya se haya procedido contra éllos, y sin detenerse ante sobreseimientos prematuros, injustificados ó tal vez obtenidos malamente de la ciega torpeza, ó de la insaciable corrupcion y codicia.

Diríase que en nuestro país se forma particular empeño en engañarse unos á otros, dándose á entender con hipócrita reciprocidad, que es digno de aplauso lo que á la recta luz de la razon y de la conciencia merece universal vituperio, por lo cual se convienen todos en considerar como socialmente bueno, que se encubran y olviden los más horrendos crímenes; preocupacion insensata, y cuyos disolventes resultados lamentará con creciente amargura la sociedad española.

La tal preocupacion llega hasta el extremo de que en infinito número de casos impide por completo la accion de la justicia, para imponer el saludable castigo; pero no impide que la sociedad sepa hasta los detalles de cuantos delitos se cometen en los pueblos.

Por otra parte, la idea religiosa, mal sentida y peor explicada, viene á favorecer de una manera

más eficaz de lo que ordinariamente se cree ó imagina, la difusion de la inmoralidad, supuesto que muchos bribones, así de chaqueta como de levita, tienen por muy bien averiguado, que con dejar en su testamento algunas misas y mandas en beneficio de los ministros del Altísimo, con disponer que su cadáver se vista con hábito religioso, y con añadir á todo esto sus ostentosos funerales, han de irse en cuerpo y alma, vestidos y calzados al cielo, intentando allí engañar al mismo Dios en persona, miéntras que aquí la Iglesia se deja fácilmente engañar, mediante el pago de los crecidos y prefijados derechos que élla exige, como aduanera celosa y diligente de la otra vida.

¡Qué blasfemia, qué sarcasmo y qué idea tan falsa de la grandeza inefable de Dios!

Yo, sin embargo, atento á cumplir mis deberes, volviendo por los fueros de la justicia, y desdeñando como se merecen tan funestas preocupaciones, suministré datos suficientes para que de nuevo se abriesen distintas causas, y entre éllas la del secuestro del niño José María Crispin Jimenez, y ya el lector sabe que su resultado fué el más satisfactorio para la vindicta pública, en cumplimiento de las leyes y en desagravio de la justicia.

Pero á la lucha exterior, por decirlo así, entre las absurdas preocupaciones de la sociedad y mis actos gubernamentales, debe agregarse otra contienda más íntima, más trascendental y tambien más aflictiva entre las naturales tendencias de mi carácter

personal y los inexorables deberes de mi cargo.

Así, pues, mi posicion era la más singular y dolorosa que puede imaginarse, merced á la contradiccion profunda, á la antítesis perturbadora, al dualismo esencial, por decirlo así, en que se dividia y desgarraba mi espíritu, en oposicion con mi carácter; mi entendimiento, en lucha con mi sensibilidad; mi deber, en desacuerdo con mis sentimientos particulares; mi compromiso, en abierta contradiccion con las inspiraciones de mi alma; en una palabra, yo sufria el más insoportable de los martirios para un hombre de honor, el martirio de una conciencia severa que pierde la unidad, que se rompe y fracciona en su esencia primitiva, como si ésta se bifurcase en dos seres, no ya distintos, sino tambien contrarios.

En efecto, la especial mision que me habia confiado el Gobierno en aquellas críticas circunstancias, cuando el bandolerismo, desencadenando todos sus furores, parecia conmover hasta los fundamentos del órden social, me imponia la más formidable lucha entre mis deberes como autoridad y mis sentimientos personales.

Cada vez que era necesario usar del más inexorable rigor para el más estricto cumplimiento de la ley, yo experimentaba una impresion, tanto más penosa, cuanto más íntima era mi conviccion de que los paliativos sólo servirian para abatir el espíritu de la gente pacífica y honrada y alentar á los malvados.

En tales ocasiones, únicamente me sostenia la fuerza moral más grande, pero á veces tambien más abrumadora en que puede apoyarse el hombre, cual es la soberana energía que el cumplimiento del deber inspira al ánimo varonil y á la buena conciencia.

En medio de tan doloroso dualismo, no me restaba otro recurso que sacrificar mis sentimientos particulares á las exigencias del bien público, á los deberes de mi cargo y mis compromisos con el Gobierno, y, por consiguiente, así lo hice, con profunda pena, es cierto, mas sin vacilar tampoco ni un instante.

De aquí resultó que, así mi conducta, como tambien mi carácter, fueron inexactamente apreciados por aquella parte de la opinion, interesada por varios motivos, más ó ménos censurables, en combatir el régimen dominante.

Así, pues, la pasion política vino á coincidir en muchos casos en sus apreciaciones con las de *los bandoleristas*, y unos y otros, es decir, gente política y gente *non sancta*, se despachaban á su gusto, censurando mi conducta, que calificaban *de ilegal é inexorable*, á la vez que se complacian en pintar mi carácter como *cruel y sanguinario*. Por mi parte, debo limitarme á declarar que el retrato no era parecido.

Ahora bien; mi ferocidad era tan grande, tan implacable y tan inaudita, que no podia apartar un momento de mi memoria el recuerdo conmovedor y

el cuadro terriblemente doloroso de aquella infeliz familia, poco ántes tan dichosa en su modesta fortuna, y ahora reducida á la miseria, y lo que es más espantoso todavía, sufriendo todos sus individuos las consecuencias de un robo, que no tiene nombre ni pena en ningun código, como es el robo de la felicidad en el desdichado hijo, el robo de la inteligencia en el afligido padre y el robo de la razon, ó sea la sarcástica dádiva de la locura en la madre desventurada.

¿Y qué podia yo hacer en obsequio de aquella familia, víctima de la ferocidad de los malhechores?

Si como particular hubiera podido devolverles su fortuna, seguramente que lo habría hecho con infinito gozo. Igualmente, si como facultativo hubiera podido devolver la salud perdida á los desventurados esposos, dicho se está que hubiese acudido en su auxilio; pero ¿eran éstos mis medios? No, seguramente.

En tal situacion, el particular desapareció; mas quedaba el hombre investido de autoridad y ésta podia llevar al seno de aquella familia, desolada y combatida por la mala suerte, un consuelo moral de infinito precio en las sociedades humanas, el que procede y nace de la rectitud inquebrantable de la justicia. Esto pude y debí hacer, y esto hice.

¿Y son, por ventura, tan indiferentes en la vida de los seres humanos los consuelos morales? ¿Se reduce todo á las satisfacciones del bienestar físico? ¿Es acaso un gozo insignificante para el que es

víctima de la tiranía de su suerte, demostrarle que existe la Providencia? Mucho me apartaria de mi objeto si prolongase esta série de preguntas; pero bástame y sobra con decir, que el deber está siempre coordinado y en armonía con las infinitas manifestaciones de la fenomenología social, y es tan cierto lo que afirmo que, si haciendo recto uso de mi autoridad pude llevar particularmente algun consuelo á esta familia, tambien es indudable que satisfice en general á las exigencias morales de la vindicta pública y á los fueros imprescriptibles de la justicia.

No faltó, sin embargo, una persona que particularmente dispensó al niño el beneficio más inapreciable de la vida, como es el de la educacion, pagándole sus estudios en el colegio de los padres escolapios de Archidona.

Este bienhechor ha tenido tambien *la sublime ferocidad* de permanecer incógnito á todo trance, por más que debe suponerse que conocia muy á fondo las excelentes dotes del simpático niño Jimenez, del cual se dice en la exposicion que el Ayuntamiento de Palenciana remitió al Gobierno, *que indudablemente algun dia este niño dará gloria al país en que nació.*

Tal es tambien mi deseo más vehemente, y la recomendacion más entusiasta que le dirijo, complaciéndome en consignarla en este relato, para que le sirva constantemente de estímulo saludable. ¡Ojalá que así sea!

APÉNDICE.

Deseoso de ser rigorosamente exacto, hasta en los más mínimos detalles en estas NARRACIONES, creí conveniente anticipar á los secuestrados ó á sus familias el conocimiento de los relatos respectivos, escritos en virtud de los datos y antecedentes, que yo habia adquirido por diversos conductos, á fin de que pudieran rectificar cualesquiera hechos, que no se ajustasen estrictamente á la verdad de lo acaecido, ó bien que me noticiáran otros sucesos ó circunstancias interesantes, que se omitiesen en mis referencias.

Con este motivo, y á propósito de la NARRACION del secuestro que precede, recibí del protagonista, ó sea del niño José María Crispin Jimenez, la carta que, satisfaciendo su deseo, á continuacion se inserta, y dice así:

«*Excmo. Sr. D. Julian de Zugasti.*

»Palenciana 25 de Febrero de 1879.

«Muy señor mio y de mi más distinguida consideracion: He leido con suma complacencia el tra-

bajo que ha hecho usted respecto á la historia de mi secuestro, fundado en los datos que yo le comuniqué y que se ha servido usted remitirme para que vea si su relato se encuentra exactamente conforme con los hechos, y en su consecuencia, debo decirle: que yo mismo no habria podido referir con más exactitud las dolorosas situaciones en que me hallé y las penas que pasaron mis queridos padres, los cuales desdichadamente continúan todavía en el estado lamentable en que cayeron á causa de mi secuestro.

»Creo que ha prestado usted un importante servicio á la sociedad con la publicacion de éste y otros hechos semejantes, pues sólo así podrá comprenderse por el público en general, no sólo el estado de nuestras costumbres, sino tambien los muchos males que pueden evitar las autoridades celosas en el cumplimiento de sus deberes y amantes del bien de sus conciudadanos.

»Agradezco á usted muchísimo la excitacion que me hace para que mi comportamiento corresponda á la buena intencion de que fuí objeto por parte de personas que, al mérito de su beneficio, quisieron añadir el de permanecer desconocidas; y desde ahora le prometo, que semejante excitacion jamás se apartará de mi memoria, sirviéndome de estímulo miéntras viva para corresponder dignamente á ella; por más que desde aquella desgracia, que fué la causa de mi total ruina, me haya visto precisado por la suerte á consagrar todo mi tiempo y faculta-

des á cuidar únicamente de mis pobres padres.

»Aprovecho esta ocasion para rogarle que haga pública en su libro mi eterna gratitud y la de mi familia, é igualmente para darle á usted de nuevo así como tambien al Sr. Altamirano, las más expresivas gracias por el vivo interés y acertadas disposiciones que tomaron para descubrir y castigar á los autores del bárbaro crímen de que fuí víctima.

»Con este motivo, reitera á usted el testimonio de su indeleble afecto y respetuosa consideracion, quedando siempre suyo atento y S. S. Q. B. S. M.

»José M. Crispin Jimenez.»

FIN DE LA NARRACION PRIMERA.

NARRACION II.

SECUESTRO

DEL

ANCIANO DON JOSÉ ORELLANA Y GALLARDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

EL ALCALDE DE PALENCIANA.

En la noche del 1.º de Febrero de 1870, penetró una partida de Guardia civil, al mando de un sargento, en la villa de Palenciana, provincia de Córdoba, é inmediatamente se presentó al alcalde.

El sargento entrególe un oficio, en virtud del que se reclamaba el auxilio de la autoridad para la captura de un criminal, llamado Joaquin Orellana y Soria (a) la *Madama* ó el *Rubio de Palenciana*, desertor de presidio y á quien se suponia estar oculto en aquel pueblo.

Prestóse el alcalde, en cumplimiento de su deber, á contribuir á la captura del delincuente, auxiliando á la Guardia civil en todo cuanto estuviese de su parte, y habiéndole manifestado el sargento que por una confidencia sabía que el tal desertor pudiera encontrarse oculto en la posada, se apresuró á conducir en seguida á los guardias al parador indicado, en donde practicaron el más minucioso reconocimiento, bien que sin conseguir hallar al que buscaban.

Fallida su esperanza, encamináronse acto contínuo al domicilio de la esposa del susodicho desertor; y ántes de entrar en la casa, el sargento puso los centinelas correspondientes y adoptó las demás precauciones que suelen tomarse en tales casos.

Luégo llamó á la puerta el sargento, respondieron dentro, contestó el alcalde, y habiéndole conocido franquearon la entrada, y el sargento se adelantó rápidamente hasta el dormitorio de la mujer del desertor; pero cuando los guardias que le seguian llegaban á la puerta de la estancia, salia ya el sargento murmurando:

—¡Tampoco está aquí!

Sin embargo, el sargento volvió á entrar con los guardias en la habitacion, en la cual habia una cama, y áun cuando en efecto no vieron á nadie, no por eso dejó de correr más tarde la voz de que el mencionado sargento habia visto al criminal que se deslizó del lecho y fué á ocultarse en una especie de trampa ó escotillon que habia en el suelo bajo la cama.

Pero dejando aparte por ahora tales hablillas, es lo cierto, que despues de registrar la casa, y no habiendo encontrado al criminal en ella, el sargento manifestóse por extremo contrariado, permaneció algunos momentos asaz pensativo, sacó un papel, y á la luz de un farolillo que llevaban, leyó atentamente, volvió á guardarlo, y dirigiéndose despues al buen alcalde, le preguntó:

—¿No es vecino de este pueblo un hacendado que se llama don José Orellana y Gallardo?

—Sí, señor.

—Ese caballero, ¿no es pariente del que buscamos?

—Sí; pero José es un hombre de bien.

—Eso no importa para que lo tenga amparado en su casa.

—No lo creo.

Esta contestacion pareció contrariar vivamente al sargento.

—Sin embargo, insistió; es necesario que yo cumpla las instrucciones reservadas que se me han dado, pues me consta que esta noche el desertor se encuentra de seguro en este pueblo, y por lo tanto, en cumplimiento de mis severos deberes, tengo precision de hacer todo cuanto humanamente sea posible para prenderlo.

—Es seguro que no está en casa de Orellana, al ménos con su conocimiento, insistió á su vez el alcalde.

—Acaso tenga usted razon; pero yo debo hacer todo cuanto esté en mi mano para cubrir mi responsabilidad ante mis jefes.

—No lo niego; pero me parece que será trabajo perdido el buscarlo allí.

—¿Vive muy léjos ese caballero?

—Vive aquí cerca.

—Pues tenga usted la bondad de conducirnos á su casa.

—Ya es tarde.

—Es verdad; pero por lo mismo conviene que usted nos acompañe para evitar dificultades. Yo siento la molestia que le podamos causar á ese señor, así como tambien la que usted se toma en bien del servicio; mas todo ello es una mala noche, señor alcalde.

—Por mi parte, yo no me molesto.

—Pues, vamos allá.

Y guiados por el alcalde, todos se dirigieron al domicilio de don José Orellana, que á la sazon dormia tranquilo al lado de su esposa, y muy ajeno de ser bruscamente interrumpido en su reposo á las dos de la madrugada; pues á tal hora llamaron con fuertes golpes á su puerta.

Despiértase despavorido el matrimonio, no aciertan á explicarse la causa de aquel insólito llamamiento, y durante algunos minutos permanecieron ambos cónyuges en la más extraordinaria confusion é incertidumbre.

Al fin Orellana, impulsado por la más viva curiosidad, se decidió á asomarse á un balcon con mirador de cristales para saber quién ó quiénes eran los que con tanto brio y fuero llamaban.

No discurria de igual modo la conturbada esposa que, procurando contener á su marido, exclamó:

—¡No te asomes!

—¿Por qué, mujer?

—Porque me da el corazon que lo mejor es que no respondas.

En esto volvieron á llamar con más fuerza que al principio.

—¿Lo ves? Si no me asomo echarán la puerta abajo.

—Pues aunque te asomes, no abras. ¿Qué horas son estas de venir á ninguna casa?

—Tienes mucha razon; pero como no sabemos...

—Nada tenemos que saber, sino que vengan mañana de dia y con sol. ¡Buenos están los tiempos para fiarse á estas horas del primero que llame!

Por tercera vez se repitieron los golpes con nueva furia.

Entónces Orellana ya no vaciló en asomarse al balcon y preguntar:

—¿Quién es?

—Soy yo, José, respondió el alcalde.

La noche estaba muy oscura, y por lo tanto, no era posible distinguir más que los bultos de los que estaban en la calle, si bien Orellana conoció por la voz al alcalde, que además de convecino era pariente suyo; de suerte que esta circunstancia contribuyó en gran manera para tranquilizarle.

—¿Qué se ofrece á estas horas? preguntó Orellana.

—Abre, que tenemos que hacerte una pregunta.

—¿Quién está contigo?

—No hay cuidado; es la Guardia civil.

—Voy en seguida.

Y Orellana, en efecto, se dispuso á bajar sin dilacion; pero su acongojada esposa, que habia permanecido en el lecho, le llamó, diciéndole:

—Yo no quisiera que abrieses.

—¿Y qué he de hacer?

—Que vengan de dia.

—Pero ¿no has oido que es mi primo?

—Tambien he oido que la Guardia civil le acompaña.

—Pues por eso mismo no hay cuidado, mujer; y además, es necesario estar bien con la autoridad. ¡Hasta luégo!

La esposa hizo un último esfuerzo para disuadir á su marido de su intento; pero éste, deseoso de complacer al alcalde y á la Guardia civil, bajó inmediatamente á abrir la puerta.

CAPÍTULO II.

LA SORPRESA.

Apénas hubieron entrado el alcalde y los guar-
lias, manifestó aquél á su deudo el motivo de ha-
berle molestado en hora tan intempestiva, á con-
secuencia de la inutilidad de los dos reconocimien-
os que acababan de practicar en la posada y en el
domicilio de la mujer del susodicho desertor de
presidio, Joaquin Orellana y Soria, reclamado por
as autoridades.

El hacendado respondió, que en su casa no se al-
ergaba ninguna persona sospechosa, y que á la
azon no habia allí nadie más que su mujer y la
riada, pues que ni áun el manijero se habia que-
ado aquella noche por ser víspera del dia de la
andelaria, ó sea de la Purificacion de Nuestra
eñora.

Entónces el sargento, con muy corteses modales
apartándose un buen trecho de sus guardias, que
seguian, demandó á Orellana que se sirviese dis-
ensar la molestia que pudiera producirle el des-
ertarle tan á deshora, así como tambien el que re-
strasen su morada, añadiendo:

—Yo reclamo el permiso de usted porque tal es mi deber y su derecho, y cuando además yo estoy muy convencido de que usted dice verdad y que á nadie encontraremos aquí; pero tambien comprenderá usted que conviene que yo cumpla con mis penosas obligaciones de tal forma y manera que, ni por mis jefes, ni áun por los mismos individuos que traigo á mis órdenes, pueda decirse mañana ú otro dia que yo no he practicado todas las diligencias posibles para descubrir el paradero del criminal, cuya captura se me ha confiado.

—Pasen ustedes adelante, registren toda la casa y se convencerán de que aquí no está ese Orellana que ustedes buscan.

En esto bajó con una luz la criada, á quien su amo le habia avisado al salir de su habitacion.

Entónces, el sargento volvióse á su gente, le dió sus órdenes, y colocándose él á la derecha del dueño de la casa, otro guardia se puso á la izquierda, y en esta forma, y precediéndoles la criada con la luz, procedieron á registrar las habitaciones del piso bajo.

El alcalde le seguia acompañado tambien de otros guardias.

Al concluir de registrar la tercera habitacion, el sargento dijo:

—¡Vamos á las cuadras!

Dirigiéronse á éllas, y como viesen allí dos caballos, el sargento preguntó:

—¿De quién son estas bestias?

—Este caballo es mio, y aquél de un cuñado.

A esta sazon, oyóse ruido de gente en la calle, junto á la puerta falsa ó postigo, y entónces un guardia, examinando la cerradura, preguntó:

—¿En dónde tiene usted la llave?

—El manijero cerró esta noche, y él la tendrá, como de costumbre, repuso Orellana.

—¿Y en dónde está el manijero?

—Estará en su casa, porque como mañana es dia de huelga, no duerme aquí esta noche.

Despues registraron minuciosamente los pesebres y todos los rincones y escondrijos de las cuadras, y no habiendo encontrado á nadie, dijo el sargento:

—¡Vamos adelante! ¿En dónde está el pajar?

—Aquí, repuso el interpelado.

Y Orellana los condujo al dicho pajar; y habiendo abierto la puerta, aguardó á que entrasen los guardias; pero éstos le antecogieron, obligándole á que entrase delante, así como tambien al alcalde y á la criada.

Entónces el sargento, echándose la carabina á la cara, exclamó:

—Tiéndete ahí boca abajo, infame, pues nos estás engañando, porque sin duda tú sabes en dónde se oculta Joaquin Orellana.

El infeliz hacendado no tuvo más remedio que obedecer, arrepintiéndose con toda su alma de no haber seguido los prudentes consejos de su esposa.

La misma intimacion hicieron al alcalde y á la

criada, á los cuales ataron fuertemente de piés y manos.

Figúrese el lector la inconcebible sorpresa del buen Orellana en aquel trance, al verse tan mal tratado por la benemérita Guardia civil, en la cual tenian todos la más ilimitada confianza, como amparo, defensa y escudo de los vecinos honrados contra los malhechores, sobre todo, en aquel tiempo y en aquella comarca, en donde sin cesar se repetian los más inauditos atentados.

Así, pues, la Guardia civil era en aquellas circunstancias la garantía más firme de seguridad en las personas y en las propiedades, y, por lo tanto, fácilmente se comprenderán el asombro y el terror que aquella conducta produjo en el alcalde, en el hacendado y en su criada.

Orellana, sin embargo, en medio de su estupor, no dejó de advertir que despues de haber atado á su pariente y á la sirvienta, los guardias permanecieron algunos momentos departiendo en voz baja, hasta que, por último, el jefe de los guardias dirigióse á él dándole un culatazo, y le dijo:

—Levántese usted, mal ciudadano, y ahora verá cómo en seguida parece el Orellana que buscamos. ¡Ande usted para adelante!

Y el sargento y el otro guardia, que hasta entónces siempre le habian llevado en medio, lo asieron cada uno por un brazo, conduciéndolo así á una de las habitaciones de la casa, ha-

biendo dejado en el pajar, á buen recaudo, al alcalde y á la moza.

Cuando ya estuvieron en la dicha habitacion, el sargento dijo:

—Entregue usted aquí todas las llaves de la casa.

Orellana obedeció en silencio, abriendo un cajon de una mesa, de donde las sacó, entregándoselas á los guardias, que se diseminaron por todas las habitaciones para practicar el registro á su gusto, si bien siempre le acompañaban algunos, que le dijeron:

—No mire usted nunca hácia nosotros, si no quiere que le huela la cabeza á pólvora.

Al oir tales amenazas el infeliz Orellana inclinó la cabeza, comprendiendo que se hallaba entre bandidos, por más extraño que aquel atentado le pareciese; y para que no le quedase la más mínima duda, el sargento le preguntó:

—¿En dónde tiene usted el dinero?

—No tengo más que unos veinte duros, que están en la mesa del despacho.

Los guardias abrieron el cajon, los sacaron y quedáronse con éllos.

—¿No tiene usted más dinero? insistió el sargento. Nosotros sabemos de ciencia cierta, que usted tiene en onzas de oro de doce á quince mil duros, que nos las va usted á dar ahora mismo.

—Vienen ustedes muy engañados, respondió Orellana.

—Sabemos muy bien la verdad.

—En otro tiempo sí tenía.

—Y ahora tambien.

—Hace tres años, no negaré que me hallaba desahogado; pero con la escasez de las cosechas todo se ha consumido.

—Todavía queda bastante.

—No, por cierto; pues los pocos ahorros que habia podido reunir, tuve precision de entregarlos para el rescate de un sobrino mio, que fué secuestrado (1).

—Sin embargo, nosotros sabemos de buena tinta que todavía tiene usted muchas onzas mohosas y muchos bienes.

—Es verdad que tengo grano y aceite; pero no las onzas que ustedes me piden.

—¡No sea usted tacaño á costa de su pellejo!

—Pero si no tengo, ¿qué quieren ustedes que diga?

—Tengamos la fiesta en paz, y entregue usted el dinero que se le pide; pues, de lo contrario, no le queda más remedio que morir, sin que lo pueda librar ni el mismo Verbo divino.

—¡Hagan ustedes lo que quieran! exclamó encogiéndose de hombros Orellana, en cuyo acento de resignacion advertíase tambien una tenacidad incontrastable.

Miéntras que los dos que permanecieron custo-

---

(1) El niño José María Crispin Jimenez, cuyo secuestro he referido.

diando á Orellana le amenazaban de muerte, si no les entregaba el dinero, los demás andaban con las llaves abriendo puertas y registrando armarios, mesas, arcas y baules, imaginándose á cada instante descubrir el nido ó dar con *el gato.*

Cuando, ansiosos de abrir un aposento, probaban inútilmente algunas llaves, por no acertar con la de aquella puerta, dirigíanse al preso, colmándole de insultos, amenazándole con las carabinas y diciéndole que le iban á hacer tasajos, porque era un corbato y un infame, que no les habia entregado todas las llaves, y que sólo se complacia en marearlos.

Pero en medio de su furor é impaciencia por registrarlo todo, nunca lograron tropezar con la llave de una alcoba, en que habia unos baules, en uno de los que estaba guardada la cantidad de tres mil reales en medias onzas, circunstancia al parecer insignificante, y que más tarde sirvió para verificar una comprobacion de mucho interés para los diferentes actores de este drama.

De pronto se oyó un grito sordo y ahogado que denunciaba una voz femenina.

Orellana palideció, y espantosamente conovido, clavó susojos desencajados en los que le custodiaban, no obstante la prohibicion aterradora que le habian hecho de no dirigir la vista hácia éllos.

Entónces el sargento, recomendando á los suyos que vigilasen con gran cuidado al prisionero, precipitóse fuera de la estancia.

CAPÍTULO III.

LA PRISION DE ORELLANA.

La esposa de Orellana, si bien permaneció algun tiempo en el lecho, tranquilizada por las seguridades que le habia dado su marido, no dejó de inquietarse al oir el ruido de abrir y cerrar puertas y los pasos de tanta gente.

Bajo esta impresion, levantóse en seguida y comenzó á vestirse, con el intento de observar recatadamente lo que ocurria en la casa; pero en el momento en que se dirigia á la puerta de la alcoba para salir, abrióse aquélla y se presentaron dos guardias, que inmediatamente le intimaron que se echase en la cama boca abajo; y como élla resistiese obedecer, la cogieron bruscamente, arrojándola sobre el lecho, tapándole uno la boca, miéntras que el otro le ataba fuertemente por detrás los brazos.

Es imposible describir la sorpresa y espanto que aquella súbita é inesperada acometida produjo á la infeliz señora, que, temerosa de gritar, prorumpió al fin en prolongados y profundos sollozos.

Entónces uno de los guardias le dijo:

—No chille usted, y responda á lo que se le pregunte.

—¿Y mi marido? preguntó gimiendo la señora.

—Está bueno y sano y nada le sucederá, con tal que usted nos diga la verdad. ¿En dónde tiene usted guardados los dineros?

—Si hay algunos en casa, mi marido lo sabrá.

—No sea usted perrona, y diga en dónde tiene los ojos de buey, si no quiere que le cortemos el pescuezo.

—Yo no manejo más dinero que el que mi marido me entrega para el gasto de la casa.

—Tan culebrona estás tú como tu marido; pero si no cantas pronto y claro, cuando ménos recuerdes te vas á encontrar cosida con un puñal al colchon.

—Yo no sé nada del dinero.

—¿Y de las alhajas?

—Las que tengo están en esos baules.

En ésto entraron otros guardias, y todos juntos, en ménos que se dice, registraron la habitacion y se apoderaron de un retaco, de una canana, de ropas, alhajas y todo cuanto allí habia de valor y fácil trasporte.

Una vez recogidos los dichos objetos, los guardias volvieron con nueva insistencia al tema de que la esposa de Orellana les descubriese, á todo trance, el escondite del dinero; mas la pobre señora persistió en repetir lo que ántes habia manifestado,

esto es, que si algun dinero habia en la casa, élla no lo sabía.

Entre tanto, entraban y salian los guardias, que andaban reconociendo todos los rincones y ámbitos de aquella morada, y á cada cual se le ocurria una cuchufleta, un chiste ó una malicia respecto á la postura en que yacía la desgraciada señora, objeto del escarnio é insolencia de aquellos hombres desalmados.

A los pensamientos más villanos y torpes siguieron bien pronto las palabras más groseras y soeces, hablando de propósitos indignos y de amenazas al decoro y al pudor de la esposa de Orellana, en castigo de su tenaz resistencia á descubrir el escondite del dinero.

Y habiendo manifestado intenciones de propasarse hasta el último extremo de la procacidad y de la violencia, la triste víctima de tan brutales insultos lanzó aquel grito, que obligó al sargento á salir precipitadamente de la habitacion en que se hallaba con el hacendado.

Cuando el sargento llegó á la alcoba de la señora de Orellana y se apercibió de los intentos, broma, chacota y jaleo que los guardias tenian, á propósito de su prisionera, preguntó:

—¿Qué ocurre aquí?

—Que no quiere cantar dónde tiene *el gato*, respondió uno de los guardias.

—Ya cantará el otro pájaro; pero ¿por qué ha gritado esta señora?

—Por nada, á no ser por algunas ocurrencias que han tenido los compañeros.

—¿Qué han hecho?

—Repito que no han hecho nada más que hablar, y solamente hablar de cierto castigo que pensaban darle á esta perrona.

El sargento frunció el ceño, y exclamó:

—¡Eso es una indignidad!

Y observando que la señora de Orellana tenía las piernas descubiertas, y que tal era la causa de las chocarrerías de los guardias, echóle encima una manta, diciendo:

—Con las señoras es necesario tener otros modales y guardarse muy bien de proferir en su presencia palabras groseras y repugnantes, y mucho ménos de dirigirle ninguna clase de insultos.

Luégo, dirigiéndose al ama de la casa, le dijo:

—Señora, hay desgracias que no pueden remediarse, como es la de que usted se encuentre ahí con los brazos amarrados; pero respecto á su vida y á su honor, puede usted estar muy segura de que nadie atentará contra éllos. Tranquilícese, pues, en la firme persuasion de que será por todos respetada.

La actitud del sargento respiraba á la vez la dignidad del mando irresistible y el más profundo é inconcebible desprecio hácia sus sobordinados.

Por su parte los guardias, como si obedeciesen á un impulso superior á su voluntad, quedáronse todos inmóviles y silenciosos por un movimiento si-

multáneo, revelando en su rostro y porte el profundo respeto que les inspiraba su jefe.

Este salió en seguida de la alcoba, y volvióse al aposento en que se hallaba Orellana, para estrecharle con nuevas amenazas á que dijese dónde tenía el dinero.

Durante algunas horas se prolongó esta porfía, así como tambien el registro de la casa por los guardias, hasta que, habiendo sonado las campanas que tocaban á misa de alba, comprendieron que ya era tiempo de poner término á su demanda y sus pesquisas.

Orellana habia permanecido firme y tenaz en su negativa, con la cual exasperó más y más á los guardias.

Entre tanto, la esposa del hacendado, si bien habia permanecido tranquila respecto á los desmanes anunciados al principio, no dejó de estar inquieta y acongojada por la suerte de su marido, del cual nadie volvió á hablarle.

La infeliz señora no acertaba á comprender aquella conducta por parte de la Guardia civil, y de todas maneras, se lamentaba de que su esposo no hubiera seguido sus consejos, rehusando abrir la puerta hasta que no fuese de dia.

Miéntras que tal era el giro de sus tristes reflexiones, oyó entrar en la alcoba á un guardia, que dijo:

—Vámonos, que ya clarea.

Y mirando el reloj y dirigiéndose á la señora,

despues de quitarle los pendientes que tenía puestos, le intimó á que permaneciese todavía un buen rato como estaba, que tuviese mucho cuidado con el pico, y que á nadie en el mundo dijese lo que allí aquella noche habia ocurrido, si queria evitar la muerte de su esposo, al cual se llevaban.

Inmediatamente los guardias se repartieron los diferentes objetos, que ántes habian recogido para portearlos con más facilidad, y se apresuraron á salir de la alcoba, dejando á la esposa de Orellana tendida boca abajo en el lecho, cubierta con una manta y con los brazos atados, segun ya queda referido.

Entónces, el sargento mandó que le echasen encima al prisionero una capa, cubriéndole la cabeza, y que dos guardias, asiéndole cada uno por un brazo, le sacasen por la puerta trasera, cuya llave pareció al fin, por no haberla llevado al manijero.

En la forma indicada lo condujeron hasta el ejido del pueblo, en donde le vendaron los ojos y le pusieron bien la capa, que harto lo habia menester, no sólo porque hacía frio, sino tambien porque Orellana iba casi desnudo.

A poco trecho llegaron á un sitio donde habia algunos hombres custodiando varios caballos, y á la grupa de uno de éllos colocaron al infeliz Orellana.

En seguida, habiendo montado todos los demás á caballo, desaparecieron al trote, escoltando al prisionero.

CAPÍTULO IV.

ASOMBRO Y ALARMA.

Es imposible describir la impresion aterradora que, en el pueblo y en toda la comarca, produjo la prision de don José de Orellana y Gallardo, verificada por la Guardia civil.

En efecto, fácilmente se comprenderá el asombro y alarma que por todas partes difundió este hecho, precisamente en las críticas circunstancias en que los robos, asesinatos y secuestros repetíanse con espantosa frecuencia en Andalucía, y muy particularmente en aquella zona.

Y por más que siempre la benemérita Guardia civil preste su importante servicio con general aplauso de los hacendados y de todas las gentes honradas, es lo cierto, que en aquel período de terrible recordacion, era muy natural y lógico que todos aquellos habitantes cifrasen en tan provechosa institucion la única esperanza de su remedio y la única garantía de la seguridad de sus personas y haciendas.

Pero cuando se difundió por todas partes la no-

ticia del suceso que acabo de narrar; cuando hubo cundido la voz de que tambien secuestraba la Guardia civil, y cuando tales asertos y rumores se confirmaban por el parte oficial del alcalde de Palenciana y por la general aseveracion de los vecinos del pueblo, el asombro y alarma de aquellos habitantes comunicóse tambien á las autoridades, y especialmente á la Guardia civil, que sobremanera se indignó por aquel atentado.

Tal era la situacion cuando llegué á Córdoba, y ya he referido en otro lugar, que el jefe de la Guardia civil de la provincia sólo sabía que los secuestradores de Orellana se habian disfrazado de guardias para llevar á cabo su criminal intento.

Urgía, pues, averiguar á todo trance y en seguida, quiénes fuesen los autores de aquel secuestro tan ruidoso y que tan viva y general impresion habia producido.

Y teniendo en cuenta que ningun secuestro se verifica sin la intencion de explotarlo, á no tratarse de alguna venganza personal, resolví que con las más exquisitas precauciones é inviolable reserva, se espiasen todos los pasos que diese la familia de Orellana para tratar de su rescate con los criminales.

Mi situacion, sin embargo, era muy crítica y enojosa, porque ninguna luz ni auxilio debia esperar de la familia, que confiaba más en sus propias y clandestinas gestiones, que en la proteccion de las autoridades.

Esta reserva por parte de la familia, se aumen-

taba tambien por las amenazas de los secuestradores, que afirmaban darian muerte á Orellana, siempre que á mi conocimiento llegasen aquellos ocultos tratos.

Así, pues, mis deberes me imponian la mision de averiguar quiénes fuesen los autores de aquel atentado, y proceder al mismo tiempo con suma discrecion y sigilo, á fin de no comprometer ó agravar con mi conducta la triste suerte del secuestrado.

La primera dificultad que se presentaba para conseguir mi propósito era la falta de agentes incorruptibles y aptos para el desempeño de aquel difícil encargo; pues sabido es que en España el personal de policía no está convenientemente formado para el cumplimiento de sus árduos deberes, merced á la instabilidad de los funcionarios y al menguado criterio que suele predominar en la provision de toda clase de empleos.

La obstinada negativa de la familia á comunicarme informes ó noticias respecto á las negociaciones que sostenia con los criminales, me obligaba á valerme de los medios más indirectos y disimulados, á fin de sorprender todo cuanto hiciese la mencionada familia, sin que pudiera apercibirse de que se hallaba vigilada constantemente; precaucion tan necesaria como útil para realizar mis intentos, si se tiene en cuenta que el hilo conductor más seguro para guiar con acierto mis investigaciones consistia en saber las personas con quienes

la referida familia concertaba las condiciones para obtener la libertad del secuestrado.

Adoptadas mis numerosas y secretas disposiciones con respecto á la Guardia civil, á los hacendados del contorno y á cuantas personas pudieran ilustrarme con sus informes, debo decir, que fuí tan afortunado en mis pesquisas, que logré importantísimos descubrimientos que no dejaron de causarme la más dolorosa y viva sorpresa, relativamente á los hábiles y encubiertos directores, no ya de aquel atentado, sino de todos los de su especie, que tan frecuentemente se cometian en aquella comarca.

Pero si bien fuí venturoso en mis averiguaciones, tambien debo declarar que tales descubrimientos me llenaron de horror, de asombro, de indignacion y además de inquietud por la suerte del infeliz Orellana; pues desde luégo era fácil conocer, atendidos mis datos, que su vida pendia de un cabello.

Y lo más grave y doloroso para mí era pensar que precisamente yo mismo, anhelando cumplir mis severos deberes, pudiera acelerar el trágico desenlace de aquel terrible drama.

Entónces comprendí perfectamente, no sólo la escrupulosa reserva, sino tambien la cruel ansiedad de la familia de Orellana, la cual, no viendo en mí sino una de tantas autoridades, cuya proteccion en análogas circunstancias habia sido de todo punto ineficaz para las víctimas de los secuestradores, tenía, en efecto, muy fundadas razones para

proveer por sí misma á la salvacion del cautivo.

Hechas las precedentes explicaciones respecto á mi situacion como autoridad, á la justificada inquietud de la familia de Orellana y al inminente y constante peligro que el secuestrado corria en manos de sus verdugos, reanudaré el relato de la prolongada série de sus inconcebibles sufrimientos.

CAPÍTULO V.

LA CUEVA.

Los conductores de Orellana marcharon rápidamente por entre riscos y breñas, como unas dos horas.

Al cabo de este tiempo detúvose la cabalgata, bajaron del caballo al cautivo y lo condujeron á una cueva, siempre con los ojos vendados.

Fácil es figurarse el estado moral y físico del infeliz Orellana, que en aquellos instantes se creia víctima de un prolongado y espantoso ensueño.

Las diversas y terroríficas impresiones de la noche precedente, la horrible ansiedad en que se hallaria su esposa y toda su familia, la incertidumbre de la suerte que le aguardaba, y sobre todo, el indescifrable misterio de verse tratado de aquella manera por la Guardia civil, como él se imaginaba; tantas, tan múltiples, profundas y extrañas emociones habian producido en el secuestrado una situacion de ánimo imposible de pintar, desarrollando en su cerebro una excitacion nerviosa y calenturienta, que únicamente le permitia compren-

der y sentir la realidad, como al trasluz de una horrible fantasmagoría, de una pesadilla sin fin ó de una alucinacion permanente é inexplicable.

Guardias civiles, bandidos, ladrones, secuestradores, asesinos, se presentaban á su mente en revuelta confusion, como las visiones de un delirio, entre las cuales se le aparecia la figura del alcalde tendido en el pajar, amenazado de muerte y maniatado por la misma Guardia civil, á la cual habia prestado su cooperacion, sin duda muy ajeno de que fuesen criminales sus intenciones.

Pero la realidad implacable no le consentia creer que aquellos que ostentaban el uniforme de guardias civiles, fuesen otra cosa que bandidos y secuestradores, y entónces cruzaban por su turbado cerebro ideas siniestras, apoderándose de su corazon, casi á pesar suyo, la más cruel y ofensiva desconfianza respecto á su pariente el alcalde.

Desde luégo me apresuro á declarar, que era tan insensato como injusto atribuir al cuitado alcalde de Palenciana ningun género de complicidad en aquel crímen; pero tambien es fuerza convenir que fácilmente se comprenden y explican aquellas involuntarias y absurdas suposiciones, atendida la situacion excepcional en que se hallaba el prisionero.

Todas estas reflexiones, fundadas unas, insensatas otras, brotaban á manera de torbellino del perturbado espíritu de Orellana, que yacía tendido boca abajo, despues de haberle atado los brazos á las espaldas con un cordel, á la par delgado y

fuerte, llevando los bandidos su cruel precaucion hasta el extremo de sujetarle tambien un pié á la espalda, de suerte que lo dejaron imposibilitado de moverse, y segun gráficamente el mismo interesado, en su relacion escrita y por él firmada que poseo, dice: «Como si fuera una oveja para esquilarla.»

Excusado parece decir, que el prisionero permanecia siempre con los ojos vendados, y que además en la postura indicada, lo cubrieron con la capa, de modo, que más parecia un fardo que persona humana; pero no por esto dejaban de custodiarle dos centinelas.

Muy ajeno hallábase Orellana de imaginar siquiera que por aquellos contornos habia muchos caseríos y cortijos, si bien sus habitantes acostumbrados á ver pasar por allí diariamente á los malhechores, y áun á presenciar algunas veces sus fechorías, es seguro que no le hubieran servido de grande auxilio, por más que le hubiese sido posible demandarles socorro; pues que indiferentes unos, medrosos otros y cómplices no pocos, ántes habrian obedecido las órdenes de los secuestradores, que oponerse abiertamente á la realizacion de sus proyectos.

Aquella comarca era, por decirlo así, la region segura de los bandidos, que tenian allí más amigos, protectores y áun dominio, que las mismas autoridades.

Tampoco pudo apercibirse Orellana de que la pri-

mera intencion de los bandidos no fué conducirle á la cueva en que á la sazon yacía, situada en el cerro llamado de Andrés, sino al cortijo denominado de la Cruz, sito en frente y á corta distancia de la dicha guarida.

Ahora bien; la persona que habia de recibir al prisionero en el susodicho cortijo, vióse imposibilitada de admitirle, á consecuencia de haber llegado la noche anterior un huésped, del cual á todo trance queria recatarse.

Tal fué la causa de que el secuestrado pasase aquel dia en la mencionada cueva.

Entre tanto, el malaventurado cautivo, presa de sus terribles y sombrías imaginaciones, apénas habia advertido la causa del malestar físico, que se añadia á sus padecimientos morales.

En efecto, además de sus fuertes ligaduras y de su posicion insoportable, le molestaba extraordinariamente un punzante pedrusco que tenía debajo, sirviéndole de almohada, y áun cuando ya varias veces habia intentado moverse para variar de postura y librarse de aquel martirio, sus guardas le amenazaban de muerte al menor movimiento que hacía; pero ya el dolor fué tanto, que rompiendo el silencio exclamó:

—¡Por Dios y por la Vírgen Santísima! Dejadme que levante un poco la cabeza, porque ya no puedo aguantar más el dolor que me causa este pedrusco.

—De poco te quejas, berrugo, para lo que te

aguarda, respondió impasible uno de los bandidos.

—Anda, déjalo que se ponga como quiera; pero si se destapa, lo degollaremos como á un borrego, dijo el otro.

El infeliz cautivo, que desde que fué sorprendido en su casa, no habia escuchado más que insultos, improperios y amenazas de muerte á cada palabra que intentaba proferir, tuvo á gran dicha, por insignificante que pareciese, el obtener aquel favor inesperado.

Pero los sufrimientos de Orellana se aumentaban á cada instante, supuesto que las horas trascurrian y nadie le hablaba de tomar alimento, ni tampoco agua, que era lo que más apetecia, atendido el estodo de febril excitacion en que se hallaba.

Grande era, sin duda, la molestia que le producian sus apretadas ligaduras, paralizando la circulacion de la sangre y entumeciendo todos sus miembros; pero aquel tormento era para el cautivo poco ménos que insignificante, comparado con el malestar creciente y el martirio insufrible que le causaba su sed abrasadora.

Así pasó todo aquel dia, que al infeliz Orellana le pareció una eternidad, hasta que al llegar la noche, se presentaron varios hombres á caballo junto á la cueva, y despues de cambiar algunas palabras en voz baja y misteriosa con los que le habian custodiado, éstos apresurarónse á desatarle, diciéndole:

—¡Arriba, que tenemos mucho que andar!

El secuestrado apénas podia sostenerse, y aunque extendió con delicia sus músculos y miembros engarrotados, le habria sido imposible de todo punto caminar por su pié, si los dos bandidos, despues de asegurarse de que tenía bien puestos los pañuelos que le vendaban los ojos, no lo hubieran acercado y subido á la zaga de un caballo y en compañía de un jinete.

Pocos momentos despues, la silenciosa cabalgata de los bandidos se perdió entre las primeras sombras de la noche.

CAPÍTULO VI.

LA CHOZA Y LA POSADA.

Durante largo, rato el cautivo sólo podia oir las pisadas de los caballos, los ladridos de los perros en los caseríos del contorno, y de vez en cuando, alguna que otra frase que circulaba entre los bandidos, como un aviso de precaucion ó un grito de alerta.

Los secuestradores, en tanto que el terreno lo permitia, caminaban apareados, y con ojo avizor y oido atento, esforzábanse por prevenir cualquiera peligroso accidente.

Orellana habia podido comprender, que al partir de la cueva, una pareja adelantóse al galope, y seguramente acertó en sus conjeturas al imaginarse que aquellos jinetes se anticipaban para explorar el terreno y avisar á sus compañeros de cualquiera dificultad ó riesgo, que pudiera oponerse á su marcha.

Es inconcebible hasta qué punto la esperanza, en las situaciones dramáticas de la vida, tiene profundas raíces en el alma humana, que con arte ó sagacidad maravillosa suele acomodar á sus deseos hasta los incidentes más insignificantes.

Así le sucedió al prisionero, que al observar aquella maniobra, y habiendo oido que uno de los jinetes delanteros habia vuelto rápidamente y cambiado algunas palabras con los demás bandidos, supuso que algun inminente riesgo les amenazaba, y como un peligro para los secuestradores, pudiera fácilmente convertirse en una esperanza de salvacion para el secuestrado, éste aferróse con indecible tenacidad á tan halagüeño y consolador pensamiento.

Así, pues, Orellana, pensando en los pasos que habria dado su familia y en las disposiciones que hubieran podido adoptar las autoridades, creia á cada momento que acudirian en su auxilio los perseguidores de los bandidos, y no obstante el abatido estado en que físicamente se encontraba, le sonreia la esperanza de salvarse de cualquier modo, una vez llegado el instante de la lucha y de la confusion consiguiente, supuesto que se veia suelto de ligaduras y que él mismo podria quitarse los pañuelos que le vendaban los ojos.

¡Ilusiones tan engañosas como naturales en el hombre que se encuentra en situaciones semejantes!

En efecto, el pobre cautivo no podia sospechar que aquellas precauciones, paradas y avisos de sus verdugos podian referirse, no precisamente al temor de que los persiguiesen, sino tambien al mejor medio de salvar su presa, y que tales precauciones eran las que de ordinario suelen adoptarse por los bandidos en análogos casos, para evitar pe-

ligros inesperados y no dejar rastro de su tránsito, ni de su crímen.

La rapidez de la marcha, el trote de los caballos, la multiplicidad de las impresiones recibidas, el influjo misterioso de la noche, la concentracion imaginativa que en el espíritu produce la ceguera natural ó artificial, la incertidumbre, la falta de alimento, el cansancio, la sed y la fiebre, producian en el prisionero una existencia fantástica, delirante, vertiginosa; pero soberanamente enérgica, así para aumentar sus padecimientos y temores, como sus fuerzas y sus esperanzas.

Ya habrian caminado como unas dos horas, cuando el infeliz Orellana conoció que iban descendiendo y muy pronto llegó á su oido el grato murmullo de la corriente de un arroyo, sensacion á la par deliciosa é insoportable, que se prolongó para el prisionero, á causa de haberse detenido la cabalgata á la orilla, cuya circunstancia le obligó á olvidar todo miramiento y peligro; pues que obedeciendo al irresistible impulso de la naturaleza gritó:

—¡Dadme por Dios un poquito de agua!

Esta peticion y el aire insensato y voz desentonada con que el prisionero la hizo, produjo una explosion de hilaridad, por parte de los bandidos.

—El agua cria ranas, dijo uno.

—¿Cómo tienes sed sin haber comido? preguntó un segundo.

—Mejor será que comas algo, díjole otro, dándole un poco de pan y algunos higos.

Orellana guardóse en el bolsillo estos frugales manjares, manifestando que no tenía gana de comer, sino de agua.

Entónces le bajaron del caballo, y aproximándolo á la corriente, bebió con la mano, encontrando singular é indecible consuelo en la satisfaccion de su sed abrasadora.

Pero el descanso fué muy breve, porque en seguida volvieron á subirle á caballo y continuaron por cañadas y cerros su marcha, que se prolongó hasta poco ántes de amanecer, á cuya hora se detuvieron ante el nuevo albergue que destinaban al secuestrado.

En seguida echaron todos pié á tierra, bajaron á Orellana de su cabalgadura y lo entraron en aquella solitaria mansion, envuelto en su capa.

Su curiosidad por saber el sitio en que se hallaba era tan grande, que no pudo resistir á la tentacion de aflojarse los pañuelos que le vendaban los ojos, lo cual pudo verificar en tanto que los bandidos reataban los caballos para llevárselos de allí, como lo habian hecho el dia anterior cuando llegaron á la cueva, y de igual modo se alejaron todos los bandidos ménos dos, que permanecieron para custodiar al preso.

Este, pues, habia podido apercibirse de que se encontraba en una choza, en cuyo suelo habia una gran capa de paja.

Cuando los centinelas entraron en la choza, lo primero que hicieron, fue reconocer los pañuelos

que cubrian los ojos al secuestrado, y como observasen que no los tenía bien vendados, le amenazaron de muerte, y entónces atáronle fuertemente las manos.

Así pasaron todo el dia guardianes y prisionero, envueltos en la paja, que les sirvió de abrigo.

Ya casi anochecido lo desataron, dándole un poco de pan y queso para que comiese, de lo cual tal vez Orellana se hubiese abstenido, si hubiera previsto que no habian de darle agua.

Cuando hubo cerrado la noche, presentáronse los bandidos de nuevo con los caballos, y en uno de ellos subieron á Orellana en la forma de costumbre, emprendiendo su marcha, que sólo interrumpieron al cabo de unas seis horas, para hablar con algunas personas que les salieron al camino, las cuales, sin duda, eran cómplices que les llevaban avisos, noticias ó instrucciones.

Despues de esta misteriosa entrevista, los bandidos prosiguieron la jornada, hasta que, faltando ya poco para el amanecer, llegaron á una casa ó posada, en donde anunciaron que necesitaban una habitacion para una persona que iba gravemente enferma.

Entre tanto, uno de los bandidos le cubrio á Orellana la cabeza con la esclavina de la capa en forma *de capirote*, entrándolo así en *la posada*.

Una hora despues acercóse al cautivo un hombre, el cual le quitó los pañuelos.

Orellana tuvo que hacer un grandísimo esfuerzo para no exhalar un grito de sorpresa.

En el recien llegado acababa de reconocer al que hizo de sargento de los guardias civiles en Palenciana.

—Cuidado con mirar atrás, sino hácia adelante, le dijo en voz muy baja. ¿Ves ese camarote?

Y el sargento señaló á una habitacion alta, que parecia un palomar.

—Sí la veo, respondió el cautivo.

—Pues ahí, ha muerto un berrugo como tú, no porque nosotros le matásemos, sino porque se empeñó en no soltar la mosca, y ahí lo mataron unas calenturas intermitentes.

—Yo no tengo...

—¡Bribon! Lo que tú tienes es más amor al dinero que á la vida; pues si nos hubieras dado los miles de duros que guardas en tu casa, no te verias en tal trance; pero tú los darás, camastron, y si no, ahí morirás como un perro.

Y así diciendo, se marchó dejando á Orellana en el aposento indicado.

Allí permaneció durante tres dias bajo la vigilancia constante de los bandidos, que lo maltrataron en extremo, dirigiéndole crueles amenazas, dándole muy escaso alimento y sin proveerle de cama ni abrigo; de suerte que atendido el rigor de la estacion y que el prisionero se hallaba casi desnudo, sin más defensa que la capa, fácilmente se comprenderán sus padecimientos, pues segun la propia expresion de Orellana, «pensó morirse de hambre, sed y frio.»

CAPITULO VII.

LA CARTA.

Llegada la noche del tercer dia, sacáronle de su guarida los bandidos, subiéronle á la zaga del jinete que ántes le habia acompañado, y en la misma forma que en las noches anteriores, emprendieron su marcha.

Corria un aire glacial; densas nubes oscurecian el cielo, y las tinieblas eran tan negras, que aquellos hombres desalmados y tan conocedores del terreno, apénas podian orientarse para saber por dónde caminaban.

Muy pronto la lluvia empezó á caer á torrentes, el huracan aumentaba su furia, los caballos se arremolinaban indóciles á la espuela y rehusando seguir su marcha, y los bandidos, vivamente contrariados por el obstáculo que hasta la misma naturaleza oponia á sus criminales designios, prorumpian en horrorosas blasfemias é imprecaciones.

La violencia del viento desatentaba á los hombres y á las bestias; pero al fin y al cabo, los bandidos llevaban sombreros con barbuquejo, é iban

más libres y mejor preparados contra la ventisca, en tanto que el infeliz Orellana, en mangas de camisa, las piernas al aire, sin sombrero, vendados los ojos, con la capa caida á impulsos del vendabal, y traspasado de frio, veíase en la imperiosa necesidad de asirse fuertemente al jinete, para poder sostenerse sobre el caballo.

Esta vigorosa presion del cautivo molestaba en gran manera á su acompañante, el cual, de vez en cuando, solia descargar fuertes puñetazos sobre las manos de Orellana, que á cada instante, careciendo de aquel apoyo, estaba próximo á desplomarse en tierra.

Pero cuando el peligro de caer crecia, el prisionero, por un movimiento instintivo é irresistible, se aferraba al bandido, que, iracundo y rabioso, echaba pestes y venablos, asestándole nuevas y más vigorosas puñadas.

Con tantas incomodidades y con tan porfiada é insostenible lucha, habrian caminado como unas dos horas, cuando el jinete que acompañaba al prisionero, ya fuera de sí, con fiero enojo, exclamó:

—¡Por vida de Dios padre, que ya no aguanto más!

—¿Y qué quiere usted que haga? respondió el cautivo.

—Que no te agarres á mí.

—Entónces de fijo caeré á tierra.

—Pues con mil demonios de á caballo que car-

guen contigo, te agarras ahora mismo á la cola, y así te calentarás un poco, dejándome libre de tus garras.

El bandido detuvo á su caballo y obligó violentamente á Orellana á que al punto echase pié á tierra.

Asido á la cola del animal, el infeliz cautivo dió comienzo á su penosa marcha; pero como llevaba los ojos vendados, á cada momento tropezaba ó caia, de modo, que el bandido tenía que aguardarlo para que se levantase y á tientas recobrase otra vez la cola del caballo.

Como era natural, en aquellas críticas y dolorosas circunstancias, el prisionero intentó quitarse los pañuelos que le vendaban los ojos; pero el bandido, amenazándole con matarle de un tiro en el acto, se opuso tenazmente á ello.

Entónces, viendo que caminando de aquel modo adelantaban muy poco, por las frecuentes detenciones que ocasionaban las caidas del cautivo, que á veces, durante largo trecho, iba á la rastra, temeroso de que al soltar la cola pudiera despeñarse, otro de los bandidos, dirigiéndose á su impaciente y enojado compañero, le dijo:

—Oye, tú, *Vaca-rabiosa*, ¿no conoces que ese hombre no puede caminar así, sin correr peligro de matarse?

—Pues que se mate.

—Para llevarlo á él, montas el mejor caballo.

—Pero es que montado se aferra á mí, de modo

que no puedo valerme, y nos vamos á matar los dos.

—Vaya, hombre, súbelo, y si no, es mejor pegarle un tiro, que llevarlo de esa manera.

—Maldita sea su camastronería, que por su causa, vamos á reventar todos esta noche.

Despues de un diálogo abundante en imprecaciones contra el malaventurado prisionero, y teniendo en cuenta que siguiendo la marcha de aquel modo, la noche les vendria corta para su jornada, decidieron subirle de nuevo, y así continuaron su camino, azotados por la lluvia y el aire, que cada vez más arreciaban su horrorosa violencia.

Por último, entre una y dos de la noche, llegaron á un cortijo, en donde hicieron una grande hoguera para secarse, pues todos iban calados.

Durante lago rato, la conversacion giró sobre el aguacero y ventisca de aquella noche, y de los trabajos que habian pasado para conducir al cautivo, el cual permanecia en un rincon, envuelto en su capa, con los ojos vendados y gozando con delicia del agradable calor de la lumbre.

Las rojas llamas de la hoguera comunicaban con sus oscilaciones un tinte movible y sangriento y una expresion ferozmente fantástica á los curtidos rostros de los bandoleros, que, ante todo, se ocupaban de secar y recorrer sus armas, lanzando improperios contra el infeliz Orellana, á quien todos consideraban como el causante de tantas fatigas y penalidades.

Entre tanto, el cautivo permanecia silencioso, abatido y lleno de terror, no sólo por aquellas terribles y feroces amenazas, sino tambien por la cruel incertidumbre de la suerte que le aguardaba.

—No he visto en mi vida un aguacero y un airazo como el de esta noche, dijo uno de los bandidos.

—Yo vengo calado hasta los huesos, replicó otro.

—Pues yo, además de todo eso, traigo los riñones partidos y las costillas majadas, porque este perro viejo se me abrazaba, como si yo fuera un marmolillo, terció el jinete acompañante del secuestrado.

—Ahora que ya lo tenemos aquí asegurado, las pagará todas juntas, si no suelta los dineros, añadió con acento imperativo el que parecia jefe de la cuadrilla.

—Allá veremos si este tio quiere mejor sus cuartos que su pellejo, porque tengo para mí que es un cazurro, que será menester matarlo, dijo su acompañante, que desde el principio habia demostrado más fiereza para con Orellana y más desconfianza de que éste pagase su rescate.

—Pues morirá, y así nos quitaremos de cuidados, respondieron todos en coro.

—Ese ha de ser el fin de fiesta; pues desde ántes que cayera en nuestras manos estoy yo escamado con este zorro, á quien no habrá más remedio que

desollarlo vivo, dijo uno de los más viejos.

— Pues pagará con la piel, repuso el más fiero.

— Bien dije yo, que éste era mal negocio desde que ví la zorra, respondió el viejo. En toda la noche, al ver lo que nos hacía pasar ese tuno, se me ha quitado de la imaginacion la zorra del cementerio, y ya vereis cómo esos que llaman agüeros, salen más fijos que el sol.

Los bandidos, al oir estas palabras, parecieron muy contrariados, por más que en sus rostros pudiera leerse la expresion de la más completa conformidad ó asentimiento.

Excusado parece decir que el prisionero en ningun modo pudo comprender el sentido de aquella alusion á la raposa, y que fácilmente se comprenderá, cuando se refieran los precedentes y preparativos de este secuestro.

Ya bien entrada la mañana, lo subieron á un aposento, al que conducia una escalera que terminaba en la misma puerta de la habitacion, en la cual se veian dos miserables lechos.

Allí dejaron á Orellana, no sin ponerle ántes un par de grillos, de manera que el prisionero no podia moverse sin que sus centinelas se apercibiesen, aunque no estuvieran á la vista.

Cuando lo dejaron en la estancia, y creyendo estar solo, bajóse un poco los pañuelos, y vió que el aposento tenía una ventana, ocurriéndosele entónces el buscar el medio de poner algunas señales, que más tarde pudieran servir de norte ó guía para

averiguar el sitio donde lo habian tenido, si lograba escapar de aquel trance.

Desgraciadamente, Orellana, deseoso de inspeccionar su mansion, no advirtió que los bandidos estaban sentados en los escalones inmediatos á la puerta, de suerte, que á la vez podian vigilar al preso y ver lo que pasaba abajo.

Así, pues, cuando súbitamente entraron sin dar tiempo al cautivo para que se colocase bien los pañuelos, y observaron que se los habia bajado, enfureciéronse de tal manera, que quisieron darle muerte; le ataron los brazos y las manos por detrás, y lo pusieron boca abajo, despues de haberle dado muchos y tremendos golpes.

En esta forma le tuvieron largas horas, reconviniéndole con enojo y aspereza crecientes por su avaricia, que era la causa de que él se viese en tan lamentable estado, anunciándole que cada vez lo tratarian peor, si cuanto ántes no entregaba la suma que le pedian.

Llegada la noche, presentáronse en la estancia los demás compañeros y le desataron, para obligarle á que escribiese una carta á su familia, á lo que desde luégo Orellana contestó:

—No puedo escribir.

—¿Conque ni escribir sabes siquiera? le preguntó airado el bandido que llevaba la voz.

—Sí; pero no puedo.

—¿Por qué?

—Porque del agua y del frio de anoche, y de las

fuertes ligaduras y golpes de hoy, tengo la mano derecha imposibilitada para escribir.

Miráronse los bandidos unos á otros con iracunda sorpresa.

—Pues tú escribirás, aunque sea con la mano zurda, replicó el jefe.

Orellana, dotado de carácter muy tenaz, encogióse de hombros, guardó silencio y opuso la resistencia de la inercia, la más poderosa de las fuerzas humanas; pero tambien la que podia exacerbar hasta el último extremo, la terrible cólera de los bandidos.

Entónces, con los puños crispados, *Vaca-rabiosa* se acercó tanto á su víctima que la abrasaba con su aliento, y con voz reconcentrada por la ira, le dijo:

—¿Conque no escribirás, eh?

—Repito que no puedo, porque...

El bandido no le dejó acabar, descargándole tales puñetazos, que Orellana cayó al suelo, en donde lo patearon de manera, que el infeliz creyó que habia llegado el último instante de su vida.

Orellana, sin embargo, se resistia con indecible terquedad á escribir; pero al fin y al cabo, cedió á los golpes y amenazas de sus verdugos.

Y habiéndolo levantado, le desvendaron los ojos, obligándole á sentarse en una silla junto á una mesa, en donde habian puesto una luz y recado de escribir, previniéndole que en ningun modo mirase más que al papel.

El jefe comenzó á dictar, y el secuestrado á escribir como mejor pudo; pero cuando escuchó la exigencia de que su familia mandase veinte mil duros, si queria salvarle la vida...

—Eso es imposible, exclamó el secuestrado. ¿Cómo quieren ustedes que mi familia entregue esa cantidad, si no la tiene?

—Pues que la busque.

—Á ustedes los han engáñado, porque yo no tengo dinero.

—Tu familia será tan ruin como tú; pero no te engañes, que con tu pellejo pagarás, sin que te salve ni el manto de la Vírgen María.

—Mi familia dará lo que encuentre ó pueda reunir pidiéndolo; pero tan fuerte cantidad es imposible, y si ustedes piensan acabar conmigo si no la mandan, desde luégo pueden matarme, porque de fijo no puede reunirla.

—¡Qué perro es! murmuró el que le dictaba, como hablando consigo mismo.

Y luégo, en voz alta, añadió:

—Pues bien; calla y escribe.

Orellana guardó silencio, limitándose á repetir, despues de escrita, la última palabra dictada.

Concluida la carta volvieron á vendarle los ojos, levantáronlo, y dándole un fuerte empellon fué á caer sobre la cama.

—Cuidado con los pañuelos, pues si te los quitas, te vamos á saltar los ojos, dijo el jefe.

Los bandidos salieron de la estancia llevándose

la luz, pero dejando dos guardas de vista, á los cuales el jefe dijo:

—Esto es menester que acabe pronto, bien ó mal, conforme sea la contestacion que dé la familia á la carta.

—Pues entónces, ántes de ocho dias estaremos al cabo de la calle, respondió uno de los centinelas.

—Y en caso de que la familia se resista, ¿qué hacemos? preguntó el otro guardian.

—Es muy sencillo. Cuando esté durmiendo... ¿estamos?

—Comprendido.

Y el jefe y los demás bandidos bajaron la escalera.

Por más que este rapidísimo diálogo tuvo lugar junto á la puerta del aposento, y en voz muy baja, no lo fué tanto, que el prisionero no pudiese oirlo, produciendo en él la terrible incertidumbre y la constante angustia que fácilmente adivinará el lector, teniendo en cuenta la imposibilidad de que la familia reuniese la suma pedida y los numerosos ejemplos de asesinatos cometidos, cuando los malhechores no percibian á su gusto el precio del rescate.

Así, pues, Orellana, revolviendo en su perturbado cerebro todas estas sombrías consideraciones, perdió desde aquella noche la esperanza y el reposo, agravándose su triste situacion de modo que ni siquiera podia disfrutar el consuelo bienhechor del sueño, sin abrigar el

fundado temor de perecer á puñaladas ó de un tiro.

Tan cruel y prolongada inquietud constituia para el infeliz prisionero un martirio insoportable, y semejante al de un condenado á muerte, que se encuentra en la capilla.

CAPÍTULO VIII.

EXPLICACIONES.

Excusado parece decir, que Orellana sólo podia saber lo que presenciaba; pero en ninguna manera los antecedentes y preparativos que habian mediado para su cautiverio.

Voy, pues, á satisfacer este natural deseo de los lectores, refiriendo lo que ocurrió y cuyas averiguaciones me costaron ímprobo trabajo y perseverancia incansable.

Ya he indicado, que hice importantes descubrimientos relativamente á los encubiertos directores de los numerosos atentados y secuestros, que por aquel tiempo y en aquella zona se cometian.

Es imposible formarse una idea, siquiera aproximada, de la prevision, habilidad, astucia y abundancia inconcebible de medios que los secuestradores empleaban para realizar sus planes, llegando á contar con muchos cómplices insospechables, algunos de ellos pertenecientes á la curia, miéntras que otros eran personas más ó ménos acomodadas é influyentes, que por sus relaciones sociales tenian

buena reputacion y áun prestigio en las respectivas localidades; influjo y relaciones que malamente ejercian, no sólo en favor de los criminales presos, sino tambien para facilitar á los que estaban libres, informes, auxilios y medios necesarios ó convenientes á la ejecucion de los atentados que proyectaban.

No era el uso de la fuerza bruta lo que únicamente podia llamar la atencion de las autoridades ilustradas y celosas en el cumplimiento de sus deberes, sino el espíritu de combinacion en sus proyectos y actos criminales, en los que campeaban más la prevision y la astucia, que la fuerza y la violencia, de las cuales se valian en último término y solamente lo indispensable para la mera ejecucion de sus planes.

Así es que en muchas ocasiones contaban hasta con el concurso consciente ó inconsciente de algunas autoridades locales; con abogados que los aconsejaban y defendian; con escribanos que los proveian de documentos para probar debidamente coartadas; con personas tenidas por decentes, que desempeñaban con fidelidad, y acaso sin comprender el objeto, sus intencionadas comisiones; con guardas de campo que desempeñaban admirablemente su papel de espías, y por último, con asalariados confidentes que, bajo la capa de hombres de bien, presentábanse á la Guardia civil para denunciarles que, en dia y sitio determinados, habia de intentarse un hecho criminal, cuando su verda-

dero propósito era distraer á los civiles, para dar, entre tanto, el golpe seguro en otra parte.

Y por más doloroso que sea decirlo, no deberé ocultar que aquella mala gente, bajo muchos conceptos y merced á sus peregrinos y poderosos medios, dominaban é influian en aquella region aún más que los mismos agentes del Gobierno.

Tambien pude apercibirme, siguiendo atentamente la série de los atentados y secuestros cometidos, de que aquella asociacion de criminales procedia, no sólo con gran disciplina y concierto, sino que tambien procedia en la realizacion de sus propósitos con sobrada pertinacia, explotando hábilmente los rencores de las familias, averiguando las interioridades de las casas ricas y seduciendo para sus fines criados y dependientes, así domésticos como del campo.

Todos estos actos revelaban un centro, una organizacion y numerosas relaciones y agentes en diversos puntos y capitales.

Pero concretándome ahora á los antecedentes y preparativos de Orellana, debo decir que aquella mala gente llegó hasta el extremo de pensar en vestir de guardias civiles algunos de los suyos, á fin de facilitarse la entrada en todas partes y á cualquier hora, fingiendo á su gusto autos de prision, comunicaciones para los alcaldes y otras lindezas por el estilo, con cuyos preparativos se proponian realizar muchos é importantísimos secuestros de personas acomodadas, á las cuales ya tenian pues-

tos los *espartos*, expresion técnica que indica en el lenguaje de los bandidos que todo está averiguado y dispuesto, y que sólo falta dar el golpe.

Para realizar este propósito, los secuestradores encargaron á un tal Figueredo, residente en Málaga, que preparase los uniformes, correaje y armamento.

Los bandidos, además, necesitaban la instruccion suficiente para desempeñar su papel de guardias civiles, y con este objeto buscaron á una persona que, áun cuando habia sido clase en aquel Cuerpo, se habia pervertido despues y llevaba muy mala vida.

Comprometióse dicho sujeto á satisfacer el deseo de los bandidos; pero reflexionando luégo los inconvenientes y peligros de la mision que se le habia confiado, arrepintióse de su ligereza y se negó rotundamente á desempeñarla.

Viéndose los criminales contrariados con esta negativa, recurrieron á otro sujeto que habia sido militar, que se hallaba fugitivo y en situacion muy precaria, y á quien habian conocido en Granada *Malas-patas* y *Cucarrete*, ó *el Cuco*, servidores del *Niño* de Benamejí, los cuales se deshacian en elogios del citado sujeto, afirmando que era un hombre de grande capacidad, valor y despejo, y por lo tanto, utilísimo para el caso.

Con tales antecedentes, los directores del negocio encargaron á los dichos bandidos que fuesen inmediatamente á Granada y procurasen á todo trance

atraer á sus miras al capitan *Garibaldino*, como éllos le llamaban.

Los emisarios consiguieron fácilmente su objeto, felicitándose de su hallazgo, con tanto mayor motivo, cuanto que el *Garibaldino*, además de otras dotes, reunia la circunstancia de haber sido sargento de la Guardia civil.

Y habiendo resuelto ya el llevar á cabo en primer término el secuestro de Orellana, una vez convenidos con el *Garibaldino* en que haria de jefe de la fingida guardia, se concertaron con él para reunirse con los demás en la Venta Vieja, situada cerca de Archidona.

El *Garibaldino* acudió puntualmente á la cita; pero no sucedió lo mismo con todos los demás que debian concurrir, puesto que algunos de éllos fueron detenidos en el camino por la verdadera Guardia civil, á consecuencia de haber dado moneda falsa en un ventorro.

Condujéronlos á Málaga presos, y este contratiempo impidió que por entónces se diese el golpe concertado, si bien la dilacion no fué de muchos dias, porque los acusados, favorecidos por gente curial y hasta por los mismos calaboceros, encontraron modo y coyuntura de ponerse de acuerdo para cargarle toda la culpa á uno solo, si bien éste consintió en ello, á condicion de salir bien de la causa y recibir la parte que le tocase del secuestro, como si personalmente asistiese.

Este convenio produjo la libertad de los otros de-

tenidos, que inmediatamente marcharon á reunirse en la citada Venta Vieja con sus demás compañeros, los cuales habian conducido sin tropiezo los uniformes, correaje y armamento.

El *Garibaldino*, en efecto, como ya en otro lugar he indicado, era un hombre extraordinario, un tipo singular y cuyo porte verdaderamente formaba deplorable contraste con el resto de aquella mala compañía.

Durante su forzada permanencia en aquellos lugares supo captarse, no sólo el respeto de los bandidos, sino tambien la simpatía y admiracion de la gente del contorno, pues que hacía frecuentes excursiones á los cortijos inmediatos, en donde se presentaba como un extranjero, que chapurraba el castellano y que iba estudiando las costumbres de nuestro país, prodigando recetas para los enfermos, sacando muelas y contando maravillas de las tierras lejanas que habia recorrido.

Reunidos ya todos los que habian de disfrazarse de guardias civiles, el *Garibaldino*, por su capacidad, carácter y valor, sin esfuerzo alguno, se impuso á aquella gente como su jefe natural y verdadero.

Instruyólos en el manejo del arma, en vestirse el uniforme, y despues de hacerles todas las advertencias convenientes para que afectasen porte marcial, abandonaron la Venta y dirigiéronse á Palenciana, á cuyas inmediaciones llegaron por la noche, procurando esquivar todo encuentro peligroso, y par-

ticularmente con los verdaderos guardias civiles.

Es de advertir, que el secuestro de Orellana debió verificarse un dia ántes; pero al aproximarse al pueblo, pasando junto al cementerio, vieron saltar por las tapias una zorra, la cual lanzó una especie de gañido prolongado y lúgubre, que heló la sangre en las venas á todos los bandidos, ménos á su jefe.

Todos se detuvieron, permaneciendo silenciosos é inmóviles, como si hubiesen echado raíces en el suelo.

Al fin uno de ellos rompió el silencio, repitiendo el sabido refran:

—«Zorra á principio de cazadero, es siempre de mal agüero.»

—Esa es la fija, dijo otro.

—Tienes razon, murmuraron todos.

—¿Qué es eso? preguntó el jefe, sorprendido de aquella detencion tan súbita y que él no habia ordenado.

—Es que... esta noche... en fin, que todo saldrá mal, dijo el más resuelto de los bandidos.

—Por fuerza, repitieron los demás.

—¿Pero, estais locos? ¿Qué formalidad es ésta? preguntó estupefacto el *Garibaldino*.

—Se conoce que usted no ha visto ni ha oido....

—He visto saltar y gañir una zorra, junto á esas tapias, replicó el jefe con acento desdeñoso.

—¡Son las tapias del cementerio! exclamó uno de los bandidos.

—¿Y qué importa eso? insistió el jefe.

—Pues no es nada lo del ojo. Lo que es yo no voy, aunque me hagan pedazos.

—Ni yo tampoco.

—Ni yo.

Y todos los bandidos fueron sucesivamente manifestando su negativa á dar el golpe aquella noche, con tal resolucion, que el *Garibaldino*, por más que interiormente se burlaba de aquellos hombres tan supersticiosos, no creyó prudente contrariar sus preocupaciones, temiendo que si por acaso el lance fracasaba, le atribuyesen la culpa, y considerando además, que para toda empresa peligrosa conviene que los que hayan de acometerla vayan de buen ánimo y con fé inquebrantable en el éxito.

—¿Y qué vamos á hacer? preguntó el *Garibaldino*, despues de algunos momentos de reflexion.

—Ocultarnos por ahí en sitio seguro y dejar el negocio para mañana, avisando á los demás que traen los caballos.

—¿Pero... y si mañana encontramos otra zorra? preguntó con aire burlon el *Garibaldino*.

Los bandidos guardaron profundo silencio.

El *Garibaldino*, comprendiendo la situacion y resignándose con élla, añadió:

—Pues bien, vosotros que sois prácticos en el terreno, decidireis dónde hemos de ocultarnos hasta mañana en la noche.

—Hay sitios de sobra.

—Pero debeis tener en cuenta, que con el uni-

forme, no es conveniente llegarnos á ningun caserío, en donde pudieran conoceros, y entónces sí que todo fracasaria con mas seguridad, que si divisásemos cien zorras.

—Nadie podrá vernos en el escondrijo en que hemos de estar, ántes bien desde allí atisbaremos todo cuanto convenga.

Y en seguida se pusieron en marcha y no tardaron en llegar á una cueva, situada en un cerro, en la cual se instalaron.

En efecto, desde dicha cueva se descubria perfectamente el camino que pasa al pié del cerro, y por cierto que al dia siguiente vieron cruzar una pareja de la verdadera Guardia civil.

Es inexplicable el odio que los malhechores profesan á este instituto, rencor que puede llegar al extremo de apartarlos de su objeto principal, sacrificando hasta su lucro á su ojeriza.

Así, pues, tan luégo como los bandidos atisbaron á los civiles, concibieron el proyecto de salirles al encuentro, y á favor del uniforme, aproximarse á éllos y darles muerte.

Pero el *Garibaldino* los contuvo, no sin grandes esfuerzos, demostrándoles que por satisfacer su inmotivado encono en aquel caso, tendrian que renunciar forzosamente á dar el proyectado golpe.

Sin embargo, el conocido por el *Bando* y tambien por el apodo de *Vaca-rabiosa*, que se hallaba entre éllos, insistió con indecible tenacidad en hacerles fuego y hasta tuvo apuntada con su carabina á la

pareja, la cual, inspeccionando minuciosamente aquellos contornos, tan frecuentados por criminales, vino á pararse por casualidad frente por frente de la mencionada cueva.

Fué, pues, necesario para impedir el descabellado y odioso intento de *Vaca-rabiosa*, no sólo el que terminantemente se lo prohibiese el *Garibaldino*, sino el que le sujetasen los demás compañeros, ya convencidos por las razones del jefe, y sería muy difícil afirmar lo que habria resultado de aquella sorda y terca lucha, si en aquel mismo instante no hubiesen aparecido algunos arrieros.

Esta circunstancia impidió que el feroz bandido hiciese fuego contra la pareja, la cual prosiguió su camino, muy ajena del inminente riesgo que habia corrido.

En cuanto á los fingidos guardias civiles, debo decir, que permanecieron tranquilos y ocultos hasta la noche siguiente, durante la cual, segun ya queda relatado, aprisionaron al infeliz Orellana.

Hechas las precedentes explicaciones, el lector habrá comprendido fácilmente el sentido y significacion del recuerdo de la zorra que, como un mal agüero para el dichoso término de aquel negocio, tanto preocupaba á los malhechores, cuando de tal asunto departian en torno de la hoguera.

CAPÍTULO IX.

SITUACION DE LA FAMILIA ORELLANA.

Ya he indicado que los fingidos guardias civiles salieron de casa de Orellana cuando estaban tocando á misa de alba, y por consiguiente, algunos vecinos pudieron notar la salida de los guardias, así como tambien el que llevaban á un hombre preso y cubierto con la capa, con direccion al ejido del pueblo.

Á estas observaciones debe añadirse, la inquietud y alarma de la familia del alcalde, el cual, habiendo salido de su casa en compañía de la Guardia civil, aún no habia regresado.

Sucedió, pues, que vecinos curiosos y parientes del alcalde penetraron en la casa, cuya puerta estaba entornada, y llamando por sus nombres al dueño, á la señora y á la criada, nadie les respondió, con lo cual aumentóse la curiosidad é inquietud de vecinos y deudos.

Pero muy pronto descubrieron á la señora, que aún se hallaba tendida boca abajo, con las manos atadas á la espalda y en la misma disposicion en que los guardias la habian dejado; espectáculo

que produjo en los circunstantes la más profunda sorpresa.

Desatáronla inmediatamente, interrogándole la causa de hallarse en aquel estado, á cuyo interrogatorio apénas podia responder la señora, segun era grande su turbacion y abatimiento.

Al fin, traquilizada en algun modo al reconocer á los recien venidos, con voz débil y azorada, pregunto:

—¿Se han ido ya?

—¿Quiénes? dijeron todos.

—Los civiles.

—Sí, ya se marcharon; pero ¿á quién se han llevado preso?

—Á José, á mi marido.

Esta respuesta causó extrañeza indecible á los vecinos, cuyo asombro é indignacion subió de punto, cuando la señora de Orellana les hubo referido todo lo que ya el lector sabe respecto á la conducta de los guardias, que se habian portado, como unos verdaderos ladrones.

Los vecinos recorrieron entónces toda la casa, y por todas partes observaron objetos en el suelo, baules abiertos y todas las demás señales que acreditaban la verdad del relato que acababa de hacer la señora de Orellana.

Luégo se dirigieron al piso bajo, y encaminándose á la cuadra para ver si se habian llevado las bestias, oyeron en el pajar voces que demandaban socorro.

Acudieron en seguida, y allí encontraron al alcalde y á la criada, segun los habian dejado los fingidos civiles.

Al punto los desataron, y el alcalde refirió cuanto le habia ocurrido con la Guardia civil, cuyo jefe le habia entregado una comunicacion oficial, y que en su consecuencia, se procedió á practicar diligencias para la captura, no de don José Orellana, á quien se habian llevado, sino del criminal á quien se conocia por el mote de la *Madama*, que tenía el mismo apellido.

Á su vez el alcalde fué informado de la extraña é inexplicable conducta de la Guardia civil, de suerte que su imaginacion se perdia en un mar de confusiones, entre las conjeturas más contradictorias, creyendo alternativamente que eran ladrones disfrazados de guardias civiles, ó que los guardias, por más absurdo é inverosímil que esto pareciera, se habian propasado hasta el extremo de proceder como ladrones.

Pero las palabras y modales del jefe y la comunicacion que le habia exhibido, cuya autenticidad creia indiscutible el alcalde, habian producido en su ánimo tan viva impresion, que no era fácil convencerlo de que aquellos hombres no pertenecian real y verdaderamente al cuerpo de la Guardia civil, y que bajo este concepto dió su parte oficial á las autoridades, y en su consecuencia, se difundió por el pueblo y por toda la comarca la opinion general de que una partida de guardias civiles se ha-

bia convertido en una cuadrilla de ladrones y secuestradores.

Era imposible darle al hecho una interpretacion más alarmante, ni que más impresionara é indignase á todos, y muy particularmente á la verdadera Guardia civil.

Entre tanto, la señora de Orellana y sus parientes se obstinaban en creer, con mejor acuerdo, que aquellos hombres eran criminales que habian adoptado el disfraz del uniforme para llevar á cabo con más seguridad el secuestro de su marido y deudo, quien tenía reputacion de rico.

Vino á confirmar esta opinion el parecer de Bartolomé Jimenez, hermano de la señora, cuñado de Orellana, dictámen muy atendible, porque el tal Jimenez conocia muy á fondo la vida, costumbres y procedimientos de los malhechores que infestaban el país, á causa de haber sido tambien él mismo víctima de igual desgracia, es decir, que algunos años ántes habia sido secuestrado.

La inquietud, amargura y desolacion de la triste esposa de Orellana eran tan grandes, como fácilmente se concibe, atendida la cruel incertidumbre en que se hallaba respecto á la suerte y paradero de su esposo.

Pero Bartolomé Jimenez, muy convencido de que el cautiverio de su cuñado, no reconocia otra causa que la de exigir por él un buen rescate, procuraba consolar á su hermana, asegurándole que la vida de su esposo no corria peligro alguno, y que

esperase con resignacion las diligencias que los mismos criminales no tardarian en practicar, á fin de entenderse con ella sobre las condiciones con que habian de poner en libertad á su marido.

Algo templaban estas y otras análogas reflexiones el inmenso dolor de la acongojada esposa; pero pasaban los dias, y tan cruel dilacion la confirmaba más y más en sus temores de que su malaventurado esposo habria sido víctima de la ferocidad de los bandidos.

Por su parte, Bartolomé no perdonaba medio alguno para investigar y adquirir noticias de su cuñado, valiéndose de los sujetos que estaban en relaciones con los *caballistas* de la comarca, así como tambien de los mismos que habian intervenido en el rescate de su sobrino Crispin, cuyo secuestro habia tenido lugar pocos meses ántes; pero sus diligencias habian sido completamente infructuosas.

Afortunadamente, cuando la esposa de Orellana tenía más perdidas sus esperanzas, y hallándose departiendo con su hermano, sobre sus crecientes recelos, que eran el tema constante de sus conversaciones, presentóse la criada con una carta, diciendo que se la habia entregado un hombre desconocido, encargándole que se la diese al ama, y que en seguida se habia marchado.

La señora de Orellana se apoderó rápidamente de la carta como de una presa, lanzando un grito de alegría al reconocer la letra de su marido.

El corazon humano está hecho de manera que lo mismo puede paralizar sus latidos una profunda tristeza, que una grande alegría.

Así, pues, la esposa de Orellana experimentó una impresion tan violenta, que la voz anudóse á su garganta, un temblor convulsivo recorrió todo su cuerpo, y durante algunos momentos permaneció inmóvil y como desvanecida.

Jimenez tomó entónces la carta, y con avidez y curiosidad increible leyó su contenido.

—¿Vive? ¿Está bueno? preguntó con ansiedad la esposa cuando se hubo recobrado.

—Sí, hermana; está bueno y sano.

—¡Gracias á Dios y á la Vírgen Santísima!

Y elevó al cielo una mirada de infinita gratitud, y dos lágrimas de gozosa ternura se desprendieron de sus ojos.

Despues de esta natural y religiosa expansion, la infeliz señora guardó profundo silencio, como si no se atreviese á preguntar para no saber algo desagradable; temor tanto más natural, cuanto que parecia justificarlo la expresion meditabunda del rostro de su hermano.

Al fin, batallando entre el temor y la esperanza, se aventuró á preguntar:

—¿Y qué dice?

—Lo que yo te decia y me figuraba, porque es la costumbre en tales casos.

—Lo principal es, que esté bueno.

—Eso es lo principal, hermana mia; pero...

—¿Qué quieres decir?

—Que todo marcharia á pedir de boca, si Dios quisiera.

—¿Le amenaza otra nueva desgracia?

—No, mujer; pero si tuviéramos veinte mil duros...

—¿Piden esa cantidad?

—Ni más ni ménos.

—Y si no la podemos reunir... ¿qué harán?

—¡Qué sé yo!

—¿Tú crees que serán capaces?...

—Todo se puede esperar de esa canalla; pero no te alarmes, pues ya sabes que cuando yo estuve secuestrado, y lo mismo sucedia con Crispin, siempre amenazaban con la muerte. A esto se reduce la carta que, como en todas las del mismo jaez, se pide una cantidad fija, y que de lo contrario harán y tornarán.

—¡Que Jesucristo bendito y el Angel de su guarda lo amparen!

—No te aflijas, porque de todas maneras debemos alegrarnos, pues ya sabemos con quién nos hemos de entender, en tanto que hasta ahora estábamos completamente á oscuras.

Y Jimenez, despues de guardar cuidadosamente la carta, añadió:

—Ya me dicen la ruta que he de seguir para llevarles el dinero.

—¿Y cómo y de dónde vamos á sacar veinte mil duros? preguntó con angustia la esposa.

—Eso es imposible; pero al fin y al cabo ya buscaremos el mejor medio de arreglar este asunto, porque estando en la pista la situacion no es tan mala como ántes, porque al ménos hemos salido de la incertidumbre.

—¿Y qué piensas hacer?

—Ante todo acudir á la cita, y hablando la gente se entiende.

—Sí, sí, hermano mio; es necesario que no pierdas tiempo, y á ver si puedes ajustar el negocio en una cantidad que podamos reunir, aunque sea empeñando y vendiendo lo que tenemos.

—Yo no puedo ni apresurarme ni detenerme, sino acudir el dia señalado; pero ahora debo encargarte que con todo el mundo, hasta con el confesor, guardes una gran reserva, si no quieres comprometer la vida de tu marido.

—Descuida, hermano, que así lo haré.

—Te prevengo que áun cuando el alcalde ó cualquiera otra autoridad que viniese al pueblo te interrogase, has de decir siempre que no sabes nada más que lo que aquí viste la noche que se llevaron á José, y esto porque ya lo has declarado y lo sabe todo el pueblo.

—Te juro que primero me harán pedazos, que yo diga una palabra.

—Pues yo, por mi parte, haré otro tanto.

Convenidos los dos hermanos en guardar la más absoluta reserva, Jimenez salió para buscar con el mayor sigilo algunos recursos, á fin de poder cal-

cular las promesas que deberia hacer con fundamento á los bandidos.

Por lo demás, como el lector habrá podido advertir, los más interesados en la libertad del cautivo para nada contaban con el auxilio y proteccion de las autoridades.

CAPÍTULO X.

REFLEXIONES, ALTERNATIVAS É INCERTIDUMBRES.

Lamentable es, sin duda, que en nuestro país se tenga tan escasa confianza en la autoridad pública, sobre todo, en las circunstancias más críticas de la vida, y cuando más indispensable es su amparo en favor de la seguridad de las personas.

Resulta de aquí, una de las deficiencias gubernativas más dignas de reprobacion y de censura que pueden advertirse en un país civilizado, supuesto que aquí la autoridad se roza con todo el mundo para producir molestias en las circustancias normales, miéntras que su accion permanece inútil, cuando no perjudicial, en los casos más críticos, solemnes y dramáticos, y de cuyo desenlace depende, no solamente la hacienda, sino la vida de los ciudadanos y la suerte de las familias.

Consignado por ahora este fenómeno gubernativo-social que, en mi concepto, está reclamando eficaces y perentorias reformas, y que, por lo tanto, merece fijar muy detenidamente la atencion de los hombres públicos, proseguiré el relato

meramente histórico de lo que acaeció con motivo del secuestro de Orellana.

En efecto, á consecuencia del parte dado por el alcalde, el juzgado de Rute procedió á la formacion de causa, á fin de averiguar quiénes fuesen los autores de aquel crímen; pero, instruidas las primeras diligencias y tomadas las declaraciones de la esposa de Orellana, de su criada y del alcalde, hubo necesidad de suspender el procedimiento por no ser habido, ni conocerse á ninguno de los culpables.

Sin duda es muy deplorable la frecuente repeticion de tales hechos; pero el que así suceda es necesario, y su explicacion es muy sencilla, teniendo en cuenta el inconcebible abandono en que la policía judicial se encuentra en nuestro país, y, además, la total carencia de recursos y medios en que se hallan los jueces para disponer por sí mismos inmediatamente y sin peligrosas dilaciones, todo lo conducente á la averiguacion instantánea de los crímenes y á la persecucion y captura de los criminales.

Y no se diga que tienen estas atribuciones por las leyes y por su cargo; pues de nada sirve tenerlas, si al mismo tiempo no están provistos de los medios adecuados para hacerlas práctimente efectivas, rápidas y eficaces.

No se extrañe, pues, esta conducta por parte de los jueces, que, por muy celosos y esforzados que sean, no suelen tener de ordinario á su disposicion en los primeros momentos, que son los más

críticos é importantes para averiguar los delitos, á otro agente autorizado para la persecucion más que á el alguacil, por más que luégo vecinos, guardias civiles, alcaldes y gobernadores vengan en su auxilio, prévia su reclamacion, auxilio que muchas veces suele ser estéril y tardío.

De tales antecedentes nace, á mi juicio, el que á su turno los particulares, reconociendo la orgánica insuficiencia de la autoridad pública, ya judicial, ya gubernativa, prescindan completamente de su apoyo y concurso, cuando por una dolorosa experiencia saben, que su intervencion ha de serles inútil, perjudicial ó ruinosa.

No se extrañe, pues, tampoco esta conducta de los particulares, quienes prefieren, como es natural, el uso y empleo de sus medios propios ó privados, como más seguros, fáciles, y áun baratos, para sacarlos salvos ó indemnes de esas peligrosas y trágicas alternativas en que suelen colocarlos la perversidad y encono de los malhechores.

Quede, pues, asentado que en la esfera social, más que en ninguna otra direccion del espíritu humano, la lógica práctica y vívida viene con frecuencia á demostrar la inanidad ó falta de alcance de las artificiosas combinaciones de la lógica meramente discurrida, bajo un formalismo arbitrario y sin contenido sustancial, á que tanto suelen apegarse esos políticos idólatras de un vano ritualismo, al cual sacrifican insensatamente el fondo y la realidad de las cosas.

Esta lógica práctica que con toda su esencialidad se impone á la naturaleza humana, y áun á las gentes más incultas, á diferencia de la lógica parcial de la facultad discursiva, que sólo abarca un círculo exclusivo y limitado, fué la que condujo á la familia de Orellana, por un impulso natural del buen sentido, á guardar prófunda reserva en su tristísimo negocio, á prescindir completamente de la intervencion de las autoridades, y á proveer por sí misma á su defensa y seguridad, valiéndose para ello de sus medios particulares.

Así, pues, Bartolomé Jimenez, con gran sigilo y siguiendo el itinerario indicado por los secuestradores, se avistó con uno de éllos, comisionado al efecto, y al cual, despues de las señas y contraseñas prevenidas, le manifestó la imposibilidad absoluta en que la familia se hallaba de aprontar los veinte mil duros exigidos por el rescate del prisionero.

Jimenez, sin embargo, no se negó á entregar una cantidad más módica, á la vez que con grande encarecimiento suplicó al emisario que tuviesen compasion de su cuñado, y que asegurase que él por su parte haria cuanto humanamente fuese posible para salvar al preso y proporcionarle este inefable consuelo á su afligidísima hermana.

Muy pronto aquella respuesta, por natural, necesaria y justificada que fuese, habia de tener su eco y resonancia en la mansion del cautivo de una manera para éste harto desagradable.

En efecto, durante los nueve dias que tardó la espuesta, el cautivo, bien que siempre con los rillos puestos y con los ojos vendados, no recibió nalos tratamientos por parte de los bandidos; pero omo él conocia perfectamente la imposibilidad de ue su familia entregase la suma reclamada, es-remecíase á la sola idea de que los demás cómpli-es se presentasen en aquella morada con la noti-ia, que no podian ménos de traer, es decir, la de na terminante negativa.

Y como además de las amenazas de muerte que e habian hecho, si su familia no entregaba los einte mil duros, él tambien habia escuchado al-unas frases entre los bandidos, que muy clara-nente revelaban la pérfida intencion de asesinarle en el momento sagrado del sueño, fácilmente adi-inará el lector la eterna inquietud y perpétuo in-omnio, en que el infeliz prisionero se encontraba.

Pero durante aquellos dias de angustia, y mer-ed á su constante desvelamiento, producido por el nminente riesgo que á cada minuto podia correr su vida, no desistió de observar y adquirir todos los datos y señales que pudieran conducirle en ocasion propicia, si lograba salvarse, á reconocer el paraje ó sitio en donde le tenian recluso.

Con este propósito, conoció que á horas determi-nadas pasaban por allí ganados, pues oia el ruido de las esquilas, que venian á servirle como de reloj, anunciándole cuándo era por la mañana y cuándo por la tarde.

Tambien conoció que muy cerca debia haber algun arroyo, rio, laguna ó estanque, á juzgar por el monotono canto de las ranas que llegaba á su oido, y mediante el cual comprendia que ya era de noche.

Igualmente, miéntras que sus centinelas dormian, lo cual Orellana podia conocer por el ruido particular de su respiracion, no dejaba de sacar por una abertura del jergon en que yacía algunas hojas de maiz de que estaba henchido, las cuales retorcia de una manera especial, volviendo á introducirlas con gran paciencia y disimulo.

Por último, su tenaz prevision llegaba hasta el punto de palpar junto á su lecho las paredes de su estancia, y en donde encontraba alguna grieta á propósito para su objeto, introducia, ya las retorcidas hojas de maiz, ya las cortezas del tocino crudo que le daban, y que muchas veces solia ser su apetecido y único alimento.

Por lo demás, como siempre estaba en vela, conocia cuándo llegaba gente á las inmediaciones, por los ladridos de los perros, así como tambien, cuando alguien se detenia en el caserío, y su oido habia llegado á adquirir tan increible perspicacia y sutileza, que no obstante los pañuelos, se enteraba perfectamente de todo lo que decian abajo.

Excusado parece encarecer la zozobra y azoramiento que al infeliz Orellana le producia el ladrido de los perros, sobre todo cuando alguna persona se

paraba en la puerta del piso bajo; pues desde luégo su imaginacion le representaba el terrible cuadro de sus verdugos enfurecidos por no recibir la cantidad apetecida, y que le acometian en tropel cosiéndolo á puñaladas, ó bien que suponiéndole dormido se aproximaban silenciosos como espectros, para dispararle un trabucazo.

Al fin llegó el tremendo instante, la ocasion crítica, la terrible noche en que el acongojado cautivo escuchó ladridos descomunales, pisadas de caballos y la voz de hombres que hablaban entre sí, despues de hacer alto junto á la casería.

Orellana creyó entónces llegado el último instante de su vida, y esperaba de un momento á otro que penetrase en la estancia aquella tropa de hombres desalmados; pero habiendo trascurrido largo rato sin que esto se verificase, comenzó á sospechar que acaso la gente recien llegada, no pertenecia á la gavilla de los malhechores.

Confirmóse más esta sospecha, cuando advirtió que sus guardianes, que al oir el ladrido de los perros se habian levantado con gran sigilo, saliendo de la estancia y bajando la escalera, no volvian, ni tampoco escuchaba su voz, que le era muy conocida, entre los que abajo hablaban.

Entónces se imaginó, que tal vez sus centinelas se habian deslizado con tanta precaucion, á fin de sustraerse á las miradas de los recien llegados; mas ¿quiénes pudieran ser éstos, que tal recelo inspiraban á sus vigilantes? Esta consideracion

pareció á Orellana tan luminosa como consoladora, supuesto que su imaginacion, vivamente excitada por las causas físicas y morales que estimulaban doblemente su actividad calenturienta, su imaginacion de cautivo, repito, vino instantáneamente á representarle en aquel crítico momento, un cambio feliz é inesperado en su triste suerte, figurándose que á consecuencia de las gestiones de su familia, de las medidas de la autoridad ó por cualesquiera otros infinitos motivos y combinaciones de la fortuna, la gente que acababa de llegar pertenecia á la verdadera Guardia civil y que muy en breve habia de ser su libertadora.

Aferrado á este pensamiento, como el náufrago á la tabla que puede salvarle, Orellana sentóse en la cama, se bajó los pañuelos que le vendaban los ojos y aplicó el oido con esa indecible ansiedad propia del que en semejantes situaciones procura enterarse de lo que ocurre, sorprender una indicacion cualquiera, ó escuchar una palabra, que lo mismo puede ser la sentencia de su muerte, que el anuncio venturoso de su salvacion apetecida.

Bajo esta impresion, cada vez más enérgica y por momentos más violenta é irresistible, el cautivo, no obstante su característica circunspeccion, llegó hasta el extremo de levantarse, no cuidando en demasía de que los grillos no hiciesen ruido; y áun cuando así, ya de pié, aguardóse algunos minutos, redobló su ánimo, se confirmaron sus favorables

spechas y crecieron sus esperanzas, al ver que nguno de sus guardianes subia á decirle:—«Orellana ¿qué es eso?» pues que tal era la pregunta ue siempre acostumbraban hacerle, tan pronto omo sonaban los grillos, ruido que oian sus centinelas, aunque estuviesen abajo.

Este descuido inusitado de sus guardianes le entó á dirigirse hasta la puerta; pero no oyendo nadie encaminóse á tientas hácia la ventana, suelto á lanzarse por ella; mas cuando dispoíase á abrirla, detúvole súbitamente la reflexion, onsiderando que los grillos, además de ser peligros para la caida, le impedirian huir, y que su uerte sería inevitable, si por su desdicha tornaba caer en manos de los bandidos.

Es verdad que tambien la Guardia civil ó los caminantes que habian llegado pudieran protegerle; ero aquella incertidumbre encerraba demasiado iesgo para arrostrarla sin los debidos informes y recauciones.

En tan crítica situacion, Orellana comprendió que más importante era saber á punto fijo, quiénes ran los que aquella noche habian llegado al caseío; y para conseguir su propósito, halló un medio an natural como sencillo, y que igualmente podia mplear cualquiera que fuese la gente que abajo se ncontraba.

Así, pues, el cautivo se volvió á su lecho, coloóse bien los pañuelos, y con todas las fuerzas de us pulmones comenzó á gritar:

—¡Agua! ¡Por Dios, agua!

El cautivo, cada vez más gozoso por la tardanza de sus centinelas, repetia con mayor fuerza sus desaforados gritos, hasta que por último, sintió con indefinible mezcla de terror y gozo que un tropel de hombres subia por la escalera.

CAPÍTULO XI.

CONCILIÁBULO.

Despues de su entrevista con el emisario de los bandidos, Bartolomé Jimenez regresó al lado de su hermana para comunicarle lo acaecido y tambien para concertar, de comun acuerdo, los medios más prontos y eficaces de allegar recursos, á fin de rescatar cuanto ántes al secuestrado.

Fácilmente puede figurarse el lector la cruel angustia de la infeliz esposa, que se estremecia á la sola idea de que los secuestradores insistiesen en llevar á cabo sus amenazas de muerte, por no haberles enviado la suma reclamada.

—¿Y tú qué piensas, Bartolomé, que harán esos pícaros?

—Mujer, acaso accederán á la rebaja propuesta, porque éllos nada ganan con matarle.

—¿Y con cuánto dinero se contentarán?

—Éllos han de procurar sacarnos hasta los hígados si pueden; pero tambien nosotros veremos la mejor manera de defendernos.

—¡Y si entre tanto... no quiero pensarlo, Vírgen Santísima!...

—No te aflijas demasiado, porque ahora lo que importa es ver cómo reunimos dinero.

—Sí, sí; aunque sea necesario vender todo lo que tenemos, yo me daré por muy satisfecha con ver pronto libre y sano á mi Pepe.

—La vida es lo primero, hermana mia; pero ántes de llegar al extremo de malbaratar lo que tenemos conviene tentar otros medios.

Y Bartolomé, despues de algunos momentos de reflexion, preguntó:

—¿Conoces tú á todos los deudores de tu marido?

—Conozco algunos, bien que no á todos; pero aguárdate un poco, repuso la triste esposa, como iluminada por un súbito recuerdo.

Y en seguida dirigióse á un cajon de la mesa donde tenía sus papeles Orellana, y sacó un cuaderno que presentó á su hermano diciéndole:

—Aquí es donde José tiene sentado el nombre de todos los que le deben y todas sus cuentas.

—¡Cuánto me alegro! Estos apuntes pueden servirnos mucho para lo principal que ahora se necesita.

Y Jimenez comenzó á hojear el cuaderno, y despues de haber sacado en un papel algunos apuntes se lo devolvió á su hermana, diciendo:

—Sin pérdida de tiempo, voy á recurrir á esta gente para que en vista de las circunstancias, hagan un esfuerzo y nos ayuden á salir de este apuro.

—Tienes razon, y además tenemos trigo y aceite que se puede vender, y en último caso, recurriremos tambien á todos los parientes y amigos para que cada cual nos preste lo que pueda.

Los dos hermanos prosiguieron su diálogo, exponiendo cada uno por su parte cuantos medios y arbitrios se les ocurrian, conducentes á su objeto.

Entre tanto, el emisario habia comunicado á los bandidos la respuesta de Jimenez á la carta del secuestrado.

Inútil parece decir, la desagradable impresion que produjo á los secuestradores la mencionada respuesta, supuesto que á la par contrariaba sus planes y la tenaz creencia en que se hallaban de que su cautivo poseia una gran suma de dinero.

Hubo, pues, entre los bandidos gran diversidad de pareceres, porque unos consentian en hacer rebaja, otros se obstinaban en seguir dando crédito á los que les habian asegurado que Orellana tenía un baul lleno de onzas, y por lo tanto, persistian en reclamar los veinte mil duros; y algunos, más feroces y vengativos, querian poner término al negocio, dando muerte al prisionero, alegando que únicamente les servía de estorbo, impidiéndoles dar otros golpes más seguros y lucrativos, comprometiéndolos si llegaban á descubrir su paradero, y que de todas maneras, para sacarle cuanto dinero se pudiese á la familia, no era necesario mantener allí dias y dias al secuestrado.

En tan acalorada y tenaz porfía encontrábanse

engolfados los malhechores, reunidos en el piso bajo del cortijo de la Media Luna, cuando fueron interrumpidos y alarmados por los descomunales gritos de Orellana, que al sentirlos entrar en su tugurio, comprendió hasta qué doloroso extremo su imaginacion y sus ilusiones de cautivo le habian extraviado en sus conjeturas y esperanzas.

En efecto, léjos de encontrarse en poder de la salvadora Guardia civil, se halló bajo las garras de sus verdugos, que más tarde continuaron su disputa en presencia de su víctima.

Afortunadamente Orellana habia tenido la precaucion, como ya he indicado, de colocarse bien los pañuelos y recogerse en su cama, de suerte que el aspecto del cautivo no les inspiró sospecha ni cólera, y por consiguiente, se limitaron á preguntarle:

—¿Qué gritos eran esos?

—Que me muero de sed, y además...

—Traerle agua.

Y uno de los bandidos bajó por un jarro de agua, que presentó al cautivo, el cual bebió muy á su sabor, no sólo porque tenía sed, sino tambien para justificar su llamamiento.

Luégo que hubo bebido el prisionero insistió:

—Y además... estoy loco y sin sentido... porque ya esto no lo puede aguantar ninguna persona humana.

—Pues, ¿qué te sucede?

—Que además del martirio de no ver la luz del

lia, me duelen los ojos y tengo todo el cuerpo entumecido por no cambiar de postura, pues estos grillos me matan.

—¿Y qué te importa eso? Muy pronto se acabarán para tí esos dolores, le dijo *Vaca-rabiosa*, que era uno de los que más persistian en acabar cuanto ántes con Orellana.

Éste, al oirle tales palabras, comprendió en seguida la mala disposicion de ánimo en que venian para él los bandidos, sin duda por la negativa de su familia á entregar la enorme suma que pedian.

Vaca-rabiosa dirigióse luégo á sus compañeros, y como anudando un diálogo interrumpido, añadió:

—Lo dicho, dicho; mi opinion es la buena; de este mal bicharraco, ni de su familia, que será como él, no hay que esperar más que desazones y que nos alborote el cotarro, como acaba de hacerlo con sus gritos y lamentos.

—Ya he dicho y repito, que ustedes viven engañados, porque en mi casa no hay dinero.

—Pues peor para tí, porque te vamos á desollar vivo.

—Hagan ustedes de mí lo que quieran; pero es trabajo perdido el pedir lo que no se tiene.

—¡Calla, tio bribon! Si por mí fuera pronto se acababan tus *marcandades*.

—¡Dios y la Vírgen Santísima me protegerán! exclamó con fervorosa y profunda fé Orellana.

—¡Gran tuno! ¡Perro beaton! Ahora veremos quién te protege.

Y *Vaca-rabiosa*, fuera de sí, montó su retaco y ya se disponia á dispararlo sobre la cabeza del cautivo, cuando todos sus compañeros le sujetaron, consiguiendo á duras penas que desistiese de su bárbaro intento.

Aun cuando el cautivo tenía vendados los ojos, desde luégo se concibe la espeluznadora impresion que debió causarle esta brutal escena, supuesto que él conoció el inminente riesgo que corria, no sólo por el contexto de las palabras precedentes, sino tambien por el ruido del gatillo y por el contacto del cañon sobre la cabeza.

Así, pues, Orellana, temeroso de excitar de nuevo la terrible iracundia de aquella fiera, hizo el firme propósito de no proferir más palabras, sino cuando fuese directamente interrogado.

Despues de este grave incidente, en que el jefe de la cuadrilla tuvo que intervenir con todo el peso de su autoridad, y con el apoyo que los demás le prestaron, reprodújose de nuevo y con mayor encono la disputa respecto á la cantidad definitiva que habian de pedir á la familia de Orellana, y á la suerte que á éste habia de reservarse.

El cautivo escuchaba aquella espantosa discusion, silencioso y acongojado, como el reo que está esperando su sentencia de inícuos jueces.

Al fin, el repugnante conciliábulo logró ponerse de acuerdo relativamente al punto que éllos consideraban de más importancia, esto es, respecto á la rebaja que habian de hacer, resolviendo exigir

como última é irrevocable determinacion, la cantidad de doce mil duros.

En cuanto á lo que habia de hacerse con Orellana, pagase ó no su rescate, se declaró por unanimidad, como una cuestion secundaria, que sin inconveniente alguno podia aplazarse, y que á la postre se resolveria con arreglo á las circunstancias y al comportamiento de la familia del secuestrado.

CAPÍTULO XII.

PRECAUCIONES PELIGROSAS.

Una vez convenidos en la cantidad que de nuevo habian de pedir, los secuestradores mandaron á su emisario para que notificase aquella resolucion á la familia de Orellana.

El mensajero, valiéndose de idénticas precauciones que la vez pasada, se avistó con Bartolomé Jimenez, el cual manifestóle que le parecia muy difícil reunir aquella suma; pero que, de todas maneras, haria cuanto estuviese en su mano para adquirirla, añadiendo que necesitaba algun tiempo, y áun hacer algunos viajes á pueblos comarcanos, á fin de recabar de varios amigos y deudores, cuantos recursos pudieran proporcionarle.

No pareció el emisario muy satisfecho de tales dilaciones; pero Jimenez le replicó diciendo que bien podia comprender que su más vivo deseo era salvar á su cuñado á la mayor brevedad posible; mas que considerase que aquella suma no era tan fácil de allegarse; y para obtenerla, además de sus propios medios, los de sus amigos y parientes, ne-

cesitaba tambien concertar con su hermana el modo y forma de buscar los préstamos necesarios.

En resolucion, tantas y tan valederas razones supo alegarle al recadero de los bandidos, que al fin éste las tuvo por suficientes ó atendibles, retirándose despues de haber concertado el cómo, cuándo y dónde habian de tener otra entrevista.

Jimenez se apresuró á dar cuenta á su hermana de lo acaecido, procurando en lo posible inspirarle confianza, porque, en efecto, la desventurada esposa se hallaba en un estado tal de afliccion, que más fácilmente se comprende que se describe.

Pero miéntras que el hermano le hablaba de la rebaja obtenida y de su esperanza de obtener otra mayor, creyendo así proporcionar algun consuelo á la infeliz señora de Orellana, sucedió, por el contrario, que en ésta despertó la más dolorosa inquietud la circunstancia de que el emisario hubiese traido aquella respuesta sin carta ninguna del secuestrado.

Esta consideracion pareció impresionar tambien fuertemente el ánimo de Jimenez, que hasta entónces habia creido, sin desconfianza, lo que aquél le habia dicho respecto á la buena salud de su cuñado.

—Te repito que me parece de muy mal agüero que no haya traido carta de José, dijo con visible inquietud la triste esposa.

—No habia reparado en esa circunstancia, repuso Jimenez, porque áun cuando esa gente sea

capaz de todo, no creo que tengan interés en cometer un crímen inútil.

—Sabe Dios si á estas horas lo habrán ya asesinado.

—Muy doloroso será que hayan cometido tal infamia; pero te vuelvo á decir que sería un crímen inútil para los bandidos, porque éllos lo que quieren es dinero, y yo no he de entregarles un cuarto sin que ántes me traigan pruebas que me convenzan de que vive.

—¿Y qué pruebas podrán darte?

—El que busca halla, replicó Jimenez con aire meditabundo.

Y tomando papel y pluma se puso á escribir.

Su hermana le preguntó:

—¿Qué te propones?

—Escribirle á José una carta preguntándole ciertas cosas, que él sólo puede contestarlas.

—Tienes razon, me parece bien pensado, replicó algo más animada la señora.

—Aquí no cabe trampa; lo que le pregunto sólo él y yo lo sabemos, y, de consiguiente, si contesta acorde, es señal segura de que está vivo.

—¿Y qué le preguntas?

—Le hablo de asuntos nuestros que absolutamente nadie sabe.

La esposa de Orellana hizo un gesto de aprobacion, y ni siquiera insistió en averiguar lo que su hermano escribia, á fin de que la prueba ó señal propuesta nada perdiese de su eficacia, ó tal vez por otras consideraciones.

Entre tanto, Jimenez continuaba escribiendo, miéntras que su hermana parecia como absorta en una vaga meditacion.

—Mira, Bartolomé, yo tambien estoy pensando en que le pongas una pregunta de mi parte; pues como la conteste, de fijo que vive.

—¿Y qué es ello?

—Son cosas que sólo él sabe, y á las que ningun otro puede contestar en el mundo.

Jimenez estaba en la actitud de quien espera una revelacion para trascribirla.

Entónces su hermana pronunció algunas palabras, que inmediatamente trasladó Jimenez al papel diciendo:

—Buena ocurrencia.

—Me alegro mucho de que tal sea tu opinion.

Bartolomé concluyó y cerró su carta, despues de leerla con el aire satisfecho de quien está convencido de que ha expresado sus ideas á medida de sus deseos.

Y dirigiéndose á su hermana, le dijo:

—Ni un real entregaremos sin recibir ántes la contestacion conveniente á todas las preguntas que hacemos.

La esposa de Orellana permaneció como distraida, ó como si no participase de la opinion de su hermano respecto á la infalible seguridad que éste atribuia al medio empleado para convencerse, hasta la evidencia, de que el cautivo existia.

—Ahora, continuó Jimenez, es necesario ver á

los deudores que más fácilmente podrán pagar; pero ¿qué tienes? ¿En qué estás pensando?

—¡Ay! exclamó la desconsolada esposa; no te lo quisiera decir.

—Pues ¿de qué se trata?

—Siento afligirte; pero te aseguro que esa carta que te satisface tanto, me satisface muy poco á mí.

—No te comprendo, mujer.

—¿No dices que si contesta José á esas preguntas es señal de que está vivo y sano?

—Lo digo, y lo repito, y estoy segurísimo de ello.

—Pues figúrate que despues que las contesta de palabra ó por escrito lo asesinan. ¿Qué seguridad tendríamos en este caso?

Bartolomé clavó los ojos en su hermana con una expresion inconcebible de asombro.

—¡Qué cosas te se ocurren! exclamó al fin.

—El corazon de una esposa... Pero díme, lo que yo digo, ¿es verdad ó no?

—Es indudable que puede suceder lo que tú recelas.

—¿Ves como yo tenía razon? replicó la esposa de Orellana, esforzándose por contener su llanto.

Durante algunos momentos, Jimenez permaneció silencioso y vivamente impresionado por la discreta observacion de su hermana.

Al fin rompió su prolongado silencio, diciendo:

—No se puede negar que son muy fundados tus temores; pero en estos negocios, como en todas las cosas de la vida, es necesario atenerse á lo que cabe en lo

posible, y despues que suceda lo que Dios quiera.

—Dices bien... ¡Ay, qué angustias estoy pasando! ¿Por qué permitirá Dios que haya hombres tan dejados de su mano?

Y la infeliz esposa, no pudiendo contenerse más, prorumpió en amargo llanto.

Jimenez procuró consolar á su hermana lo mejor que supo, y en seguida salió para ocuparse de allegar recursos por todos los medios racionales que estuvieran á su alcance.

Llegó, por fin, el dia en que, segun su anterior concierto, debia conferenciar de nuevo con el emisario de los bandidos, á quien manifestó estaba dispuesta la familia á hacer todo género de sacrificios para conseguir el rescate del cautivo; pero que abrigando la duda de que éste hubiera sido sacrificado por los secuestradores, no entregaria un maravedí sin tener de antemano la completa seguridad de que Orellana vivia.

Replicó el emisario que el prisionero estaba muy bueno y muy bien asistido, y que, por más señas, su manutencion les costaba á los secuestradores cinco duros diarios, y que, por lo tanto, aquellos temores eran completamente infundados.

Bartolomé complacióse mucho de aquella respuesta, diciendo que acaso los recelos de la familia provenian de la circunstancia de no haber llevado carta del cautivo al proponer la rebaja; pero que supuesto que Orellana estaba sano y vivo, ningun trabajo le costaba llevarle una carta que le habia

escrito, de acuerdo con su hermana, y en la cual se le hacian ciertas preguntas á que sólo el cautivo podia responder con acierto.

Encontró el emisario razonable y justa la demanda, y desde luégo se ofreció, en bien de todos, á llevar la consabida carta, prometiendo volver con la contestacion cuando se lo mandasen, y quedando de acuerdo con él en dónde y cómo habia de verle con la debida reserva.

El emisario se avistó con los bandidos, les entregó la carta de Jimenez, y su lectura produjo el más extraño, inesperado y desagradable efecto en aquella gente desalmada.

La justa y razonable desconfianza de la familia de Orellana, léjos de encontrar favorable acogida entre los bandidos, causóles, por el contrario, tan viva contrariedad y rabiosa cólera, que todos á una voz clamaron, diciendo que lo mejor era degollar de una vez á aquel pícaro viejo, que tanto ruido les daba sin provecho alguno, y que una vez que tan mal se pensaba de éllos, bueno sería castigar aquella injuriosa desconfianza, dando muerte sin apelacion al secuestrado.

¡Tan difícil es, por no decir imposible, el acertado manejo de esta clase de cuestiones, cuando se trata con gentes de tal ralea, y cuya conciencia torcida y desnaturalizada, mezcla horrible y monstruosa de perversion y caballerosidad, permanece de todo punto impenetrable é incomprensible para la conciencia general de los hombres honrados!

CAPÍTULO XIII.

LA FÉ DE VIDA.

Con implacable furia, con rabia feroz y con determinado intento de dar muerte al cautivo, presentáronse en su estancia los bandidos, llevando la carta de Jimenez, que tan ingrata impresion les habia causado.

Todos penetraron en la cámara de tropel y con el ciego impulso de su inconcebible furor, de suerte que su primer saludo, ántes de darle explicacion alguna, fué comenzar á golpearlo é injuriarle de una manera brutal, sin que el infeliz Orellana pudiese comprender la causa de aquel inhumano tratamiento, á no atribuirlo por completo á la negativa, que él tenía de antemano prevista, respecto á entregar una suma que le era imposible reunir á su familia.

Algo de esto y áun algun nuevo y enojoso incidente pudo columbrar, cuando á vueltas de los golpes é insultos que con bárbara fiereza le dirigian, advirtió que igualmente envolvian en sus denuestos á él que á su familia, de donde al punto coligió

que algo habia ocurrido, que él ignoraba y que sacaba de quicio la cólera de los bandidos.

El triste Orellana, con los ojos vendados, acurrucado en su lecho, sólo podia oponer su resignacion y sus gemidos á aquella tremenda nube de mojicones y culatazos que, á modo de impensado pedrisco, llovia sobre su miserable cuerpo.

Pero el rencoroso y feroz *Vaca-rabiosa*, cuyos sanguinarios instintos ya he mencionado, en ninguna manera se satisfacia con aquellos malos tratamientos, cuyos efectos al fin no podian pasar de verdugones, cardenales y martirio insufrible y humillante, bajo el doble punto de vista físico y moral; ántes bien, con la inquina que al preso le tenía, aspiraba á concluir de una vez con aquella escena que, como él decia, era impropia de hombres de pelo en pecho, rematándole de una puñalada ó de un tiro.

Así, pues, alegando que aquel berrugo, socarron y redomado viejo, lo mismo que su familia, que era tan cuca y tan avarienta como él, se estaban burlando de éllos, haciéndoles malgastar el tiempo é impidiéndoles dedicarse á otras empresas más lucrativas, propuso degollarlo, como negocio más pronto, útil y digno de la camastronería del preso y de la bravura de los bandidos.

Y así diciendo, *Vaca-rabiosa* echó mano á su enorme faca y se dispuso con ánimo feroz á cortarle á Orellana la cabeza.

Y es seguro que hubiera verificado al instante

su atroz intento, si á esta sazon el jefe de los bandidos no se hubiese interpuesto con toda su autoridad y energía, reconviniendo al asesino y demostrando á todos la inconveniencia y grandes perjuicios de aquel acto, que á todos podia comprometer, inclusos los moradores del caserío, y que á nadie podia aprovechar; que una paliza ya se sabe adonde llega, y áun podia ser útil y merecida; que la sopapina y pateadura, tan frecuentes en semejantes casos, eran desahogo inevitable de la naturaleza; que martirizar á un secuestrado, teniéndolo á mata-hambre, escaseándole el agua y dándole abundantes pinchazos y puntapiés, eran cosas propias del oficio para prolongar agonías y obtener resultados; pero que destripar loca y brutalmente un buen negocio, por dejarse llevar de coléricos antojos y furias intempestivas, era no saber lo que se traia entre manos; que aquellos brios debian guardarse para otras ocasiones y que el negocio era lo primero.

Con estas y otras razones tan bandolerescas, contundantes y atendibles para la mayoría del ladronesco auditorio, quedóse *Vaca-rabiosa* todo turbado y mohino, entendiendo, muy á su pesar, que todos estaban en su contra, por lo que, rugiendo de ira, guardó su faca y salióse por demás amostazado de la estancia.

Todos miraron con indiferencia la desaparicion de *Vaca-rabiosa*, prestando su asentimiento á la autorizada voz del *Garibaldino*, que continuó:

—En estos casos, como en todas las situaciones de la vida, los hombres que son más hombres no deben nunca perder de vista sus principales propósitos, ni arredrarse por las inesperadas contrariedades que puedan sobrevenir; ántes bien, cuantos mayores obstáculos se presenten es mayor la gloria de vencerlos y el gozo de salir adelante con la empresa. Mas para esto conviene tener mucha calma, mucha prevision y dominio sobre sí mismos y no dejarse arrebatar nunca por las impresiones del momento.

—Tiene usted mucha razon, don José, dijeron en coro los bandidos, subyugados por la inteligencia y lucidez de su jefe, que prosiguió:

—¿Qué tiene de extraño que una familia, para entregar el importe del rescate de uno de sus individuos, procure ántes saber si el secuestrado vive? Esto es tan natural que cualquiera de nosotros en igual caso haria lo mismo. Es verdad que tambien por el pronto esta precaucion contraría nuestras esperanzas de tomar cuanto ántes la cantidad exigida, y en este concepto, comprendo perfectamente vuestro enojo y las puñadas que le habeis dado á este pobre diablo; pero la cosa por ahora no debe pasar de ahí, supuesto que por satisfacer un rencor ciego, nos privaríamos insensatamente de coger el fruto de nuestros afanes, trabajos, riesgos, compromisos y gastos. Hicimos la rebaja, se acepta; y sólo se pide una prueba que, repito, es muy natural que la pidan. Luego el negocio marcha á pedir de boca,

y no vamos á desgraciarlo porque ocurra una breve dilacion; pero ¿qué hubiera sucedido si en vez de pedir los doce mil duros, como el otro dia se hizo, hubiéramos dejado á ese mal génio dispararle un trabucazo á este pobre diablo? Pues á estas horas, todo el negocio, que en tan buen estado se encuentra, se habria echado á perder de una manera irremediable, porque hoy, con arreglo á lo que en esta carta se pide, no podríamos demostrar que este desdichado está vivo y sano.

Todos los bandidos escucharon con religioso silencio las palabras de su capitan, asintiendo sin reserva á sus razones; y excusado parece decir, que hasta el mismo prisionero, que al principio creyó que habia llegado la hora de su muerte, respiró más tranquilo, bendiciendo para sus adentros aquella salvadora y elocuente arenga.

En seguida, el *Garibaldino* hizo seña á los bandidos para que se apartasen un poco, á fin de que el secuestrado no los viese.

Luégo el jefe mandó al secuestrado que se levantase, y colocándole de espaldas á la escalera y frente á un candil que pendia de un clavo, le desvendó los ojos, diciéndole:

—Tu familia duda que vivas, y para cerciorarse de tu existencia, es preciso que contestes á las preguntas que te se hacen por tu mujer y cuñado en esta carta, y que vas á leer ahora mismo, teniendo muchísimo cuidado de no mirar atrás, si no quieres sufrir las consecuencias.

Y el *Garibaldino* entregó á Orellana la consabida epístola de Jimenez.

Tomóla el prisionero, y procurando leerla con el ánsia que fácilmente se comprende, vióse obligado á desistir de su intento, á causa de la turbacion de su vista, porque despues de haber permanecido tantos dias con los ojos vendados, la luz le impresionaba y ofendia de tal suerte, que le era imposible leer.

—¿Qué es eso? ¿No entiendes lo que te dicen? preguntó el *Garibaldino*, que permanecia de pié á su espalda.

—Es que no veo.

—Pues cierra los ojos con fuerza durante algunos momentos y vuelve á abrirlos; repite esta operacion varias veces, y luégo verás.

Orellana tomó el consejo, y mediante el procedimiento recomendado, y á medida que sus ojos se iban habituando á la luz, consiguió al fin, bien que no sin gran trabajo, recobrar la vista.

Entónces leyó la carta, y luégo que se hubo enterado de su contenido, manifestó hallarse dispuesto á contestar á todas las preguntas que se le dirigian.

—No es necesario que respondas por escrito, dijo el jefe; pues basta que contestes de palabra.

En efecto, así lo hizo el cautivo satisfaciendo las preguntas de su cuñado, cuyas respuestas escuchó muy atentamente el jefe para retenerlas en la memoria.

Es de advertir, que los demás bandidos, agrupa-

dos junto á la puerta, escuchaban tambien este diálogo, y por consiguiente, iban reteniéndolo, y alguno apuntando las citadas contestaciones.

—¿Y qué dices respecto á las preguntas que tu mujer te dirige? interrogó el *Garibaldino*.

—La primera, repuso el secuestrado, se refiere á cierta señal que tiene mi esposa, que es una berruga en el pecho.

—¡No está mala esa preguntita! exclamó riéndose el *Garibaldino*, cuya hilaridad encontró ruidoso eco en el grupo de los bandoleros.

—¿Y qué significa esa otra pregunta del baul? añadió el jefe.

—Esa otra pregunta... quiere decir...

Orellana se detuvo, como si la voz se le anudase en la garganta.

—Vamos ¿qué es ello?

—Yo no acierto... ¡Habia tantas cosas en aquel baul..!

—¿Te has escamado porque nos hemos reido? ¿Tal vez se trata de otro secreto por el estilo? ¡Esto es lo que se llama un matrimonio cariñoso!

—No se trata de nada de eso.

—Anda, hombre, no nos muelas; dí lo que sea, que aquí no nos espantamos de nada.

El prisionero parecia encontrarse muy apurado, y era evidente que procuraba por todos los medios posibles eludir la respuesta exigida.

—Vamos, responde, camastronazo de Barrabás, insistió el jefe entre colérico y risueño.

Pero en lugar de responder, Orellana contestó con la siguiente pregunta:

—¿Abrieron ustedes un baul que habia en una de las alcobas de mi casa?

—Se abrieron varios y, por lo tanto, no sé qué decirte; pero ese baul ¿qué contenia?

—Algun dinero en oro.

—Pues entónces, de fijo que no se abrió.

—¿No es verdad, muchachos?

—Esa es la fija, respondieron á una los bandidos.

—¡Gracias á Dios que ya pareció el gato! ¡Que torpes fuimos!

Estas palabras del jefe produjeron en los bandidos un sordo murmullo, á la vez de ira y de gozo.

Todos se imaginaron que se trataba del baul famoso que contenia los miles de onzas de que tanto les habian hablado, y cuya noticia habia sido la verdadera causa del asalto de la casa y del secuestro del amo.

Así, pues, el *Garibaldino* radiante de júbilo y dirigiéndose á los bandidos, prosiguió:

—Bien decíais, muchachos, que vuestros informes eran seguros y que el *Manco Pititi* no engañaba.

—Como que es una gran comadreja, dijeron los bandidos muy satisfechos.

—Vamos, Orellana, responde cuanto ántes á esta pregunta que es la más interesante para el negocio, que desde ahora preveo que ya se terminará en paz y gracia de Dios. Además, debes tener en

cuenta, que tu contestacion es tu fé de vida, y que con ella tranquilizarás á tu familia y te verás pronto libre.

Sin duda, el lector recordará que los bandidos, en la noche que se apoderaron de Orellana, en medio de su furor é impaciencia por registrar toda la casa, nunca lograron tropezar con la llave de una alcoba en la que estaba el baul consabido, de suerte que el secuestrado sabía muy bien que no lo habian descubierto; pero afectaba ignorarlo, temeroso del enojo de los bandidos, á quienes repetidas veces y con grande insistencia habia asegurado, que no tenía más dinero que el que habian tomado del cajon de la mesa en su despacho.

Ahora bien, hecha esta explicacion, y recordado este incidente, desde luégo se comprenderá la crítica situacion en que el infeliz cautivo se encontraba con respecto á los bandidos, los cuales en la respuesta á la pregunta de la desconsolada esposa veian la plena realizacion de los ensueños de su codicia, en tanto que el secuestrado comprendia perfectamente que una sola palabra de sus labios, era bastante para destruir todos los castillos en el aire que tan sin fundamento habia fabricado en un instante la loca fantasía de sus perseguidores.

Orellana, pues, continuaba muy rehacio en contestar por las razones indicadas; pero los bandidos atribuian aquella resistencia á su tenaz empeño de no soltar el gato.

Bajo esta impresion el *Garibaldino* insistió:

—No seas avariento ni testarudo, porque la vida vale más que el dinero; conque responde pronto, si quieres evitar la muerte.

—La respuesta es muy sencilla, dijo resueltamente Orellana.

—¡Responde! ¡Responde! exclamaron todos.

—La cuestion se reduce á un calcetin, que tenía yo en ese baul, con el propósito de ir guardando todos mis ahorros y ya habia reunido en el tal calcetin hasta la cantidad de tres mil reales en medias onzas de oro. ¡Hé aquí á lo que se refiere la pregunta y á lo que se reduce la respuesta!

Es imposible describir el múltiple y contradictorio efecto que semejante explicacion produjo en el ánimo de los bandidos.

Al entusiasmo de sus doradas ilusiones siguió bien pronto el desengaño de la prosáica realidad; al júbilo sucedió la ira y á ésta reemplazó en algunos, entre los cuales se encontraba el *Garibaldino*, una mezcla indefinible de sentimiento en que la blasfemia y la broma, lo serio y lo jocoso, la cólera y la risa á un mismo tiempo se confundian.

—¡Maldito de cocer! exclamó el jefe. ¡Pues está buena la salida! Casi tiene razon *Vaca-rabiosa* en querer matarte. ¡Lucidos hemos quedado!

—¡Pues nos ha *diñado el gran camelo del siglo!* exclamó la cuadrilla entre amostazada y risueña.

—Conque de veras, Orellana, ¿tú no tienes otra cosa que contestar á lo que tu mujer te pregunta?

—Nada más tengo que responder, dijo el prisionero con la más perfecta sencillez.

—Está bien, hombre, está bien, replicó el *Garibaldino* con un acento más fácil de comprender que de pintar.

Tornando á vendarle los ojos, arrojó al cautivo de un empellon sobre el lecho, diciéndole:

—Enviaremos tus respuestas; pero como los doce mil duros no vengan, me parece que tus camándulas van á tener mal fin.

—Pues entónces acaben ustedes conmigo, porque mi familia de seguro no podrá reunir ese dinero, repuso el cautivo con desmayado acento.

—Descuida, que todo se andará.

Ya se disponian á bajar los bandidos, cuando al pié de la escalera oyóse una voz de mujer, que dijo:

—Preparaos, muchachos, que viene gente.

—¡Los retacos, y cada cual á su puesto! exclamó el jefe.

Y despues de cerrar la puerta, todos se precipitaron atropelladamente por la escalera.

CAPÍTULO XIV.

UNA OFERTA.

Cuando los bandidos bajaron para tomar sus armas y apostarse convenientemente, les salió al paso una mujer, como de unos veintiocho años, alta, delgada, no mal parecida, y la cual habia sido la que acababa de darles la voz de alarma.

Llamábase esta mujer María Moreno Macario y estaba casada con Francisco Oliver y Perez, que era el casero del cortijo de la Media-luna, propiedad del infante don Sebastian.

Ambos cónyuges eran naturales de Pinos Puente, provincia de Granada, y servian de cómplices á los bandidos, á quienes preparaban de comer, así como al secuestrado, dándoles además aviso de todo lo que ocurría y pudiera importarles á los malhechores.

—¿Qué sucede, María? le preguntó el jefe.

—He venido corriendo para avisarles que viene por el camino un tropel de gente y algunos guardias civiles.

—¿Y crees que pararán aquí?

—No lo sé; pero bueno es que esteis prevenidos.

En esto empezaron á ladrar los perros, indicio seguro de que la gente se aproximaba.

—Es posible que no se detengan aquí; pero por si acaso, muchachos, ojo al Cristo y estar dispuestos para lo que pueda suceder, dijo el jefe.

Los bandidos se dispusieron para defenderse en el caso de ser atacados, miéntras que la casera salióse á la puerta del cortijo, para avizorar la gente que pasaba y avisarles á sus huéspedes de cualquier peligro que pudiera sobrevenir.

Los perros entre tanto redoblaban sus ladridos, y con el pretexto de llamarlos, aproximóse la casera al camino por donde, en efecto, vió pasar una porcion de gente campesina y una pareja de la Guardia civil, que despues de saludarla y preguntarle si habia *alguna novedad*, siguieron tranquilamente su ruta, una vez que élla les hubo contestado, que nada de particular ocurria por aquellos contornos.

La casera, despues de haber visto alejarse á los transeuntes, volvió al cortijo para tranquilizar á los alarmados secuestradores.

Trascurridas algunas horas, y despues de haber tomado las oportunas precauciones, los bandidos abandonaron aquella morada, á excepcion de la pareja encargada de custodiar al prisionero.

Los bandidos dieron las instrucciones convenientes al emisario que habia de entenderse con Bartolomé Jimenez, para demostrarle con las respuestas dadas por Orellana, que éste vivia.

Pero en esta ocasion no le fué tan fácil al emisario avistarse con Jimenez, no obstante que ámbos habian convenido de antemano el modo y forma de verificar sus entrevistas.

Al fin, el mensajero de los malhechores, no sin gran trabajo y dificultades, consiguió conferenciar con el cuñado de Orellana, quien reconvenido ásperamente por aquél, le respondió:

—Amigo mio, desde que nos vimos la última vez, han cambiado mucho las cosas, pues á pesar de nuestra gran reserva, creo que la Guardia civil se ha apercibido de nuestros tratos.

—La Guardia civil no se mete en esas honduras, replicó el emisario.

—No se habrá metido hasta ahora; pero hace algunos dias que se mete en honduras, que vigila todos mis pasos y que no me deja vivir, á consecuencia, sin duda, de las severas órdenes que ha recibido.

—Calle usted, hombre de Dios, y no haga caso de pamplinas. Despues de tantos dias que se llevaron á José, sin haberse averiguado nada, ¿quiere usted ahora que yo crea que de repente les ha entrado gana de meterse en camison de once varas?

—Pues no te quepa duda, que de repente les ha entrado mucho brío y celo por averiguar lo que haya respecto á José; y si he hecho todo lo posible por que nos veamos, sólo ha sido por saber las respuestas que me traes, porque mi pobre hermana está inconsolable, pues no hay quien la saque de

a cabeza que han dado muerte á su marido.

—Pues no hay tales carneros, y la prueba es que yo traigo la contestacion á todo lo que se le preguntaba en la carta.

Entónces Jimenez creyó conveniente invitar al emisario á que, cuanto ántes, satisficiese sus preguntas, dilatando para despues el referirle, más por extenso, los graves motivos que le habian impedido avistarse ántes con él, así como el orígen de la constante vigilancia de que recientemente era objeto por la Guardia civil.

El emisario, pues, contestó satisfactoriamente á todas las preguntas que Jimenez y su hermana habian dirigido al secuestrado.

Obtenidas estas respuestas, que le llenaron de satisfaccion, Jimenez dijo:

—Yo me alegro mucho de las buenas noticias que me traes; pero ahora debo manifestar que no sé cómo vamos á llevar adelante nuestro negocio, porque has de saber que el nuevo Gobernador que ha venido á Córdoba, no deja parar á la Guardia civil y quiere que ésta averigüe todo lo que pasa, y que no pare ni de dia ni de noche, hasta que se descubran todos los crímenes y todos los criminales, y muy particularmente les ha impuesto á los civiles la obligacion de que, bajo su responsabilidad, le informen de todo lo que ha ocurrido en el secuestro de mi cuñado.

—¡Ya pareció el nuevo Gobernador! exclamó el emisario con cierto aire de zumba.

—Tambien se ha sonado por ahí, que viene de mano armada contra los *caballistas;* pero al fin y al cabo, ese Gobernador será como todos.

—Yo no sé lo que será; pero lo que digo es, que á mí me trae loco desde que llegó, y te aseguro que no me llega la camisa al cuerpo.

—Ríase usted de todo eso.

—La cosa no es para risa ni broma, pues la Guardia me trae acosado á preguntas y repreguntas para que cuente todo lo que pasa; y además, el Gobernador me ha mandado una órden muy expresa y terminante, en la que me dice que nada haga sin consultarlo ántes con él, y prohibiéndome con la mayor severidad el que entregue un cuarto por el rescate de mi cuñado.

—Pero supongo que ni usted ni su hermana dejarán aquel hombre en los cuernos del toro; en fin, usted dirá lo que ha de hacer y decir.

—Te aseguro que no sé qué aconsejar, ni qué hacer, ni qué decirte; pues aunque quisiera darte los doce mil duros, estoy muy léjos de tenerlos reunidos, y luégo con la órden del Gobernador... en fin, estoy mareado y no veo salida que sea buena.

—Yo no me meto en lios; pero usted considere que aquella gente me pedirá una respuesta, y yo diré lo que usted me mande, porque yo aquí ni quito ni pongo, ni tengo más interés que el de servirle en este trance, como un buen amigo.

—Buen hombre, eso por sabido se calla, y siem-

pre te estaré agradecido. ¡En qué aprietos se ven los hombres!

—Verdad que sí; pero yo ¿qué respondo?

Jimenez comprendió toda la fuerza de la pregunta de su interlocutor, y áun cuando, en efecto, atendido el estado de turbacion é inquietud en que se encontraba, él no sabía qué respuesta darle, no por esto dejaba de conocer que era de todo punto necesario enviar alguna contestacion á los bandidos; así, pues, permaneció algunos momentos silencioso y meditabundo, hasta que al fin exclamó:

—¡No veo más salida! Si esa gente quisiera, el negocio estaba concluido en un dos por tres, y nos quitaríamos de quebraderos de cabeza.

—Pues usted dirá, señor Bartolo.

—La cosa es muy sencilla; tengo en Antequera sesenta mil reales; si los quieren, yo haré una escapada para recogerlos, sin que la tierra lo sienta; que me entreguen á José y que se lleven ese dinero, que es todo lo que hasta ahora he podido reunir; pero eso no quita que poco á poco se les vaya entregando lo que se pueda hasta completar la cantidad que sea razon.

—Pues diré eso mismo, sin quitar ni poner una palabra.

—Si esa gente se conformara con esta propuesta, yo aseguro que sería lo mejor para todos, porque así mi hermana se quedará tranquila; José, una vez libre, puede allegar más recursos; y á éllos

dejaría de perseguirlos ese Gobernador que, segun preveo, no es fácil que jueguen con él, y nos va á poner á todos las peras á cuarto.

—Quizá tenga usted razon, y no ha de quedar porque yo falte en decirlo tal y conforme usted me lo ha dicho.

En seguida ámbos se despidieron, recomendando Jimenez al emisario su pronta vuelta con la contestacion, á fin de salir cuanto ántes de aquel atolladero.

Jimenez regresó á casa de su hermana, á la cual le dió cuenta de que felizmente su esposo vivia, así como tambien de la última resolucion adoptada.

La desconsolada esposa, al oir las plausibles respuestas que le comunicó su hermano, recibió el inmenso gozo que desde luégo se comprende; pero múy pronto volvió á sus angustias y zozobras, considerando que el mensaje, que ahora llevaba el emisario de los bandidos, podia lo mismo ser la más venturosa de las soluciones que la causa más inmediata é inevitable de que los secuestradores, si no aceptaban la propuesta, sacrificasen en su furor y sin remedio á su amado esposo.

Y aunque Jimenez hizo todos los esfuerzos posibles por alentar á su acongojada hermana, todavía ésta permaneció en las más crueles alternativas, fluctuando entre el temor y la esperanza.

Estas dudas é inquietudes, tan naturales de suyo, en la situacion en que se encontraba, se agravaron

más y más á consecuencia de haberse apercibido ella tambien de las entradas y salidas de la Guardia civil en su casa, y de las preguntas, cuchicheos y conferencias de aquélla con su hermano, á fin de averiguar hasta los más minuciosos detalles ocurridos, no ya sólo en el acto material del secuestro, sino tambien respecto á los tratos, manejos, ofertas y cuantos pasos se hubiesen dado por la familia para conseguir el rescate de Orellana.

Resultó, pues, que en virtud de las apremiantes órdenes del Gobernador, así la hermana de Jimenez como todo el pueblo, llegaron á entender que ahora las cosas llevaban otro camino y que la persecucion contra los criminales arreciaba por momentos con inusitada perseverancia y energía.

En efecto, á esta sazon me habia yo encargado del gobierno de la provincia, y como ya he indicado en otro lugar, inmediatamente adopté cuantas disposiciones creí oportunas y eficaces, así para salvar al secuestrado, como para que los secuestradores recibiesen el condigno castigo.

Y ya el lector sabe que, atendiendo al decoro de mi autoridad, una de aquellas disposiciones consistia en la terminante prohibicion á la familia de Orellana de que entregase dinero alguno por el rescate del cautivo.

Por desdicha, esta señora estremecíase á la sola idea de semejante intervencion, que consideraba peligrosa ó funesta para la vida de su esposo, y por lo tanto, élla guardaba la más absoluta reserva

respecto á las inteligencias que traian con los bandidos.

¡A tal punto de anulacion y descrédito para con los particulares puede llegar la autoridad pública, por las propias y tradicionales faltas de sus representantes!

CAPÍTULO XV.

JUSTICIA DE ENERO.

La famosa cuadrilla de secuestradores, que se apoderó de Orellana, estaba compuesta de hombres de las más diversas condiciones, así por sus cualidades personales, como por su posicion social.

Cada uno tenía su modo de vivir aparente y eran vecinos de distintos pueblos, en los cuales residian libres y seguros, por más que algunos de éllos estuviesen tildados de triunfar y gastar más de lo que sus haberes conocidos permitian; pero es lo cierto, que ninguno encontraba obstáculo legal en salir á caballo de su pueblo y hacer sus frecuentes excursiones por la cómarca.

La cuadrilla, pues, estaba perfectamente organizada y dirigida, porque entre aquella gente habia hombres de accion y de valor probado, á la par que hombres de consejo y por demás astutos y sagaces.

Excusado parece decir, que á mayor abundamiento tenian en los pueblos y en las capitales espías bien retribuidos, y por añadidura compadres,

amigos, valedores ó padrinos incesantemente bien regalados, y que ocupaban en el concepto público el lugar y la consideracion de personas acomodadas, influyentes y respetables.

Pero en este punto, en honor de la verdad y de la justicia, debo hacer una excepcion, quiero decir, que no siempre aquellos apadrinadores de los bandidos lo son por ruin complicidad en los delitos, sino porque muchas veces las personas más severas en su conducta se han visto libres y salvas de las asechanzas de los criminales, en virtud de secretos avisos de alguno de éllos, que por favores anteriormente recibidos, por afecto, simpatía ó amistad, les han revelado los peligros que corrian, y á su vez los favorecidos, en cambio de aquella proteccion oculta, se declaran sus favorecedores.

Además de estos padrinos, cuyos móviles morales no pueden censurarse en absoluto, sobre todo en un país donde la seguridad personal no se encuentra ni medianamente garantida, existe otra casta de gentes que pertenecen á familias antiguas y distinguidas, que muy desatentadamente hacen alarde de seguir las tradiciones de sus mayores, protegiendo y amparando en sus fincas y hasta en sus propias casas á los bandidos más desalmados, sin más razon ni motivo, que el de seguir aquella perniciosa costumbre, complaciéndose en tener quien les guarde las espaldas, ó creyendo darse lustre por saber todo lo que pasa en estas hediondas regiones de la sociedad, ó jactándose de que ni á

éllos ni á sus amigos pueden ocurrirles graves percances, sin que de antemano por lo ménos, tengan aviso, en el caso de que sus protegidos no puedan evitarlos.

Volviendo á la tal cuadrilla, debo decir, que todos sus individuos tenian padrinos y amparadores de cuantas clases existen y pudieran apetecerlos ó necesitarlos en sus cuitas.

Los secuestradores, ya individual, ya colectivamente, recibian de sus *maestros* las oportunas instrucciones para buscar negocios y *poner espartos*, lo cual verificaban frecuentando siempre ferias, fondas, casas de juego, *montañeses*, tascas y corrinchos de todas marcas y especies, sin olvidar los sitios en que se chalanean y venden bestias, ni tampoco aquellos en que se tratan y conciertan en gordo los negocios mollares del contrabando.

Ya se comprenderá, que cada uno de aquellos mozos llevaba constantemente media docena de cédulas de vecindad, que representaban otras tantas personalidades; de suerte, que en cada region se les conocia por nombres, apellidos ó apodos distintos, aunque en realidad fuesen un solo y verdadero tuno.

Por carácter y por cálculo iban por todas partes gastando rumbo y derramando plata, obteniendo así en francachelas y cotarros de las grandes poblaciones, en las posadas de los lugares, y en las ventas, ventorros y cortijos en los despoblados, que todo el mundo les pusiese buena cara, char-

lase largo con éllos y les diera cuantos informes, noticias y avisos pudieran apetecer, para prevenir y dar sobre seguro los más famosos y estupendos golpes.

Y para conseguir todos éstos y otros buenos servicios, además de su rumbo y donaire, no desperdiciaban ocasion alguna de convidar mozos, requebrar mozas, armar bailoteos y jolgorios, tañendo la guitarra y cantando á lo flamenco, y á las veces perdonando vidas y armando broncas por un quítame allá esas pajas, si por acaso así conviniese á sus propósitos.

Por lo dicho se comprenderá que la tal cuadrilla, tan pronto se reunia como se dispersaba, aumentándose ó disminuyéndose el número de sus individuos, segun sus quehaceres y conveniencias, si bien nunca dejaban de saber de antemano dónde y cómo podian verse, además de los puntos de reunion particular y préviamente designados en las ocasiones en que se hallaban, por decirlo así, de servicio.

Ahora bien; el emisario, que sabía de antemano en dónde podria encontrar algunos de la cuadrilla, se apresuró á buscarlos para participarles la propuesta, y, más que todo, las graves y alarmantes noticias que respecto á las disposiciones adoptadas por el Gobernador, Jimenez le habia comunicado.

Es de advertir, que el tal mensajero, que tan inocente é inofensivo se presentaba para con Jimenez, era uno de tantos bribones que pertene-

cian á la sociedad de los secuestradores, y á quien habia tocado en aquella ocasion el desempeño del papel de recadero, á consecuencia de conocer y tratar de tiempo atrás á la familia de Orellana.

En efecto, en el lugar determinado y convenido, que era el pueblo de Benamejí, encontró el emisario á los bandidos, los cuales se reunieron en cierta casa que tiene un subterráneo, en donde acostumbraban juntarse, y en aquel apartado recinto les refirió todo cuanto ya el lector sabe, respecto á la oferta de Jimenez y la vigilancia de que era objeto por parte de los agentes del Gobernador, el cual, además, le habia prohibido que en ningun modo mantuviese tratos ni entregase dinero alguno para rescatar á Orellana.

Al oir tales noticias, tan contrarias á sus esperanzas y proyectos, los bandidos que allí se hallaban, fuertemente impresionados por el relato del recadero, bramaban de ira, y todos á una voz gritaron furiosos que ya no habia otro remedio, sino el de hacer pedazos al prisionero, cuya menor tajada habia de ser una oreja.

En cuanto á la proposicion referente á los sesenta mil reales, que Jimenez habia prometido entregar, la juzgaron como una burla y un artificio para eludir el pago de la cantidad exigida por el rescate.

Así, pues, los bandidos opinaban que la mejor respuesta para la familia de Orellana, que con tantos recelos y rodeos procedia para con éllos, era

dar muerte sin apelacion y cuanto ántes al cautivo.

Y es seguro que si en aquel momento aquella gente hubiera tenido á mano al infeliz Orellana, lo hubieran sacrificado bárbaramente á su furor y encono.

Con tal propósito partieron de Benamejí los bandidos, si bien con la intencion de comunicarlo ántes á su jefe, á quien debian encontrar al paso en la citada Venta Vieja, que, como ya se ha dicho, les habia servido de punto de reunion para disfrazarse de guardias civiles, y en donde todavía conservaban las carabinas y uniformes, que más tarde, no sin grandes y prolijas averiguaciones por mi parte, se descubrieron enterrados dentro de la misma venta.

Hallábase el *Garibaldino* con otros dos de la cuadrilla, cuando llegaron sus compañeros, los cuales se apresuraron á referirle todo lo acaecido, así como su resolucion de matar en seguida á Orellana.

El *Garibaldino* escuchó con gran calma y particular atencion aquel relato, comprendiendo al punto que necesitaba sumo tacto y habilidad para disuadirlos de su intento y para demostrarles que precisamente habian entendido la cuestion, de todo en todo, al revés de como él la juzgaba.

Por lo demás, ántes de proferir una palabra, dejó que todos hablasen con el ímpetu, atropellamiento y violencia característicos de aquella gente

ruda, feroz y apasionada, obediente siempre y de un modo ciego á los primeros impulsos de sus impresiones.

Con esta serenidad y táctica, el jefe consiguió conocer á fondo la situacion de ánimo en que se hallaban los bandidos, cuyo propósito exclusivo se reducia á dar muerte al prisionero, para vengarse de las burlas y desprecios de su familia, que tal fué la interpretacion general que entre éllos tuvo la conducta de Jimenez.

—Ya no se puede aguantar más tanta burleta y tanto mareo, dijo *Malas-patas*, cuya repugnante figura revelaba los más sanguinarios instintos.

—Sí, sí; es menester que hagamos un escarmiento, pues parece que se están chiborreando con nosotros, dijo uno fornido y de buena figura, á quien por mote llamaban *Cucarrete*.

—Lo mejor será matarlo, y además sacarle los cuartos á la familia, añadió el *Patilludo*.

—Como me hubiérais dejado á mí, ya estaria todo esto acabado, dijo impetuosamente *Vacarabiosa*. Desde el primer dia lo tengo dicho, que ese hombre nos va á dar mucho qué hacer; y si por mi gusto fuera, le cortaríamos la cabeza y se la enviaríamos á esa familia de corbatos, aunque no sacásemos un real; pues lo principal es que todo el mundo se estremezca al pensar en nosotros.

—Pues tambien lo tengo yo dicho desde que nos salió al paso la zorra, dijo el de más edad, que desde la aventura del cementerio siempre se mani-

festaba receloso del buen éxito de aquella empresa.

—Veo que olvidais lo principal de la cuestion, repuso el *Garibaldino.*

—Lo principal es acabar de una vez con ese mal bicho, insistió *Vaca-rabiosa.*

—Bien, hombre, acabaremos con él, dijo el jefe, no creyendo que debia chocar de frente con la opinion general de los bandidos. Pero, sin perjuicio de hacer con el prisionero lo que más convenga, repito que la noticia principal que nos habeis traido, no es la de que Jimenez ofrezca una cantidad mezquina por el rescate, sino la de esas disposiciones que dice ha tomado el nuevo Gobernador, prohibiéndole que trate con nosotros. ¡Hé aquí lo importante!

—Eso será verdad ó será mentira, porque tambien puede ser una añagaza para no dar lo que se le ha pedido, replicó *Malas-patas.*

—¿Y cómo es que hasta ahora Jimenez no habia dicho nada del Gobernador? No tengais duda de que algo hay de verdad en ello, y ese algo nos importa muchísimo averiguarlo.

Esta observacion tan atinada del *Garibaldino,* produjo un efecto singular en los bandidos, que permanecieron silenciosos, aunque evidentemente contrariados, pero sin acertar á contradecirle de una manera satisfactoria.

Sin embargo, despues de algunos momentos de indecision, *Vaca-rabiosa* se atrevió á decir:

—Y ¿qué tenemos nosotros que ver con las dis-

posiciones del Gobernador, ni del Niño de la Bola? ¿Qué puede hacer para impedir la muerte de aquel perro viejo? Despues de muerto, que reclame. ¡Vaya unos inconvenientes!

El *Garibaldino* permaneció impasible, como si no hubiese oido ni una sola de las palabras proferidas por *Vaca-rabiosa.*

Y dirigiéndose al emisario, que estaba presente, le preguntó:

—Vamos á ver, ¿qué opinas tú de lo que te ha dicho Jimenez?

—Creo que dice verdad.

—¿Y en qué te fundas para creerlo así?

—Me fundo en muchas razones, porque al fin y al cabo, uno conoce la gente, y no nos hemos caido del techo. Yo fuí á buscarle adonde... habíamos convenido, y me costó mucho trabajo encontrarlo, cuando él siempre me ha estado esperando con muchas fatigas. Además, cuando nos vimos y hablamos, el hombre estaba tan azarado, que no le llegaba la camisa al cuerpo y mirando á todas partes con mucha escama, como si temiera que alguien le siguiese; y por otra parte, su oferta de dar los sesenta mil reales, no la llevaba pensada, porque tardó mucho tiempo en dar en élla, como un medio de acabar de una vez con este negocio, quitándose de ruidos con el Gobernador, á quien le teme más que á vosotros; y por eso me dijo que iria á Antequera á recoger el dinero, sin que la tierra lo sintiese; y por último, que yo luégo me enteré en

Palenciana, de que es verdad que la Guardia civil anda que bebe los vientos por averiguar todo lo que allí ha pasado.

—¿Y te habrán dicho en el pueblo la verdad? interrogó el *Garibaldino.*

—De seguro, porque quien á mí me lo ha dicho no tiene interés en engañarme, y además que yo, por si la cosa va de veras, me he avistado con mi padrino y éste me ha dicho, con más fatigas todavía que Jimenez, que el Gobernador viene de mano armada, que lo vamos á pasar muy mal, que es menester ahora más ojo que nunca, que dentro de pocos dias hemos de conocerlo por sus hechos; pues desde que ha llegado no pára, ni duerme, ni descansa, y porque ha prometido al Gobierno acabar con los secuestros, y ha llamado á los guardias y los ha puesto como nuevos, y segun éstos dicen, es un hombre jóven, que ni teme ni debe, que no guarda contemplaciones con nadie, y que al que cae por su banda ni la recomendacion de la Vírgen Santísima lo levanta, y que en fin, es un perro malo y rabioso, que nadie podrá domesticarlo. Esta es la verdad; el capitan tiene razon en pararse en lo que se ha parado, porque el hueso que hay que roer ahora es el del Gobernador.

Esta relacion produjo una imperceptible sonrisa en los labios del *Garibaldino*, que pareció muy satisfecho de que las palabras del emisario vinieran á confirmar plenamente su opinion y sus temores.

Pero en sentido inverso, el tal relato no produjo

efecto alguno en el corro de los bandidos, que á mandíbulas batientes se reian del Gobernador y de todos los recelos que inspiraba.

—Todo eso no es más que conversacion, dijo desdeñosamente *Vaca-rabiosa;* pues cuando nosotros montamos á caballo con nuestros retacos, valemos más que cien gobernadores juntos, porque somos los reyes de Andalucía.

—Bueno es saber, sin embargo, todo lo que pasa, dijo discretamente el jefe.

—No digo que no; pero con un misto me atrevo yo á domesticarlo, porque no le dejaré una hacienda en pié, ni un árbol que no se lo haga ceniza.

—Pero, si ese hombre no es de esta tierra, ni por aquí tiene haciendas ni ganados, ni un terron suyo á que meterle mano, ¿cómo ni de qué manera podrás domesticarlo? replicó el emisario. Eso está bueno para otros gobernadores, que siendo de la tierra, se los puede sujetar por el espanto.

Con aquella objecion quedóse *Vaca-rabiosa* mudo y confundido; pero rechinando los dientes de ira.

—Yo no sé de dónde será ese Gobernador, dijo el jefe, pero el apellido Zugasti es vizcaino.

—Pues si no tiene por aquí tierras ni ganados, tiene pellejo, y yo me atrevo á ir á Córdoba y desollarlo vivo, dijo *Vaca-rabiosa*, como si hasta entónces no hubiese dado con la respuesta á la objecion del emisario.

—No hay que precipitarse, replicó tranquilamente el capitan. Se hará todo lo que sea necesa-

rio hacer con Orellana, con el Gobernador y con el Verbo divino; pero todo esto no quita que ántes de tomar una resolucion procuremos informarnos de la verdad de lo que haya, para lo cual convendrá que veais á vuestros padrinos y á los señores que os protegen en Córdoba y que no perdonen medio ninguno para traerlo á razones y que deje vivir á la gente, y si despues de esto, no se viniese á buenas, entónces iremos hasta donde se deba ir, desde el espanto hasta la muerte, lo cual tampoco será necesario, porque si vuestros padrinos tienen tanto valimiento como vosotros decís, les será tan fácil quitarlo de Córdoba como fumarse un pitillo.

—Tiene usted razon, dijo *Malas-patas*, porque nuestros padrinos han amansado muchas veces con salero y con gracia, y sin que éllos mismos lo adviertan, á otros toritos más bravos. Además que todo ese rigor, ya verá usted como no es más que justicia de Enero, como dice mi tio.

—Creo que no te equivocas, repuso el capitan; pero tambien debe tenerse en cuenta, que si la justicia de Enero nos agarra en el mismo mes, saldremos reventados, y que al pobrete que caiga, le importará bien poco que luégo se amanse la justicia en Febrero. ¿Te has enterado, *Malas-patas?*...

Esta donosa y oportuna salida del astuto *Garibaldino* produjo la más franca hilaridad y general asentimiento por parte de la cuadrilla.

Ahora bien, una vez convencida la cuadrilla por las razones de su jefe, éste ordenó que el emisario

volviese á Palenciana para anunciarle á Jimenez, que en ningun modo admitian su oferta y que era necesario que á todo trance la familia reuniese los doce mil duros, si queria evitar la muerte del secuestrado.

Tambien le encargó al mensajero que manifestase á Jimenez gran desprecio hácia el Gobernador, y todas sus disposiciones de parte de los bandidos, los cuales oyeron esta órden con suma complacencia.

Igualmente mandó, que cada uno se avistase con sus padrinos y valedores, y que algunos fuesen á Córdoba para enterarse á fondo y con gran sigilo de la verdad de lo que pasaba, procurando conocer personalmente al Gobernador, sus costumbres y condiciones, y, por último, dijo que él se reservaba el avisar á los compañeros que custodiaban á Orellana, de todo lo que ocurria, para que éllos tambien por su parte hicieran lo que pudiesen.

Dadas las precedentes órdenes, y despues de haber acordado el dia y sitio en que habian de reunirse, los bandidos y su jefe montaron á caballo y partieron de la venta en diversas direcciones.

CAPÍTULO XVI.

EL CORTIJO DE LA MEDIA-LUNA.

Entre tanto, los guardianes de Orellana pasaban una vida más alegre que sus compañeros, pues para entretener sus ocios se entregaban al galanteo de la casera y otra jóven amiga suya, que allí acudia con frecuencia, desde el inmediato pueblo donde moraba.

Esta jóven amiga tenía por nombre Carmela y estaba casada con Manuel Crespo, al cual se culpó más tarde por la casera de haber sido el que llevó á los secuestradores con Orellana al citado cortijo de la Media-luna.

Tanto Manuel Crespo como su mujer eran naturales y vecinos del cercano pueblo de Pinos Puente.

Ahora bien; el lector recordará que los bandidos se detuvieron con el secuestrado por espacio de tres dias en una casa ó posada, ántes de conducirle á la mansion en que ahora lo tenian; de cuya circunstancia fácilmente se deduce que aquel tiempo debió invertirse en proporcionar el definitivo alojamiento de Orellana.

Pero volviendo á mi relato, diré que cuando la casera se hallaba sola con su amiga en el piso bajo, llamaba á los centinelas, que al punto acudian al amoroso llamamiento.

Esta circunstancia dió lugar á que muchas veces dejasen completamente solo al secuestrado, el cual aprovechaba la ocasion para bajarse los pañuelos y atisbar lo que abajo pasaba, llegando á ver repetidamente á la casera y á sus guardianes, de los cuales el uno era mellado, por cuyo sobrenombre le conocian, miéntras que el otro era robusto, alto y de buena figura.

Tambien tuvo modo y ocasion, procurando no hacer ruido con los grillos, de acercarse á la ventana, desde donde podia divisar los alrededores y situacion del cortijo; pero tanto éste como otros pequeños solaces que pudiera disfrutar el cautivo, á consecuencia del abandono en que lo tenian, estaban profundamente amargados por la consideracion de que no sólo el galanteo de sus guardianes era la causa de su extraordinario descuido, sino la de que á este motivo se añadia otro más doloroso y terrible, como lo era la persuasion íntima en que los centinelas estaban de que, al fin y al cabo, sería inevitable la muerte de su prisionero, por la imposibilidad que este mismo le habia encarecido de que su familia reuniese los doce mil duros, y por la firme resolucion que los secuestradores abrigaban de sacrificarlo á su encono, si no recibian la cantidad reclamada por su rescate.

Así, pues, tanto los centinelas como el preso, en virtud de las conversaciones habidas entre éllos, aguardaban el trágico desenlace, como la cosa más natural del mundo.

Y á tal extremo llegaba esta conviccion recíproca, que habiéndoles pedido el prisionero que le diesen una camisa limpia, porque despues de tanto tiempo, la que llevaba puesta, si la dejaban en el suelo, andaria élla sola, por el infinito número de pequeños y parásitos huéspedes que en su acochambrado recinto contenia, los bandidos le replicaron:

—Para lo que has de vivir, ¿á qué te quieres meter en esos cuidados? ¡Bueno estás así!

Pero áun cuando el cautivo estaba tan persuadido como los bandoleros de su próxima é inevitable muerte, era tan insufrible, asqueroso, repugnante y desesperador el martirio que la sucia camisa le causaba, que una y otra vez, por espacio de algunos dias y con tenacidad increible, Orellana insistió en su peticion, hasta que al fin, ya cansados los bandidos de aquella sempiterna cantinela de la camisa, le dieron una limpia, que era de uno de éllos, miéntras le lavaban la suya, sometiéndola además á un procedimiento insecticida.

Los guardianes pasaban largas horas abajo, muy contentos y embebecidos con las dos citadas mozas; pero como en este pícaro mundo no hay dicha completa, ocurríales algunas veces, que cuando más engolfados estaban en sus coloquios y requie-

bros, veíanse obligados á subirse precipitadamente á la estancia del prisionero, á consecuencia de la llegada de algunas personas que circulaban por aquellos contornos, y á cuyas miradas, sin duda, éllas y éllos deseaban sustraerse.

La casera, sobre todo, temia que la sorprendiesen con los bandidos los labradores de las tierras contiguas, entre los cuales se contaba un tal don Luis Baena, vecino de Pinos Puente, y á quien la mencionada casera miraba con mucha consideracion y respeto, porque aquel caballero era el amparador de todas sus cuitas, y tanto á élla como á su marido, les habia dispensado su proteccion en diversas ocasiones.

Por lo demás, los centinelas se habian habituado á mirar al preso con la más absoluta indiferencia, considerándole ya como á un difunto; y ora fuese por esta causa, ó ya porque en algunos momentos se juzgasen allí más seguros, pues que nadie más que éllos penetraba en la cámara del secuestrado, es lo cierto, que sin miramiento alguno, pisoteando todas las leyes del decoro y sin tener para nada en cuenta la edad respetable y el tristísimo estado del cautivo, se entregaban en su presencia á los más repugnantes y brutales excesos.

¡Tal y tan grande era la seguridad que tenian los guardianes de que el secuestrado no habia de volver á comunicarse con ningun sér viviente, más que con éllos, y áun así por muy breve tiempo!

Miéntras que al infeliz Orellana le daban apénas

el sustento necesario para mantener su triste vida, pasándose alguna vez todo un dia sin que le suministrasen alimento alguno, y regalándole de ordinario con un poco de pescado, tocino crudo, sopas ó patatas por la mañana, y un cocido por la tarde, sus guardianes satisfacian abundantemente sus necesidades y pasaban la vida alegres y gozosos y sacando partido para distraerse y divertirse de todo cuanto les rodeaba.

Así habian trascurrido muchos dias, cuando una noche, ya tarde, se oyeron ladrar los perros y sonó un silbido, á cuya señal salió rápidamente uno de los centinelas, que respondiendo con otro silbido particular, dió aviso de que se podia penetrar hasta el cortijo sin temor alguno.

Muy pronto resonaron las pisadas de un caballo, que se detuvo á la puerta del caserío.

El recien llegado era el *Garibaldino* que, segun su promesa, desde la Venta Vieja se habia encaminado al cortijo de la Media-luna, para comunicar á los guardianes de Orellana lo que habia acaecido.

Muy luégo notaron los centinelas en el semblante del recien llegado, que no eran muy agradables las noticias que les traia.

El *Garibaldino*, pues, los llamó aparte, y teniendo aún el caballo del diestro, les refirió todo lo que el lector sabe, añadiendo:

—Ahora es necesario que cada uno de vosotros vaya inmediatamente, uno despues de otro, á poner en juego todas vuestras relaciones y conocimientos

para ver de sujetar los arranques de ese maldito Gobernador.

—¿Y quién se queda con el preso? preguntó el *Mellado.*

—No faltará quien lo guarde, replicó el jefe; pues para eso he venido, supuesto que yo no tengo más padrinos que los vuestros.

—Pues si usted me deja su caballo, replicó el buen mozo, yo me voy ahora mismo y por la mañana estoy de vuelta.

—Ahí lo tienes, y ya estás marchando.

—Entónces yo me iré mañana, cuando éste vuelva, terció el *Mellado;* pero tardaré algo más, porque tengo que ir bastante más léjos.

—No hay más que hablar. ¡Al avío! exclamó el jefe.

En seguida el buen mozo montó á caballo y salió galopando por el camino de Pinos Puente.

—¿Y cómo anda ese hombre? preguntó luégo el *Garibaldino* al *Mellado.*

—Ahí lo tenemos ya como cosa perdida.

—¿Cómo es eso?

—Porque él mismo nos ha dicho que su familia no podrá reunir los doce mil duros, y que ya está consentido en morir.

—Pero de todas maneras, lo tendreis bien asegurado.

—Ahí está tendido en la cama lo mismo que un cerdo.

—Supongo que no le habreis quitado los pañuelos ni los grillos.

—No; pero hacemos ya tan poco caso de él, que allí lo dejamos solo dias enteros.

—No conviene ser tan descuidados.

—¿Y qué ha de hacer? Con los grillos puestos no se ha de tirar por la ventana, y aunque tuviera estómago para ello andaria tanto como un galápago trabado y le cogeríamos en seguida, majándole además los huesos, y él tratará de evitarlo por la cuenta que le tiene.

—Todo eso es verdad; pero no es bueno confiarse tanto, y sobre todo, es muy conveniente que no vea á nadie.

—Pues si ha querido, de seguro que nos ha visto, porque él es un perro y siempre que puede se baja los pañuelos.

—Es muy natural que así lo haga él; pero vosotros sois unos torpes en dejarle ocasion para ello.

—¿Y qué importa que nos vea, si ha de morir muy pronto?

—Nunca están demás las precauciones, dijo sentenciosamente el *Garibaldino*.

Y ámbos penetraron en el caserío y se dirigieron á la cámara, con objeto de espiar silenciosamente al secuestrado.

CAPITULO XVII.

EL GRAN PADRINO.

El emisario de los bandidos marchó en busca de Jimenez, el cual le hizo presente que no se aceptaba la oferta, y que, por lo tanto, era indispensable que la familia allegase recursos por todos los medios posibles, á fin de reunir los doce mil duros exigidos, sin preocuparse para nada de los recados, exigencias y prohibiciones del Gobernador, supuesto que éste no habia de poder conseguir otra cosa que excitar la furia de los *caballistas*, que en un momento de arrebato y despecho sacrificarian al cautivo, sin que nadie en el mundo pudiera impedirlo.

Jimenez quedóse muy apesadumbrado con la precedente respuesta, pues que habia llegado á creer que acaso los bandidos aceptasen su anterior ofrecimiento; pero, comprendiendo la realidad de la situacion, puso buena cara al emisario, dándole á entender que, en efecto, la familia haría todo cuanto estuviese á su alcance para reunir la mayor suma posible; mas que para obtener este resultado

se necesitaba tiempo y vender algunas fincas, grano y aceite.

Además, añadió Jimenez, que realizar todo esto no era tan fácil, ya porque no siempre hay compradores para lo que se desea enajenar, ya porque tambien nada de esto podia hacerse tan á las calladas, que el Gobernador no se apercibiera y áun lo impidiese; pero que de todas maneras él, lo mismo que su hermana, estaban por extremo interesados en reunir todo lo más que pudieran, y en guardar la reserva conveniente, lamentando que el Gobernador viniese ahora con sus disposiciones á dificultar sus tratos y su buen deseo.

El emisario, muy satisfecho de aquella contestacion, que revelaba la buena fé de Jimenez, le aplaudió su conducta, manifestándole además, como en prueba de su afecto y de la confianza que le inspiraba, que su resolucion era la más atinada y conforme á sus verdaderos intereses; es decir, á los del secuestrado, cuya vida habia corrido gran riesgo cuando llevó la carta pidiendo señas para asegurarse de que aquél vivia, porque los bandidos se habian ofendido mucho de aquella desconfianza, y que tambien se enfurecieron como lobos al saber la oferta de Jimenez y que éste le temia más al Gobernador que á éllos.

Díjole además el mensajero á Jimenez que habia creido conveniente referirle muy al por menor todas estas cosas, porque él se interesaba por la familia y para que aquél supiese á qué atenerse, en vista

de su buena disposicion de ánimo para entenderse con los secuestradores, y que aquel camino era el bueno y derecho para que el negocio tuviese el término más pronto y dichoso para todos; pero que al mismo tiempo tuviese entendido que si variaba de conducta haría muy mal, y que si daba á entender en adelante que andaba con vacilaciones, desconfianzas y recelos ofensivos, haría peor, porque éste sería el medio más seguro para que sacrificasen al secuestrado; y que, finalmente, en tales casos lo mejor, y áun lo más astuto y discreto, era echárselas de generosos y fiarse por completo de los *caballistas*.

Jimenez asintió en todo y por todo á las razones del emisario, y terminada su entrevista, éste marchó á encontrar á los bandidos al famoso cortijo de Ceuta y aquél dirigióse á casa de su afligida hermana para darle cuenta del estado de aquellas tristes y enojosas negociaciones.

Entre tanto, los guardianes de Orellana habian ido sucesivamente uno despues de otro á ver á sus respectivos padrinos y protectores, y regresado al cortijo de la Media-luna para dar cuenta al *Garibaldino* del resultado de sus informes y excursiones.

El jefe, despues de haber escuchado atentamente las noticias del *Mellado*, que fué el último que volvió, porque habia tenido que ir á Málaga, despidióse de ambos guardianes, sin que el preso se hubiese apercibido de su permanencia en el cortijo.

El *Garibaldino*, pues, encaminóse al punto de reunion de antemano concertado por los bandidos, y que era el cortijo del Alcachofar, situado no léjos de Benamejí, propiedad de la duquesa de Castro Enriquez, cuartel general de los bandidos, refugio de los facinerosos de la comarca y designado con el sobrenombre de *Ceuta* por las causas expresadas.

Al pasar el *Garibaldino* por la Venta Vieja encontróse allí con dos bandidos, que le aguardaban para acompañarle al famoso cortijo, en que habia de reunirse la cuadrilla, y en donde ya estaban todos cuando éstos llegaron.

No obstante que los bandidos entre sí habíanse comunicado particularmente algunos informes y noticias, cuando se presentó el *Garibaldino* lo condujeron á una estancia apartada y espaciosa, en donde se agruparon todos los individuos de la partida.

—¿Qué habeis sacado en limpio de vuestras averiguaciones? preguntó el jefe.

A esta pregunta fueron respondiendo sucesivamente los bandidos, cuyo relato, aparte las diferencias de lugares y personas, venía á coincidir siempre en la afirmacion idéntica de que la situacion era muy grave, de que la Guardia civil estaba ahora en perpétuo movimiento, y de que sus respectivos padrinos, cómplices y amparadores les habian asegurado que por entónces no habia otra defensa ni otro recurso que *achantarse por la buena*,

y dejar pasase la nube, y que si querian persistir en emprender otros negocios, era necesario mudar de bisiesto, trasladar los reales á otra parte, fuera de la jurisdiccion del maldito Gobernador de Córdoba, con quien nadie podia, porque á todos medíalos con el mismo rasero, y el cual intentaba contra éllos la persecucion más feroz que habian visto los nacidos.

Oidas estas y otras semejantes y análogas noticias, el jefe dijo:

—Ya veis cómo yo tenía razon al considerar que esto era lo más importante de lo que nos contaba *Pititi*, al traernos la oferta de Jimenez.

—Tenía usted mucha razon, repuso *Vaca-rabiosa*, porque en Córdoba me han puesto la cabeza como una bomba, contándome lo que hace y lo que dice y lo que piensa hacer el Gobernador; pero contra siete vicios hay siete virtudes, y no hay cosa más fácil que acabar con todos esos enredos, aspavientos y belenes, con que nos quieren volver ahora tarumbas.

—¿Y cómo crees que se puede hacer eso? preguntó el *Garibaldino*.

—De la manera más sencilla.

—Explícate, hombre, explícate.

—Ha de saber usted, don José, que cuando en Córdoba nos querian meter tanta *jindama* con el Gobernador, nos dijeron tambien que ni temia ni debia, y que á todas partes iba solo de dia y de noche, y yo, para conocerlo personalmente, lo es-

tuve acechando á que saliera de su casa, y despues que le hube tomado á mi gusto la filiacion, lo fuí siguiendo y se coló por unas calles bien solas y excusadas hácia la catedral, y por lo visto, iba á la cárcel; era á bocas de noche y yo iba pensando, que si entónces ya se hubiera determinado acabar con él, aquélla era la ocasion más bonita que se pudiera haber encontrado con un candil; pero yo dije para mi capote: pues esto ya está sabido, y algun dia nos podrá ser muy útil, si ese hombre llega á estorbar demasiado.

—Me parece muy bien lo que dices y que es de mucha importancia tu descubrimiento.

—Si me da el corazon, don José, que al fin y al cabo yo me las tendré que entender con ese señorito, repuso *Vaca-rabiosa*, muy satisfecho de la alabanza que habia merecido al jefe.

—¿Y qué señas tiene el Gobernador? preguntó el *Garibaldino*.

—Sí, sí; añadieron varios bandidos, dínos cómo es esa *pantasma*, qne tanto ruido mete.

—Pues no es más ni ménos que un hombre lo mismo que todos, aunque jóven y ligero, porque anda muy de priesa y para no perderlo de vista y seguirle á su paso, tuve que menear muy bien las tabas.

—Respecto á este punto ya sabemos todo lo que hay, dijo el jefe; así como tambien el que será muy fácil, en último extremo, acabar con esa alimaña que tanto nos persigue; pues que por lo visto, el

Gobernador no es hombre que esconde el bulto.

—Eso cuando se quiera, yo me encargaré con mucho gusto de ello, replicó *Vaca-rabiosa.*

—Bien, ya sabemos lo que en un apuro se puede hacer con ese hombre; pero ¿y con el otro, qué hacemos? preguntó el *Garibaldino*, iniciando la cuestion referente á Orellana.

—Caballeros, dijo entónces *Cucarrete;* si hemos de creer todo lo que nos han dicho, habrá que largarse á la tierra baja y estar cerca de los puertos; y en este caso, será menester no dejarnos lios á retaguardia, ni tener dos hombres empantanados para no hacer cosa de provecho, ni que se quede rastro alguno que nos pueda meter en berengenales. ¿Estamos?

—Pero sacándole cuanto se pueda á la familia, dijo el redomado *Malas-patas.*

—Eso por sabido se calla, repuso el *Patilludo.*

Entónces el *Garibaldino*, despues de algunos momentos de reflexion, dijo:

—Con que en resumidas cuentas, quedamos en que es preciso matar á ese hombre cuanto ántes, amarrar esos tres mil duros, ir sacándole despues á la familia todo lo más que se pueda, y por último, largarnos de estos terrenos.

—Eso parece que es lo más acertado, dijo *Malas-patas*; pero de todas maneras, respecto á irnos ó quedarnos, convendrá oir ántes á mi tio, que no tardará en llegar; pues ha quedado conmigo en que le veríamos aquí hoy.

—Es verdad, dijo *Cucarrete*, porque tu tio es hombre de empuje y de muchos brazos, y su consejo no es para echado en saco roto.

En esto *Malas-patas*, que se hallaba junto á una ventana, vió venir por el camino tres jinetes y enseguida exclamó:

—¡Ya está ahí mi tio, que es el hombre del mundo y de la gracia en todos estos contornos para sortear lances apurados y socorrer á la gente que anda al camino!

—Bien seguro estaba yo que mi amo no faltaria, dijo *Cucarrete*, el cual seguido de *Malas-patas* y de los demás bandidos salieron precipitadamente de la estancia para recibir á tan poderoso protector, cuyo rumbo era grande y cuyas palabras eran otros tantos mandatos entre aquella desalmada gente.

En efecto, los habitantes del cortijo y los bandidos que acababan de salir á su encuentro, todos rodeaban al recien llegado, como á su jefe y señor natural.

—¡A la paz de Dios, caballeros! dijo el recien venido, dirigiéndose con rostro afable á la cuadrilla.

—¡Con Dios estamos, estando á su vera! exclamaron todos.

—Gracias, muchachos, replicó muy ufano y satisfecho el poderoso padrino. Parece que hay por aquí hoy mucha gente buena.

—Lo estábamos esperando á usted como al santo advenimiento, dijo *Vaca-rabiosa*.

—Pues ya me teneis á vuestro lado para lo que os haga falta.

Y dirigiéndose á un campesino, le dijo:

—Oye tú, padre casero, prepara comida y bebida para estos amigos.

—Está bien, *Señorito*, respondió el casero, dirigiéndose inmediatamente á cumplir aquella órden.

En seguida los bandidos manifestaron al *Señorito* las cuitas, trabajos y hasta inquietudes en que se hallaban, á consecuencia de las disposiciones que habia tomado el nuevo Gobernador.

—Ya veo que tambien á vosotros ha llegado el espanto, repuso el gran padrino.

—Es que ya sabe usted que ahora dicen que la cosa va de veras, respondió *Malas-patas*.

—Eso dicen, y hoy he tenido muchos amigos en casa, que todos vienen azarados, hablándome del mismo asunto; pero del dicho al hecho hay mucho trecho. En fin, no hay que apurarse miéntras yo viva; pues haré los imposibles por amansar á esa fiera, si fuese necesario, porque yo creo que en todo lo que dicen hay más ruido que nueces. Vamos, no hagais caso de pamplinas.

—Pues nosotros habíamos pensado retirarnos de estos contornos hasta ver en qué paran estas misas, dijo el *Patilludo*.

—Yo no creo que la cosa merece siquiera la pena de ocuparse de ella, porque mi creencia es que todo esto no es más que bulla y amenazas de la justicia de Enero, y que al fin y al cabo, ese Gobernador será

como todos; pues á mí me duele el alma de camelar autoridades, y como haya *pesquis* para tocarle á cada uno su son, todos ceden, cada uno por su estilo, porque los hombres á veces son más frágiles que las mujeres, y todos los potros se doman á fuerza de brega y maña, y hasta las rocas más duras se quebrantan.

—Dice usted bien, y eso es entenderlo, contestó el jefe de la cuadrilla; porque lo mismo son de carne y hueso los hombres que están arriba, que los que están abajo, y porque los gobernadores saben muy bien que su puesto les dura poco, que tienen que vivir con todo el mundo, y que si se meten en libros de caballería nadie se lo agradecerá, ni los gobiernos ni los particulares favorecidos, consiguiendo sólo acarrearse muchos enemigos, muchos disgustos y muchos riesgos.

—Veo, camarada, que usted tambien lo entiende, y que lo que acaba usted de decir, no es más que el Evangelio, porque yo por experiencia propia y sin que nadie me lo haya contado, he tenido en muchas ocasiones que untar la mano y hasta los guantes á personas muy encopetadas y que pasan por apóstoles; pero que luégo se ablandan y hacen lo que uno quiere en todos los terrenos, porque tambien en todos los terrenos puede uno ayudarles á salir de sus atrancos y prepararles la subida, pues yo sé de algunos que siendo unos pobres diablos y sin saber más que ponerse la levita y la colmena y tener un poco de palique, han llegado á personajes y

á titulajes y traen engañado al país, que no sabe de la misa la media, porque si uno hablara... mucha gente encopetada temblaria.

—Pero vea usted lo que es la justicia del mundo; miéntras que los más bribones gatean y se encaraman con el aplauso de tanto necio, cogen á un pobrete de éstos y lo encierran para toda su vida, porque al través de algun susto se ha ganado cien reales, en tanto que todos adulan servilmente á los que han robado millones, repuso el *Garibaldino*.

—¡Esa es la fija! exclamó á una voz todo el corro.

Tal era el tono y el giro que la conversacion habia tomado entre aquella gente, cuando el casero les anunció que ya estaba la mesa puesta.

Acudieron todos al llamamiento, y padrino y bandidos comieron y bebieron á tente bonete, y excusado parece decir, que durante la comida la conversacion fué animadísima, reduciéndose á sempiternas alabanzas para el rumboso anfitrion y á contar aventuras, valentías y hombradas, capaces de aterrar áun á los hombres más empedernidos y avezados al crímen y á la matanza.

Cuando hubieron terminado su banquete, en el que se habia brindado por la memoria de los muertos, por el valor de los vivos, por la prosperidad de los protectores y por el completo exterminio de todos los que estorbasen, entre los cuales se encontraba el Gobernador en primer término, volvió de nuevo á plantearse por los individuos de la cuadrilla la cuestion de lo que les convendria hacer,

miéntras durase la racha de la justicia de Enero.

Resultó de esta conversacion, que ya los bandidos, medio beodos, acordaron enviar desde allí á *Vaca-rabiosa* al cortijo de la Media-luna, para que, sin dilacion, diese muerte al infeliz cautivo, á la par que designaron á *Cucarrete* para que él se encargase de avistarse con Jimenez y sacarle los cuartos que tuviera reunidos.

El gran padrino, ufano con su valimiento y distraido con sus nuevos planes, no prestaba la más mínima atencion á este diálogo; pero despues que los bandidos hubieron adoptado las disposiciones ya indicadas, los llamó en torno suyo con aire misterioso, y en voz baja les dijo:

— Para que os convenzais de que todo eso que dicen del Gobernador de Córdoba no ha de ser más que ruido y añagazas de la justicia de Enero, voy á confiaros con mucha reserva una noticia muy secreta, y que os probará que la suerte nos favorece, porque el Gobernador quiere ser mi amigo, y dentro de poco me quedaré con él, y no hará en estos asuntos, ni más ni ménos, que lo que yo le diga, y todas esas disposiciones que hoy tanto os asustan, las he de convertir yo en agua de cerrajas, ó he de perder el nombre que tengo.

Los bandidos miráronse unos á otros con ojos espantados, al oir aquella revelacion tan inesperada; pero el gran padrino, con lengua no muy expedita, porque habia empinado bien el codo, prosiguió:

—Habeis de saber que ya el Gobernador pide verme, que yo estoy muy recomendado y tendré muy pronto con él vara alta, pues desde aquí voy á Córdoba para hablarle, porque así se lo ha rogado á mi compadre el alcalde de mi pueblo en una carta que le ha escrito y que tengo en el bolsillo.

La admiracion de la cuadrilla subió de punto, atreviéndose apénas á creer una combinacion para éllos tan afortunada y dichosa.

El padrino, gozándose en el asombro de su auditorio, continuó:

—Lo que yo digo es la verdad, y el que crea lo contrario, vive muy engañado, porque, en fin, carta canta.

Y así diciendo, sacó del bolsillo una carta del Gobernador, dirigida al alcalde de Benamejí, en la cual, en efecto, se afirmaba todo cuanto él habia asegurado.

Ante una prueba tan concluyente de la valía, importancia é influjo del padrino, éste fué saludado como rey de la comarca por una aclamacion unánime y ruidosa de la cuadrilla entusiasmada.

—Cuidado con el piquito; yo parto en seguida, y si quereis saber cuanto ántes lo que ocurra, pueden venirse conmigo *Cucarrete* y *Malas-patas*, para que éstos os avisen el resultado de mi conferencia con el Gobernador, y, entre tanto, vosotros debeis apostaros en Málaga, que aquel es puerto seguro, y por el ferro-carril os podeis comunicar

más fácilmente; en fin, poneos de acuerdo en dónde y cómo habeis de entenderos.

Y dicho esto, el padrino salió á dar algunas disposiciones respecto al cortijo y á mandar que inmediatamente sacasen los caballos.

Pocos momentos despues partió del cortijo de Ceuta una numerosa tropa de jinetes, que fueron escoltando al gran padrino como á un señor de vasallos hasta las inmediaciones de Benamejí, en donde la cabalgata se dividió en distintos grupos, que por diversos caminos desaparecieron entre las sombras de la noche.

ÍNDICE.

Secuestro del niño José Maria Crispin Jimenez y Soriano.

	Págs.
ADVERTENCIA PRELIMINAR	5
CAPÍTULO I.—La madre y el hijo	35
CAPÍTULO II.—El cautivo	43
CAPÍTULO III.—El guardian y el preso	49
CAPÍTULO IV.—Angustias paternales	59
CAPÍTULO V.—Donde *Vaca-rabiosa* refiere la contestacion á la carta de los bandidos	67
CAPÍTULO VI.—La cueva de la Higuera del Diablo	73
CAPÍTULO VII.—El consejo del padrino	81
CAPÍTULO VIII.—Esperanza engañosa	86
CAPÍTULO IX.—La impaciencia de una madre	91
CAPÍTULO X.—La loca de dolor	97
CAPÍTULO XI.—*Vaca-rabiosa* y *Malas-patas*	107
CAPÍTULO XII.—Instruccion y educacion	117
CAPÍTULO XIII.—El guardian y la cuadrilla	125
CAPÍTULO XIV.—Auxilio inesperado	139
CAPÍTULO XV.—La promesa ratificada por el juramento	144
CAPÍTULO XVI.—Resolucion del padrino	152
CAPÍTULO XVII.—Conclusion	160
APÉNDICE	169

Secuestro del anciano don José Orellana y Gallardo.

CAPÍTULO I.—El Alcalde de Palenciana	175
CAPÍTULO II.—La sorpresa	181
CAPÍTULO III.—La prision de Orellana	188
CAPÍTULO IV.—Asombro y alarma	194

Págs.

CAPÍTULO V.—La cueva..... 199
CAPÍTULO VI.—La choza y la posada..... 205
CAPÍTULO VII.—La carta..... 211
CAPÍTULO VIII.—Explicaciones..... 222
CAPÍTULO IX.—Situacion de la familia Orellana..... 232
CAPÍTULO X.—Reflexiones, alternativas é incertidumbre..... 241
CAPÍTULO XI.—Conciliábulo..... 251
CAPÍTULO XII.—Precauciones peligrosas..... 258
CAPÍTULO XIII.—La fé de vida..... 265
CAPÍTULO XIV.—Una oferta..... 276
CAPÍTULO XV.—Justicia de Enero..... 285
CAPÍTULO XVI.—El cortijo de la Media-luna..... 298
CAPÍTULO XVII.—El gran padrino..... 305

HV
6453
S8Z84
1876
t.7

Zugasti y Sáenz, Julián de
El bandolerismo

PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

UTL AT DOWNSVIEW
D RANGE BAY SHLF POS ITEM C
39 11 01 05 01 006 2